

SIN DIRECCIÓN FIJA



SUSIN NIELSEN

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Breve historia de las casas
Agosto
 Guía de mentiras de Astrid
Septiembre
Octubre
Noviembre
Agradecimientos
Recursos
Guía de estudio
Sobre la autora
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Felix Knutsson tiene doce años y tres cuartos, y le encantan los concursos. Su programa de televisión favorito es Quién, Qué, Dónde, Cuándo, e incluso le puso a su mascota el nombre del presentador. Astrid, la madre de Felix, es adorable pero incapaz de conservar un trabajo. Así que, cuando los desalojan de su última casa, tienen que irse a vivir a una furgoneta. Las circunstancias de la pequeña familia van de mal en peor, pero Felix tiene la oportunidad de presentarse al casting de la edición infantil de Quién, Qué, Dónde, Cuándo. Ganar el dinero del premio haría que todo volviera a la normalidad. Pero las expectativas muchas veces no coinciden con la realidad...

SIN DIRECCIÓN FIJA



SUSIN NIELSEN

Dediqué mi primera novela a Eleanor Nielsen, y esta, la sexta, también se la dedico a ella. Ambas están protagonizadas por una madre soltera y su hijo, como mi madre y yo. Pero hasta ahí llegan las similitudes. Mamá: no sé si eras consciente de ello, pero siempre hiciste que sintiera que el suelo que pisaba era un lugar seguro, y sigues haciéndolo.



(Hice este dibujo cuando tenía seis años, y aunque sabía escribir mi nombre correctamente.)



27 de noviembre, 0.05 h

Mi pierna se sacudía de arriba abajo. En la silla, yo me apoyaba primero sobre una nalga, luego sobre la otra. Tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón latía con fuerza en el pecho.

—Nunca me habían interrogado.

—No te estoy interrogando, Felix. Solo estamos charlando, nada más.

—¿Lo estás grabando?

—¿Para qué iba a hacerlo?

—Así lo hacen en la tele.

—No estamos en la tele.

El frío de la silla metálica atravesaba el pantalón de mi pijama.

—¿Los policías veis series policiacas?

—Claro.

—Pero ¿no es como llevarse el trabajo a casa?

Constable Lee sonrió. Tenía los dientes muy bien alineados. Gracias a mis poderes de observación (abreviado como PDO) supe que provenía de una familia de clase media, capaz de pagar a un ortodoncista. Por mis PDO también supe que disfrutaba de la comida: los botones de su uniforme estaban tensados al máximo.

—En realidad, no —respondió—. Para nosotros también es una forma de evadirnos, aunque a veces le gritamos a la tele cuando hacen algo totalmente falso.

—¿Como qué?

—Como grabar una conversación como esta. Solo las grabamos si la persona ha sido acusada de cometer un crimen, o si se sospecha que lo cometió.

—¿Están grabando a Astrid?

—No puedo responder a esa pregunta.

¡Ay, no! Casi nunca lloro, pero de repente sentí que se me iban a salir las lágrimas, y frente a una policía. Creo que se dio cuenta, porque agregó:

—Lo dudo mucho.

Tomé aire. Lo solté. Me enderecé en la silla. Traté de aparentar calma y de mantener la compostura, aunque sabía que mis rizos rubios estaban despeinados y levantados en todas direcciones porque, hasta el momento en que todo empezó a ir a peor, yo estaba acostado en mi cama. Por si fuera poco, llevaba puesto mi viejísimo pijama de Minions, que, además de ser infantil, me quedaba pequeño. Constable Lee y su compañero no nos dieron tiempo para cambiarnos.

—Quisiera hablar con mi abogado.

—Déjame adivinar: eso también lo has visto en la tele.

—Sí.

—¿Tienes abogado?

—No. Pero la ley me permite tener uno, ¿no?

—Sí, pero no lo necesitas. No has hecho nada malo.

—Entonces ¿puedo irme?

—Supongo. Pero ¿adónde irías?

Pensé en Dylan y en Winnie; luego recordé que les dije que no quería volver a verlos nunca.

—¿Cuándo terminarán de hablar con Astrid?

—No creo que tarden. —Me miró fijamente mientras sacaba y metía la punta de su bolígrafo: clic, clic, clic, clic—. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué no la llamas mamá?

—Dice que es muy jerárquico.

Por enésima vez recorrí con la mirada aquel enorme lugar, donde había un montón de escritorios y unas pocas personas. Y, por enésima vez, no logré ver a Astrid.

Le envié un mensaje mental, «Todo saldrá bien», pues siempre está diciéndome que recibirá todo lo que le mande. Ya no creo en eso, pero teniendo en cuenta las circunstancias, valía la pena intentarlo.

—Pero que quede claro —le dije a Constable Lee—: Astrid es una madre estupenda.

—Me alegro. —Pulsó una tecla de su ordenador—. Voy a hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Empecemos por tu nombre completo.

—Felix Fredrik Knutsson.

Lo escribió en su ordenador.

—¿Edad?

—Trece. Bueno, casi. Doce y tres cuartos.

—¿Nombre completo de tu madre?

—Astrid Anna Knutsson.

—¿Dirección?

Bajé la mirada a mis pies. Llevaba las katiuskas sin calcetines: no tuve tiempo para buscar unos.

Constable Lee se inclinó hacia mí. Tenía los hombros encorvados. No era una buena postura.

—Esta noche, Felix, cuando acudimos a tu llamada, daba la impresión de que vivíais allí.

¡Ay, cómo echaba de menos a mi madre! Ella daría una explicación creíble. Pero no soy como ella. No tengo su talento para retorcer la verdad.

Así que no levanté la vista del suelo.

Constable Lee empezó a teclear, aunque yo no dije ni una palabra.

—Felix —dijo con dulzura—, puedes contármelo todo.

—Tengo hambre.

—Por supuesto. Debí preguntártelo. —Se levantó apoyándose en el escritorio y se subió los pantalones para taparse la barriga—. Solo puedo ofrecerte golosinas de la máquina expendedora, espero que no haya problema. ¿Tienes alguna alergia? ¿Quieres algo en especial?

—Ninguna alergia. Nada en especial. Aunque me gustan las cosas con sabor a queso.

Constable Lee fue hasta el otro lado de aquella enorme sala. Miré a mi alrededor. Había un par de policías frente a sus escritorios. Uno estaba leyendo *Mecánica popular* y el otro dormitaba.

Giré hacia mí la pantalla del ordenador de Constable Lee.

Era un informe de aspecto oficial.

Nombre: Felix Fredrik Knutsson

Edad: 12

Padre o tutor: Astrid Anna Knutsson

Dirección: SDF

Soy muy bueno para descifrar, y en este caso, dado el contexto, lo capté casi de inmediato.

Sin Dirección Fija

Sentí un escalofrío de miedo. Astrid me lo advertía una y otra vez: «Nadie debe averiguar dónde vivimos». Hasta esa noche, solo había roto la regla una vez.

Nuestra tapadera se derrumbó. Me dije que no era por mi culpa. No había otra opción: tuve que llamar a la policía. Si no lo hubiera hecho, quién sabe lo que podría haber ocurrido.

Aun así, los malos escaparon. ¿Y quiénes estaban en la comisaría de policía? Las víctimas inocentes: nosotros.

Sobre el escritorio aparecieron dos bolsas de Cheetos y una lata de Coca-Cola.

—¡Pero qué ven mis ojos! ¡Otro cotilla como Parker! —exclamó Constable Lee mientras giraba la pantalla a su posición original.

—Nadie sabe cuál es el origen de esa expresión —expliqué—. Algunos creen que se debe a un arzobispo del siglo XVI llamado Parker, que era muy preguntón, pero otros dicen que eso no es cierto porque la frase no apareció hasta finales del siglo XIX.

Sabía que estaba divagando, pero no podía evitarlo.

—Eres una fuente de sabiduría.

—Mi madre dice que acumulo información como las ardillas acumulan nueces.

Constable Lee abrió una bolsa de Cheetos y se metió uno en la boca.

—Escucha. Debes creerme cuando te digo que estoy aquí para ayudarte.

Quería creerle, pero no podía dejar de pensar en mi madre, que gruñía como un cerdo cada vez que veía pasar una patrulla y siempre decía: «Nunca confíes en el sistema». «¿Qué sistema?», le preguntaba yo cuando era más pequeño.

«El sistema. Es una expresión. Se refiere a cualquier forma de autoridad.»

Así que todo lo que le dije a Constable Lee fue:

—Gracias, pero no necesitamos ayuda.

—¿En serio?

—En serio. Nos mudaremos dentro de muy poco.

—Ah, ¿sí? ¿Adónde?

—No lo sé todavía, pero voy a recibir un dinero. La única pregunta es cuánto.

—¿Una herencia?

—No.

—¿Venderás algunas pertenencias?

—No.

—¿Vas a robar un banco?

—Muy gracioso. No.

—Entonces ¿de dónde va a salir ese dinero?

—De un concurso de la tele.

—Bueno, has despertado mi curiosidad. Cuéntame más.

—¿Del programa?

Constable Lee subió los pies al escritorio.

—De todo.

Miré su cara con atención. Mis PDO me decían que se trataba de una persona decente. Tal vez si le contaba la verdad, comprendería que no habíamos hecho nada malo.

Me zampé un montón de Cheetos.

Luego le conté toda la verdad y nada más que la verdad.



Breve historia de las casas

No siempre hemos vivido en una furgoneta. Eso empezó hace apenas cuatro meses a.d.f (antes de la furgoneta). Estuvimos viviendo en un sótano de cuarenta metros cuadrados. Antes de eso, vivimos en un piso de cincuenta metros cuadrados. Y, antes de eso, en un piso de setenta metros cuadrados que incluso era nuestro.

Y, antes de todo eso, vivíamos con Mormor.

La casa de Mormor

Mormor significa «la mamá de mamá» en sueco. Era mi abuela. Astrid y yo vivimos con ella en una casa de una planta en New Westminster, en las afueras de Vancouver, hasta que cumplí siete años. Estaba llena de chucherías suecas. Debía de tener unos cincuenta caballos de Dalecarlia; unas estatuillas de madera pintadas de rojo y azul. También tenía una enorme colección de tomtar.

Los tomtar, plural de tomte, son una especie de gnomos traviosos del folclore sueco. Te cuidan y protegen a tu familia, pero también pueden ser crueles si no los tratas con respeto. Pueden hacerte bromas, robar tus cosas o incluso matar a los animales de tu granja.

Mormor me regaló mi propio tomte cuando cumplí cinco años. Era de fieltro y lo confeccionó ella misma. Medía unos diez centímetros de alto y tenía una larga barba blanca, un sombrero rojo con forma de cono y un abrigo rojo.

—Tu guardián personal —me dijo—. Lo llamé Mel.

Mormor me cuidaba mientras Astrid estaba trabajando. En esa época, mi madre tenía dos empleos: por la tarde daba una clase de pintura en la Universidad Emily Carr de Vancouver y contestaba al teléfono en una compañía de seguros.

—Cuando ahorre lo suficiente —me decía—, compraremos nuestra propia casa.

No le gustaba vivir con Mormor. Pero a mí, sí. Mormor me llevaba al parque por las mañanas, y por las tardes jugaba al barco pirata, al fuerte o al espacio exterior mientras ella veía sus programas. Drew, Maury, Ellen, Phill, Judge Judy, las mujeres de *The View*... Todos eran como amigos. Y gracias

a Mormor conocí *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, con Horacio Blass. Era su programa favorito, y con el tiempo también fue el mío.

Mormor era lo que se dice una luterana. Me leía historias de la Biblia (pero ese era nuestro secretito, ya que Astrid decía que la religión organizada era la causa de todos los males del mundo y había roto con la Iglesia hacía mucho tiempo). Preparábamos *pepparkakor*, que en sueco significa «pan de jengibre», y Mormor me dejaba comer bolitas de masa. A la hora de la siesta trepaba por su regazo y dormía mientras ella veía la tele.

Poco después de cumplir seis años, desperté de una de esas siestas y vi que Mormor estaba dormida. No era nada fuera de lo común; a menudo se echaba un sueñito por las tardes. Me levanté y jugué en silencio en el suelo con mi tren Brio, que era de mi madre y de su hermano, de cuando eran pequeños. Pasó más o menos una hora y, como Mormor no se despertaba, le di un empujoncito. Su cabeza se hundió aún más sobre su pecho. Su piel estaba gris y fría. Luego noté una mancha oscura debajo de ella. Estaba húmeda.

Empecé a reír.

—Mormor, ¡te lo has hecho encima! —Hasta aquel momento, yo era el único de la casa que mojaba los pantalones.

No respondió.

—¿Mormor? —Supe que algo no iba bien. Pero era pequeño, aún no desarrollaba por completo mis PDO. Llamé por teléfono a mi madre. Ella llamó al 911 y vino corriendo a casa. Pero ya no había nada que hacer.

Eché mucho de menos a Mormor y sé que mi madre también. Durante los meses siguientes dormí en el cuarto de Astrid, y todas las noches me llevaba a Mel para que nos cuidara mientras dormíamos. No quería correr ningún riesgo.

Nuestra brevísima experiencia como propietarios

Mormor le dejó toda la herencia a mi madre. No fue tanto como esperaba Astrid porque Mormor transfirió parte de sus ahorros a un príncipe nigeriano. Sin embargo, cuando Astrid vendió la casa al año de la muerte de Mormor, pudimos pagar la entrada de un piso completamente nuevo al oeste de Vancouver.

Aunque yo echaba de menos a Mormor, me encantaba nuestro nuevo hogar. Era pequeño, pero nuestro. El olor a químico de la alfombra nueva flotaba en el aire. Todo era tan nuevo que resplandecía. Astrid colgó sus llamativos cuadros por todas partes. Cenábamos mis comidas favoritas, como queso a la parrilla con pepinillos y palitos de pescado con guisantes. Empecé tercero en el Colegio Público Waterloo y al poco tiempo no solo tuve un amigo, sino un mejor amigo. Dylan Brinkerhoff y yo pasábamos todo el tiempo juntos, jugando al Lego y leyendo libros como *Aunque usted no lo crea*, de Ripley y *Grotescología*. Incluso hicimos una revista llamada *Historias de Urano* y escribimos artículos sobre avistamientos ovni y *poltergeists*. Astrid consiguió otro trabajo como telefonista en una productora de televisión. Y Emily Carr, donde seguía dando clases dos noches a la semana, solo le quedaba a un corto viaje en autobús.

Sin embargo, al año y medio de mudarnos ocurrieron dos cosas.

La primera: Astrid perdió los dos empleos. No fue por su culpa, al menos no esa vez. Las clases de la tarde se cancelaron porque no había suficientes alumnos inscritos para el siguiente semestre. Y la productora quebró.

La segunda: el edificio donde vivíamos empezó a hundirse.

Sí, a hundirse.

Lo construyeron en la ribera de un antiguo río. Los propietarios del edificio estaban en apuros debido a las reparaciones, que iban a costar cuarenta mil dólares por piso.

Nosotros no teníamos cuarenta mil dólares. Nos las arreglamos para seguir allí un año más, pero al final Astrid tuvo que venderlo. Con pérdidas.

El piso de dos habitaciones

En realidad, era un piso de una habitación con un pequeño estudio. Oíamos las peleas de nuestros vecinos y la alfombra olía raro, pero en general no estaba tan mal. Estaba en el lado este, cerca de Commercial Drive, por lo que tuve que cambiar de colegio a mitad de curso. Y si bien no hice amigos íntimos, tampoco hice enemigos. Echaba mucho de menos a Dylan. Quedamos una que otra vez, pero Astrid no tenía coche y yo era demasiado pequeño para ir solo en autobús. Por eso, los padres de Dylan tenían que traerlo y llevarlo, y además tenían otros dos hijos con sus propias actividades. Al cabo de unos meses perdimos el contacto.

Como Astrid no pudo encontrar empleo como oficinista ni como maestra, empezó a trabajar por primera vez como camarera, en el Comercial Drive. Tuve que pasar muchas noches solo, pero tenía mi imaginación y los libros de la biblioteca, y además veía los programas con los que Mormor y yo disfrutábamos juntos, como *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*.

Una noche, Astrid llegó a casa antes de lo normal. Estaba que echaba chispas.

—Un cliente no dejaba de tocarme el trasero. —Astrid cree firmemente que debe hablarme como a un igual—. Y es a mí a quien castigan. Solo porque le he tirado una bebida a la cara para que me dejara en paz.

En ese momento comprendí que la habían despedido.

Nos atrasamos en el pago del alquiler. Por suerte, Astrid hizo amistad con Yuri, el dueño del edificio, así que no era muy estricto con nosotros. Varios días a la semana, Astrid me preparaba la cena y bajaba un par de horas a su piso. Supongo que era una especie de novio, aunque nunca le pidió una cita formal.

Entonces Astrid conoció a Abelard.

Ya no visitaba el piso de Yuri. Supongo que él se sintió herido, porque nos dejó una notificación de desalojo en nuestra puerta.

El sótano de una habitación

Nos mudamos de nuevo, más hacia el este, cerca de Boundary Road. Eso significaba un nuevo colegio. En esta ocasión fue más difícil. La mayoría de mis compañeros estaban juntos desde la guardería; no necesitaban amigos nuevos.

—¿Qué narices hay en tus genes? —me preguntó un día una niña malencarada que se llamaba Marsha.

—Cincuenta por ciento sueco, veinticinco por ciento haitiano, veinticinco por ciento francés —respondí—. En total, cien por cien canadiense.

Ella frunció los labios.

—Pareces un payaso.

No era la primera vez que se burlaban de mi pelo. Cuando era más pequeño le pedía a mi madre que me lo cortara todo, pero se negaba. Ahora me alegra que reaccionara así. Es parte de lo que soy. Soy como Sansón antes de conocer a Dalila: es mi superpoder. Y Astrid adora mi pelo; dice que le recuerda a dos de sus cantantes favoritos, K'naan y Art Garfunkel. Dice que es bueno tener un rasgo distintivo, y yo estoy de acuerdo la mayor parte del tiempo. Así que toleré a tontos como Marsha hasta el final de sexto curso. Pero no me gustaba ese colegio. Tampoco me gustaba nuestro piso en el sótano. Olía a humedad y estaba oscuro incluso en días soleados. Además, Abelard estaba allí todo el tiempo.

Astrid consiguió otro trabajo de oficina, en CB Hydro, pero tampoco le duró. Me dijo que despidieron a varias personas y que, como ella fue la última en entrar, también fue la primera en salir. Sin embargo, por lo que oí, pasó algo más. Creo que fue contestona con su supervisor.

—No me resulta fácil tolerar a los idiotas —oí que le decía a Abelard—, y ese tipo era un idiota de primera.

Dos semanas después, Abelard rompió con ella. Lo que nos lleva a...

La Westfalia

La furgoneta era de Abelard.

Mi madre lo conoció en un retiro de meditación. Él era el instructor, o el gurú.

Astrid todavía es guapa, aunque ya tiene cuarenta y cuatro años. Es alta y delgada, y tiene el pelo rubio y ondulado. Veo cómo los hombres se vuelven a mirarla cuando camina por la calle. Así que, aunque Abelard era diez años menor que ella, al final del retiro invitó a mi madre a un café, y desde ese momento fueron inseparables. Cuando nos mudamos al piso del sótano, prácticamente se mudó con nosotros y aparcaba su Westfalia frente al edificio.

Abelard me recordaba a Jesús, pero solo por su apariencia. Tenía el pelo castaño y largo, una barba de *hipster* y bigote. Decía que era budista y no paraba de hablar sobre la paz, el amor y la tolerancia, lo que estaría bien si no fuera porque era un idiota. En primer lugar, mi madre se lo pagaba todo, incluso cuando era evidente que apenas teníamos lo suficiente para sobrevivir. Y, en segundo lugar, tenía un humor de perros. Insultó a mi madre cuando metió sus pantalones de yoga en la secadora en vez de dejarlos escurrir, y cuando interrumpió una de sus sesiones de meditación por accidente.

Era un budista enfadado.

Y yo no lo soportaba.

Cierta noche de julio, Abelard le dijo a Astrid que iba a hacer un «viaje espiritual» a la India y que no podía seguir «atado» a ella. Empezaron a discutir. Salí del piso y di la vuelta a la manzana diez veces. Por una parte, sentía lástima por Astrid, pues sabía que Abelard le gustaba. Pero por otra, me sentía

aliviado. Ella merecía algo mucho mejor. Cuando regresé, Abelard ya no estaba.

Pero su Westfalia sí. La furgoneta seguía en la entrada. Astrid me dijo que Abelard se la había regalado, que era una pequeña muestra de agradecimiento por mantenerlo durante todo ese tiempo.

Ahora me entero de que Abelard la acusó de robar la furgoneta.

Sé que en ocasiones mi madre adorna la verdad. Pero solo un loco creería a Abelard, ese tipo es una víbora. A mi manera de ver, la verdad se encuentra en algún lugar entre esos dos extremos.

Pero estoy adelantándome.

A la semana siguiente de que Abelard se fuera a la India, el casero cambió las cerraduras. Hacía tiempo que quería desalojarnos porque debíamos varios meses de alquiler. Cuando llegamos a casa encontramos nuestras pertenencias amontonadas afuera del edificio. Mi hámster, *Horacio*, estaba en la parte más alta de la montaña de cosas, dentro de su jaula.

Horacio fue mi regalo cuando cumplí diez años. En realidad, yo quería un perro y me decepcionó que Astrid me regalara un roedor. Sin embargo, cuando miré sus ojitos redondos y brillantes y acaricié su pelaje blanco y negro, me enamoré de él. Aunque no podía jugar a traer la pelota, ni correr ni hacer trucos, y aunque su cerebro fuera del tamaño de un cacahuete, lo adoraba. Así que cuando lo vi sobre todas nuestras cosas, de una manera tan precaria, perdí el control. ¿Y si la jaula hubiera caído y él se hubiera hecho daño? ¿Y si la puerta no hubiera estado bien cerrada y él se hubiera escapado? ¿Y si hubiera aparecido un perro hambriento? *Horacio* no parecía traumatizado, aunque, por otra parte, es difícil identificar emociones complejas en la cara de un hámster.

Empecé a llorar. Muy fuerte. Astrid me abrazó.

—Está bien, Lilla Gubben. Está bien.

(Lilla Gubben es uno de los apodos con los que me llama. Significa «viejito» en sueco. Al parecer, ese era mi aspecto al nacer: calvo y arrugado.)

—¿Qué es lo que está bien? —grité entre sollozos—. ¡No tenemos dónde vivir!

Me agarró de los hombros e hizo que la mirara a los ojos.

—No te preocupes. Encontraré una solución. Siempre lo hago.

Lo que me lleva a...

La casa de Soleil

Astrid empezó a llamar a sus amigos para ver si alguno podía darnos alojamiento durante unas cuantas noches.

Algo que mis PDO me enseñaron a lo largo de los años es que mi madre es muy buena para hacer amigos y mejor aún para perderlos. Por eso no me sorprendió que Ingrid respondiera que no, ni que Karen le colgara el teléfono.

Astrid estuvo pensativa un rato. Luego dijo:

—Lo intentaré con Soleil.

Soleil fue alumna de Astrid en la Emily Carr y también era madre. Muy pronto se hicieron amigas, pero hace dos años tuvieron una gran pelea.

Lo oí todo desde mi cuarto. Al principio estaban celebrando que Soleil había vendido otra pintura, y esa vez a precio récord. Sin embargo, después de dos botellas de vino, Astrid empezó a hablar de la mediocridad de las masas, y que no podía explicarse que unos cuadros aburridos y complacientes como los de Soleil se vendieran, mientras que sus propias obras, superiores y abstractas, no. Soleil se marchó llorando y no volvieron a hablar.

Hasta ahora.

—Dice que podemos quedarnos en su casa unos días —me dijo Astrid cuando colgó el teléfono.

Parecía tan sorprendida como yo.

Metimos todo en la Westfalia y nos dirigimos a la nueva casa de Soleil, en la zona de Main Street y King Edward. Estaba esperándonos en la entrada de una casa grande y moderna. Mientras aparcábamos, Astrid me susurró:

—A alguien le va bien últimamente...

Soleil sonrió al verme. Es alta, ancha de hombros y rostro amigable

—¡Felix, cuánto has crecido! —Luego abrazó a mi madre con frialdad—. Astrid, ¿cómo estás?
¿Qué ha pasado?

—El desgraciado casero nos ha desalojado porque van a remodelar el edificio. —La manera en que las mentiras fluían de su boca era casi admirable.

Soleil nos ayudó a llevar todo al sótano amplio y luminoso de su casa. En la pared colgaba una pintura de rosas amarillas.

—La recuerdo —dijo Astrid—. La pintaste en Emily Carr.

—Y tú me dijiste que era «técnicamente correcta pero emocionalmente muerta». Dijiste que no estaba a la altura de mi verdadero potencial.

El silencio de Astrid inundó la habitación.

La piel blanca de Soleil tomó un color rosado intenso.

—Mis pinturas de rosas son las que más se venden. Casi no doy abasto con la demanda.

Mis PDO me dijeron que estábamos entrando en territorio peligroso.

—¿Quieres acariciar a mi hámster...? —pregunté, pero Astrid habló antes de que Soleil pudiera responder.

—Me alegro por ti, Soleil, lo digo en serio —suspiré aliviado. Pero luego agregé—: Tus obras son perfectas para salas de juntas y despachos corporativos.

Ay, ay, ay.

Soleil cruzó los brazos con firmeza.

—Los padres de Arpad llegarán el fin de semana. Os podéis quedar aquí hasta entonces.

—No me habías dicho eso —dijo Astrid.

—Te lo digo ahora —dijo Soleil con la vista fija en las rosas amarillas.

Soleil y su familia tenían planes para esa noche, así que Astrid y yo nos fuimos al Helen's Grill y pedimos para cenar el desayuno veinticuatro horas. Me sentía ansioso. Es lo que pasa cuando no tienes dónde vivir.

La camarera nos trajo nuestro pedido.

—¿Por qué el menú del desayuno sabe mejor a la hora de la cena? —preguntó Astrid.

—Es uno de los misterios de la ciencia.

Comimos en silencio durante un rato. Luego, Astrid dijo:

—Se me ocurre algo divertido. —La miré con la boca llena de huevos revueltos—. Viviremos en la furgoneta. Solo unas cuantas semanas, mientras encuentro otro lugar donde vivir. Piénsalo, Felix. Serán las mejores vacaciones de verano. La libertad, la aventura... Cuando tenía diecinueve años, mi libro favorito era *En el camino*, de Jack Kerouac. ¡Será genial!

Pensé en ello. Lo más lejos que había viajado era a Victoria, con los de mi clase; fuimos a visitar el edificio del Parlamento provincial cuando yo tenía diez años. Marsha se pasó tirándome del pelo todo el viaje de ida y todo el de vuelta.

—¿Podemos viajar? ¿Atravesar la Columbia Británica? ¿O tal vez llegar a las Rocosas?

—Por supuesto.

—¿Tenemos dinero suficiente?

—Para un mes, sí. Tengo algo ahorrado.

—Si tienes algo ahorrado, ¿por qué nos atrasamos con el pago del alquiler?

Astrid se metió en la boca una tira de bacon.

—El casero nos estaba estafando. No sé cuántas veces le pedí que reparara algo y nunca lo hizo. Nos debía varios meses de alquiler por todo lo que tuvimos que soportar allí.

—Ah.

—Entonces ¿qué dices? ¿Las mejores vacaciones de verano?

Yo no estaba muy convencido, pero no quería ser aguafiestas.

—Supongo. Sí.

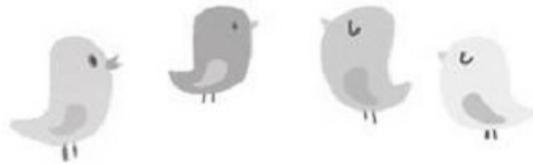
Chocamos las manos para cerrar el trato.

Y eso me lleva a principios de agosto.

Al día en que empezamos a vivir en la furgoneta.



AGOSTO



La Volkswagen Westfalia no es una furgoneta para madres que tienen que llevar a los niños a clase de fútbol, ni una furgoneta de carga y tampoco una furgoneta familiar. Es única en su género.

La nuestra (por el momento seguiré llamándola «nuestra») es una Vanagon Syncro color gris plomo de 1987. Tiene techo elevable, lo que da más espacio para una cama, y un toldo integrado que va genial para tomar el fresco en verano. Tiene una estufa de dos quemadores que funciona con un tanque de gas propano y un fregadero con bomba conectado a un enorme contenedor de agua, de modo que puedes cocinar y lavar los platos. Tiene un minibar y una mesa plegable que puedes bajar para comer o para jugar. El asiento trasero es abatible y se convierte en una cama muy grande. Si levantas el techo, puedes abrir otra cama en la parte de arriba.

También tiene pequeños compartimientos para guardar cosas en cada hueco y en cada rincón. Está diseñada para aprovechar al máximo cada centímetro cúbico.

En pocas palabras, la Westfalia es una obra maestra.

No obstante, estoy seguro de que está pensada para ser habitada de manera temporal, como para pasar unas vacaciones. Y, en un principio, era lo que Astrid y yo teníamos en mente.

—Debemos llevar solo lo esencial —dijo después de la primera de dos noches de insomnio que pasamos en el sótano de Soleil.

Empezamos a revisar nuestras pertenencias para decidir qué llevar y qué dejar. No fue fácil, pues, aunque la Westfalia hace un buen uso de cada centímetro cúbico, no tiene demasiados centímetros cuadrados.

Así que Astrid y yo ideamos dos preguntas importantes: «¿Es algo que uso todos los días?». Si la respuesta era sí, la metíamos en la furgoneta. Cosas como:

Platos, cuencos, cubiertos, vasos y tazas: dos juegos de cada.

Una olla, una sartén y algunos utensilios de cocina.

Jabón y estropajo.

Champú, desodorante, cepillos y pasta de dientes.

Botiquín de primeros auxilios.

Linternas de cabeza y de mano.

Dos juegos de sábanas, almohadas, sacos de dormir y toallas.

Ropa: la necesaria para una semana.

Una vez que reunimos lo esencial, nos planteamos la segunda pregunta: «¿Es algo sin lo cual no podría vivir?». Astrid eligió una pequeña pila de libros, nuestro juego Trivial Pursuit y sus herramientas para pintar: lápices, pinturas, un caballete y unos cuadernos de bocetos. Yo elegí a *Horacio*, unos cuantos libros de la serie *DK Eyewitness*, mi maltratado ejemplar de *La niña invisible y otros cuentos* y a Mel.

Astrid arrugó la nariz al ver a mi tomté.

—¿Es necesario que venga con nosotros?

A mi madre nunca le ha gustado Mel; dice que su mirada le parece inquietante.

—Sí —respondí. Si la Westfalia iba a ser nuestro hogar temporal, pensé que necesitaríamos toda la protección que pudiéramos conseguir.

Después le pedimos a Soleil algunos utensilios de limpieza y lavamos a fondo la furgoneta. Abelard dejó algunas cosas, entre ellas un juego de herramientas, un impermeable Patagonia, un calentador y una bolsita para sándwiches llena de marihuana. Astrid se quedó con las herramientas y el calentador, y me dio el impermeable. No sé qué fue de la bolsa de marihuana, palabra de honor.

Después de nuestra segunda noche en el sótano de Soleil, metimos nuestras cosas en la Westfalia. Los mellizos de Soleil salieron a vernos; luego, su padre, Arpad, los acompañó a su curso de verano de ingeniería mecatrónica.

Cuando terminamos, fuimos a buscar a Soleil al garaje, que había convertido en su estudio. Estaba trabajando en otra pintura de rosas, en esta ocasión de color rosado.

—Bueno, debemos ponernos en marcha —dijo Astrid.

—¿Y el resto de vuestras cosas?

—Si no te molesta, las dejaremos aquí. Solo hasta fin de mes. —Astrid puso una mano sobre mi cabeza y supe que era la señal para que le lanzara a Soleil una gran sonrisa.

Soleil frunció el ceño.

—Está bien, pero solo hasta entonces.

—Gracias por acogernos —dije, pues me dio la impresión de que mi madre no lo iba a decir.

Soleil dejó a un lado su pincel y me abrazó.

—Me ha gustado verte de nuevo, Felix. Cuídate.

No miró a Astrid. Simplemente dio media vuelta y siguió pintando.



Astrid tenía razón. En cuanto superé la decepción de saber que no viajaríamos tanto, vivir en la combi durante el mes de agosto fue genial. Astrid se dio cuenta de ello la primera vez que puso gasolina. Le había costado, según sus palabras, un ojo de la cara.

—Lo lamento, Böna. —Es otro de los apodos con los que me llama, significa «frijol» en sueco—. Pero ¡piensa en todos los lugares hermosos que podemos visitar en Vancouver y sus alrededores! La montaña Grouse, el Parque Stanley, la playa Wreck...

—¡No, la playa Wreck no!

Es un sitio famoso porque el uso de ropa es «opcional». Astrid solía llevarme allí cuando era pequeño. Estaba bien cuando tenía cinco años, pero, ahora que tengo doce, no iría ni por todo el dinero del mundo.

—Como quieras, puritano. El caso es que hay muchos lugares maravillosos.

Y era verdad. Paramos por el parque Stanley. Nos dimos el gusto de recorrer la Carretera 99 y pagamos para acampar en el lago Alice. Aparcamos en el parque Faro. Nadie nos dijo nada. En verdad, era como irse de vacaciones de verano en nuestra propia ciudad. Pasábamos los días nadando, haciendo caminatas y leyendo. Casi siempre teníamos cerca una biblioteca. Leí libros como *Breve historia del progreso* y *Breve historia del mundo*, y clásicos como *Grandes esperanzas*. Astrid montaba su caballete afuera y pintaba. Por las noches hacía calor, así que colocábamos la lona en la parte trasera de la furgoneta de manera que entrara el aire pero no los bichos. Desde mi cama elevada veía las estrellas a través del tragaluz.

Aunque Astrid solo tiene un título de la Escuela de Arte y Diseño de Ontario, es muy culta. Antes de asistir a la EADO fue cinco años a la universidad, durante los cuales cambió de carrera tres veces. Por eso sabe, en sus propias palabras, «un poquito de muchas cosas». Me enseñó a localizar los signos del zodiaco en el cielo. Me contó historias de las mitologías romana, griega y escandinava. Así conocí a Odín y a Thor, y a Venus, Neptuno, Zeus y Apolo.

Nada de Abelard, de caseros furiosos, de escuelas ni de Marsha.

Todo era maravilloso.

¿Me atrevería a decir que era incluso un poco mágico?

Como era tan mágico, no pensábamos en el futuro. Astrid envió su currículum a varias empresas para encontrar otro trabajo de oficina, y se puso en contacto con Emily Carr, pero no había vacantes. Ella no parecía preocupada; teníamos algo ahorrado, lo suficiente para sobrevivir un tiempo. Fuimos a ver algunos pisos, pero la mayoría de los caseros pedían una nómina.

Uno de ellos miró a Astrid con malicia y le dijo que él no le pediría nóminas ni referencias. Pero el piso, en un sótano, era tan asqueroso como él.

—Prefiero la furgoneta —me dijo Astrid.

—Yo también.

Sin embargo, conforme agosto se acercaba a su fin y los días se hacían más cortos, supimos que debíamos tomar una decisión.

—Felix —me llamó una noche mientras colocábamos el tablero del Trivial Pursuit en el exterior —, yo creo que tendremos que seguir viviendo en la furgoneta. Solo un mes más, mientras consigo un trabajo.

—Está bien. —Y era verdad, en ese momento.

—¿Sabes cuál es la ventaja?

—¿Cuál?

—Que puedes inscribirte en el colegio público que quieras para séptimo curso. —Esa era una buena noticia. Mis dos últimos colegios no fueron pésimos, pero tampoco geniales. Tenía una sensación leve pero constante de soledad.

—¿Qué tal Blenheim? Tienen un curso de inmersión lingüística de francés para principiantes que empieza en el séptimo curso. Siempre he querido aprender francés. —No dije que en parte era gracias a mi padre—. Además, está en Kitsilano. —Mis mejores recuerdos del colegio eran de cuando vivíamos en ese lugar.

A Astrid se le iluminaron los ojos.

—Eso sería perfecto para ti. *Et nous pouvons parler en français ensemble.*

Astrid también sabía francés, era otra de las asignaturas que estudió en la universidad.

Pero entonces recordé algo que me dijo mi antiguo amigo Dylan.

—Blenheim es el único curso de inmersión lingüística de francés del lado oeste —dije.

—¿Y?

—Es un colegio angloparlante. Solo hay dos aulas para la asignatura de francés, o sea, hay plaza para unos sesenta alumnos. Y las solicitudes de inscripción se aceptan según las van recibiendo. La hermana de Dylan logró entrar, pero hizo su solicitud con meses de antelación.

Astrid reflexionó por unos instantes.

—No te desanimes. Iremos mañana. Ah, y otra cosa, Felix. —Me miró directamente a los ojos—: Deja que hable yo.



Guía de mentiras de Astrid

Supongo que ahora debo hacer una pausa para señalar que sí, en ocasiones mi madre miente. Es importante destacar que clasifica sus mentiras en niveles, y que tiene reglas para cada uno. Al igual que en la Iglesia de la Cienciología y sus niveles de thetanes operantes, sus explicaciones no tienen mucho sentido. Pero así es como las clasifico en mi cabeza.

La «mentira invisible»

Es la mentirijilla blanca, común y corriente, la que todos decimos varias veces al día sin darnos cuenta. Por ejemplo, imagina que te acaban de diagnosticar una enfermedad terminal y el camarero o el chófer del autobús te preguntan: «¿Cómo estás?». Tú respondes «Bien», porque se entiende que a ellos no les interesa conocer la verdad. Simplemente preguntan por cortesía. Y a ti no te interesa contarle todo a un extraño. Ambos queréis continuar con vuestro día.

La mentira «dale una oportunidad a la paz»

Todos decimos este tipo de mentiras para no herir los sentimientos de otras personas. Un ejemplo: hace un par de años, una camarera amiga de Astrid, Gina, le preguntó: «¿Me hace mucho culo este pantalón?».

Ahora bien, Gina es una mujer corpulenta, y su trasero es una buena muestra de ello. Por lo tanto, sí, ese pantalón le hacía un culo muy grande. Pero Astrid respondió con un enfático «no» sin titubear. Cuando más tarde la interrogué al respecto, me dijo:

—Pregúntate esto, Felix: ¿qué hubiera ganado si yo le hubiera respondido que sí? Ya está preocupada por su peso. De nada sirve que complique sus problemas de autoestima.

—Pero eres su amiga. ¿No se supone que las amigas deben decirse la verdad?

—A veces las personas no quieren sinceridad, quieren un achuchón. Además, su trasero no se veía más grande en ese pantalón que en cualquier otro. Y es un culo perfectamente aceptable, bien proporcionado. Así que, técnicamente, no mentí.

La mentira «decorativa»

Según Astrid, adornar la verdad no es mentir, solamente es añadir un poco de sabor, como ponerle especias a un guiso. Por ejemplo, puede rellenar su currículum con información, digamos, inexacta, dependiendo del tipo de empleo que se va a solicitar. La primera vez que presentó una solicitud en un restaurante, escribió que tenía «amplia experiencia en el sector servicios».

—¿Desde cuándo? —le pregunté cuando lo leí.

—Desde que naciste. He estado atendiéndote día y noche desde entonces.

La mentira «no hace daño a nadie»

Estas son mentiras descaradas cuyo fin es obtener alguna ventaja para quien las dice. Pero, y esto es lo fundamental, no hacen daño a nadie.

Este tipo de mentira se entenderá claramente en un instante.

Y, por último:

La mentira «alguien podría perder un ojo»

Es la peor clase de mentira, y tiene el potencial de herir a quien la dice, a quien se le dice o a ambos.

Astrid no las dice con frecuencia y, cuando lo hace, creo que no es a propósito. Por ejemplo, no creo que fuera su intención mentir cuando le dijo a su amiga Ingrid que le pagaría los cinco mil dólares que le debía. Ni cuando le dijo a su amiga Karen exactamente lo mismo. Pienso que creía que les pagaría a ambas. Pero no lo hizo. Tampoco le devolvió a Ingrid su costoso kit de maquillaje. Ellas se sintieron heridas, utilizadas, y al final la apartaron de sus vidas. Eso estuvo fatal porque la hija de Ingrid, Violet, era mi niñera favorita. Y una vez que Ingrid desapareció de nuestras vidas, Violet también lo hizo.

Ahora que lo pienso, mi madre se ganó el rechazo de muchas personas debido a este tipo de mentira. Incluyendo a Daniel, quien, por cierto, es mi padre.

En fin, Solo quería explicar estas categorías antes de continuar con la historia. Astrid estaba a punto de decir una mentira «no hace daño a nadie» y una «alguien podría perder un ojo», ambas en el mismo día.



SEPTIEMBRE



—Hola, soy Astrid Knutsson y él es mi hijo, Felix. —Estábamos en las oficinas del Colegio Público Blenheim. Astrid llevaba una bonita blusa de hombros descubiertos y los labios pintados—. En primavera enviamos nuestra solicitud para el curso de inmersión lingüística de francés, y hemos pasado todo el verano fuera del país.

El secretario estaba detrás de un mostrador, jugando al solitario en su ordenador. Cerró el juego y abrió una carpeta.

—¿Me deletrea su apellido, por favor?

—K-N-U-T-S-S-O-N. Me sorprendí al no encontrar ningún documento cuando llegamos a casa anoche, así que se nos ha ocurrido venir. —Entonces sonrió. Tiene una sonrisa radiante.

El hombre frunció el ceño.

—No nos consta haber recibido el formulario de inscripción.

—Debe estar ahí. Seguramente fue uno de los primeros que recibieron, no sé si eso le ayuda.

El hombre se levantó y se dirigió a un archivador. Revisó el contenido de una carpeta una vez y luego una vez más.

—No sé qué decirle. No está aquí.

—No lo entiendo. Tiene que estar ahí. Lo enviamos con mucho tiempo de antelación. Felix sueña con esto desde hace dos años.

—Sueño con esto —repetí con voz un poco temblorosa. Me pareció un buen detalle.

Él se encogió de hombros con impotencia.

—Señora Knutsson...

—Señorita —lo corrigió—. Madre soltera. ¿Cómo te llamas?

—Obasi.

—Obasi, debe de haber un error. Tal vez alguien de aquí lo guardó en otro lugar.

Obasi pareció enfurecerse al oír eso.

—La única persona que hay aquí soy yo.

—Bueno, entonces eso es imposible —dijo Astrid rápidamente.

—Aunque... —dijo Obasi—. Vino un sustituto cuando me puse enfermo a finales de marzo.

—¡Fue justo cuando lo enviamos! —La verdad, Astrid es muy hábil. Se volvió hacia mí—: Ay, Felix, de verdad que lo siento mucho.

—Pero... esto es lo que más quiero. Desde hace años. —Incluso logré que mis ojos se humedecieran—. *Je veux appendeg le français* —agregué para dar un efecto dramático.

Astrid me abrazó y, con voz trémula, dijo:

—Es culpa mía. Debí haber fotocopiado los formularios. Debí verificar que los recibisteis.

—No, no se culpe —dijo el secretario.

—¿Tienes hijos, Obasi?

—Aún no, pero mi esposo y yo estamos intentando adoptar.

—Eso es maravilloso. Podréis repartiros las responsabilidades. No voy a mentirte: no es fácil hacerlo sola. Y ahora lo he echado todo a perder.

—Usted no ha hecho nada malo. Probablemente fue ese condenado sustituto.

El hombre mordió el anzuelo. Astrid solo tenía que recoger el sedal.

—¿No hay nada que podamos hacer?

Obasi miró alrededor y susurró:

—No debería hacer esto, pero... Justamente esta mañana se ha quedado libre una plaza. Se supone que debo cubrirla con alguien de la lista de espera, pero teniendo en cuenta que ustedes enviaron la solicitud con tanta antelación...

—¿De verdad harías eso? —preguntó Astrid.

Obasi asintió. Yo me solté de los brazos de Astrid.

—¡Gracias! —exclamé—. ¡Gracias, gracias, me hace el niño más feliz del mundo! ¡Que Dios nos bendiga, que Dios nos bendiga a todos! —No sé por qué se me ocurrió citar al pequeño Tim de *Un cuento de Navidad*, pero evidentemente fue demasiado para Astrid, que me dio un codazo en las costillas.

Obasi deslizó los formularios sobre el mostrador.

—Rellenen esto.

Astrid le dedicó otra sonrisa deslumbrante.

—Obasi, acabas de hacer tu buena acción del año. Te lo agradezco mucho.

Él también sonrió.

—Tendrá que ser nuestro secretito.

—Ah, por supuesto.

Me quedé sentado junto a Astrid mientras ella rellenaba los formularios. Noté que en la casilla para «Padre o tutor» puso únicamente sus datos.

Cuando llegó al espacio para «Dirección» se detuvo. Se volvió a mirar a Obasi, que estaba absorto en una nueva partida del solitario. Luego me señaló la página. Leí donde ponía: «La dirección debe ubicarse en el área oeste. Haga el favor de incluir comprobante del domicilio, ya sea un certificado de residente, o un recibo de teléfono o de agua».

Eso era un obstáculo. Astrid hizo unos arreglos para que la correspondencia que llegaba a nuestra antigua dirección se reenviara a un apartado postal en el lado este de Vancouver, fuera del área de elegibilidad de alumnos.

Se levantó.

—Obasi, esta mañana no me he tomado el café y he olvidado en casa parte de la documentación necesaria. Aquí tienes los otros formularios. Por favor, no le des esa plaza a nadie. Estaremos aquí mañana a primera hora con lo que falta.

Él frunció el ceño.

—Solo puedo esperar como máximo hasta las diez de la mañana.

—No hay problema —dijo, y le lanzó una última sonrisa.

En la furgoneta, Astrid permaneció en silencio en el asiento del conductor. Supe que debía guardar silencio, que estaba pensando cuál sería el siguiente paso.

Al cabo de unos minutos giró la llave de arranque.

—No te preocupes. Sé lo que vamos a hacer.

Esperamos a que fueran las seis de la tarde.

—Tengo que asegurarme de que ya haya vuelto del trabajo —dijo Astrid sin explicar de quién hablaba.

A las seis y un minuto llegamos con la furgoneta a una casa en Kitsilano. Frente a la entrada había unas bicicletas y un trampolín.

—Oye, esta es la casa de Caitlin —dije. Fuimos compañeros de colegio en la época en que teníamos nuestro piso—. ¿Por qué estamos...?

Astrid levantó una mano y se bajó de la furgoneta.

—Espera aquí.

Vi cómo caminaba hacia la entrada principal y tocaba. El padre de Caitlin, el señor Poplowski, abrió la puerta.

Juro que parecía desconcertado cuando vio a mi madre. Cerró la puerta al salir al porche, como si no quisiera que nadie de su familia lo viera.

Hablaron durante unos instantes. Él parecía inquieto. Luego volvió a entrar en la casa. Astrid se volvió hacia mí y levantó los pulgares. A diferencia del señor Poplowski, su actitud era relajada.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió de nuevo. El señor Poplowski le entregó a mi madre unos papeles y cerró de un portazo.

Astrid regresó a la furgoneta dando saltitos.

—Listo. Problema resuelto.

—¿Qué has hecho?

—Necesitábamos una dirección. Gracias a él, la tenemos.

—¿Vamos a darle la dirección de Caitlin al colegio?

Río.

—No, no. Su padre nos permitió usar la dirección de su despacho de abogados, que está en Broadway. Oficinas en la planta baja, apartamentos en el primer piso: el colegio nunca notará la diferencia. Podemos reenviar toda nuestra correspondencia allí.

—¿Y él está de acuerdo con eso?

Astrid arrancó la furgoneta, sonriendo.

—No tiene otra opción.

—Pero ¿por qué...?

—Felix. Suficientes preguntas.

No dije nada más, pero recordé la última vez que había visto al señor Poplowski.

Era invierno. Vivíamos en nuestro piso. Yo fui al colegio sintiéndome bien, pero vomité de repente a media mañana. La enfermera me dijo que había pillado un resfriado. Llamó a mi madre un par de veces, pero como no obtuvo respuesta, me pidió que me acostara en el catre del consultorio.

Después de un rato me aburrí y, cuando la enfermera se fue al baño, me escapé. Mi idea era volver caminando a casa y acostarme ahí, porque al menos teníamos televisión.

Entré en el piso. Mi madre estaba ahí... con el señor Poplowski. Él estaba poniéndose los zapatos.

—¡Felix! ¿Qué haces aquí? —Parecía entusiasmado en exceso.

—El padre de Caitlin es abogado —explicó mi madre—. Me estaba ayudando a revisar el contrato del piso.

Entre que me sentía atontado y que solo tenía ocho o nueve años, no me cuestioné nada. Pero mis PDO me dijeron que era extraño que mi madre atendiera un asunto de negocios en bata.

No quiero pensar demasiado en eso, pero supongo que el padre de Caitlin creyó que era mejor participar en una mentira pequeña que dejar que se supiera una mentira mayor. Fuimos directamente a la biblioteca de Kitsilano. Astrid sacó uno de los papeles que le dio el padre de Caitlin: el recibo del agua de su despacho. Encendió uno de los ordenadores de la biblioteca y buscó una tipografía parecida a la del recibo. Tecléo su nombre, «Astrid Knutsson», y lo imprimió. Luego lo recortó con cuidado y lo pegó sobre el nombre del señor Poplowski. Fotocopió el recibo y me mostró el resultado. Estaba muy bien hecho. Parecía auténtico.

A las nueve y un minuto de la mañana siguiente, entramos en las oficinas del colegio.

—Ah, perfecto. Están aquí —dijo Obasi. Astrid le entregó el recibo y él lo revisó con atención—. Normalmente no aceptamos fotocopias; preferimos el original.

—De momento, el original lo tiene mi contable.

—Bueno, tráigamelo cuando puedan. —Obasi se volvió hacia mí y sonrió. Me estrechó la mano—. Felicidades, Felix. Nos vemos la próxima semana.

Volvimos a la furgoneta. Yo me sentía feliz, incluso aturdido. Agosto fue divertido, pero estaba ansioso por convivir de nuevo con personas de mi edad y tal vez hacer uno o dos amigos.

Astrid no arrancó la furgoneta.

—Solo para que no haya dudas, Felix. Cuando empieces las clases, es mejor que no les cuentes a tus compañeros nada de esto.

—¿De cómo he entrado en el colegio?

—No. Bueno, sí. Eso también. Me refería a nuestro problema de vivienda —dijo señalando la furgoneta—. Sabes, al igual que yo, que esto es algo temporal. Pero puede que otras personas no lo entiendan. No debemos dar razones para que nadie llame al MDIF.

Se me heló el corazón.

MDIF. Ministerio para el Desarrollo Infantil y Familiar.

Ya tuvimos un roce con ellos en abril. Una noche, Astrid y Abelard mantuvieron una de sus peleas más espectaculares. Al día siguiente, una trabajadora social se personó en la puerta con un montón de preguntas. Probablemente la llamó el casero, que vivía en el piso de arriba. Tal vez pensó que yo era víctima de abusos. No era así.

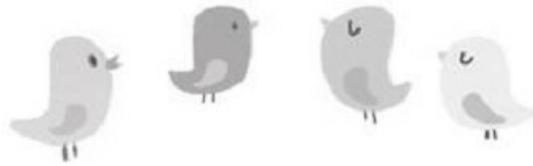
Abelard a mí nunca me pegó.

Como sea. Después de aquella experiencia, y de otras historias que me contó mi madre, supe que debíamos mantenernos a toda costa fuera del radar del MDIF. Así que dije:

—Okey.

En aquel momento, evitar comentarios sobre nuestro problema de vivienda no parecía tan difícil.

Como dijo Astrid, era algo temporal.
En menos de lo que canta un gallo tendríamos un lugar donde vivir.



Mi primer día en Blenheim estaba tan nervioso que tuve diarrea. Y si eso no es nada bueno en las mejores circunstancias, es mucho peor cuando vives en una furgoneta.

Por suerte, pasamos la noche a unas cuantas manzanas del colegio, frente al centro social. Astrid lo planeó todo para que tuviéramos dónde asearnos por la mañana. Yo tuve que correr al baño tres veces en menos de media hora.

El día anterior fuimos a casa de Soleil a recoger más pertenencias nuestras: jerséis más gruesos, chaquetas y zapatos más calientes, y el material escolar que conservaba del año pasado. El parking estaba vacío, y las persianas, cerradas.

—Parece que no hay nadie —dije.

—No hay problema. —Astrid aceleró. Pensé que nos iríamos, pero, en vez de eso, hizo dos giros a la derecha y se detuvo en el callejón frente a la reja trasera de la casa de Soleil.

Se me contrajeron los intestinos.

—¿Qué estás haciendo?

—Entrar.

—Mamá —dije. Ella me lanzó una mirada penetrante. No le gusta que la llame así—. No vamos a forzar la entrada.

—¿Quién ha dicho algo de forzar la entrada? —Sacó una llave del bolsillo.

—¿Soleil te dio la llave? —pregunté mientras bajábamos de la furgoneta.

Astrid abrió la reja posterior.

—Sí y no. Me la dio durante nuestra estancia. Yo hice una copia antes de devolvérsela.

Se me contrajeron aún más los intestinos.

—Entonces sí estamos entrando a la fuerza.

Introdujo la llave en la cerradura.

—No, porque solo vamos a llevarnos nuestras cosas.

Me dio un ataque de hipo. Siempre me pasa cuando estoy nervioso.

—¿Y si vuelven a casa?

—No lo harán. Se han ido de vacaciones. He tomado precauciones.

—O sea, que lo tenías planeado. ¡Hip!

Cuando Astrid abrió la puerta, nos recibió un pitido agudo. El sistema de alarma. Mis intestinos terminaron de soltarse por completo.

Astrid se limitó a introducir un código en el teclado numérico de la alarma y el pitido se detuvo.

—Böna, está bien. Soleil nunca sabrá que hemos estado aquí.

Terminamos pasando allí toda la tarde. Astrid lavó toda nuestra ropa. Luego me preparó una bañera con burbujas en el baño de invitados. Mi resistencia se desvaneció en cuanto entré en esa bañera. Fue glorioso. Mientras yo hacía uso del jabón y del champú, ella aprovechó el jacuzzi del baño principal.

Me apena decir esto, pero también saqueamos su congelador. Una lasaña congelada nos hizo ojitos, así que la cocinamos y nos la comimos. Astrid encontró un táper en uno de los cajones de Soleil y puso ahí las sobras para que me las llevara de merienda.

La verdad, fue genial estar en una casa por primera vez después de un mes. Por eso no nos fuimos cuando terminamos de comer. Nos sentamos en la sala a ver la tele y vimos *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, mi programa favorito. Es como *Jeopardy!* pero con esteroides. A diferencia de Alex Trebek, Horacio Blass, el presentador de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, agita los brazos, habla con voz estruendosa y exclama «¡Yuuu-juuu!» cada dos por tres.

Yo gritaba las respuestas antes que los concursantes, y casi siempre acertaba. No lo digo por presumir, es solo que tengo facilidad para almacenar información. Y, como mi madre estudió desde antropología e historia universal hasta literatura inglesa, a lo largo de los años he acumulado un montón de datos. «Eres una esponja», me dijo una vez un profesor después de que recitara de memoria el discurso *Tengo un sueño*, de Martin Luther King Jr.

Mientras veíamos la tele, me distraje mirando un enorme retrato familiar en blanco y negro que estaba colgado sobre la chimenea. Soleil, su esposo y sus hijos gemelos vestían ropa casi idéntica: jerséis grises de cuello redondo y pantalones oscuros.

Sentí una punzada de envidia, no lo niego. Parecían muy felices, y muy ricos.

No quisimos llamar la atención encendiendo las luces, así que nos fuimos cuando empezó a oscurecer.

Creo que es importante mencionar que dejamos el lugar immaculado. Probablemente más limpio de lo que estaba cuando llegamos. Y lo único que nos llevamos fue la lasaña. Y el táper. Y una cerveza para Astrid y un refresco para mí.

Estoy seguro de que es mera coincidencia, pero una semana después mi madre se puso un jersey que no le había visto nunca.

Gris. De cuello redondo.

Astrid me echó un último vistazo antes de que me fuera al colegio. Mi pelo, como siempre, era una larga melena rubia, estaba limpia y sedosa, y olía de maravilla. Llevaba unos vaqueros que habíamos comprado en Value Village —nunca comprenderé por qué la gente compra en otras tiendas— y mi camiseta favorita, estampada con la bandera canadiense y las palabras «Miembro del Equipo Eh».

—Te queda genial —dijo Astrid—. Espero que tengas un día maravilloso.

—Tú también. —Iba a salir a buscar trabajo. Se había puesto unos pantalones formales grises, zapatos planos y una de sus bonitas blusas.

Astrid sabe cómo dar una buena primera impresión, el problema son las impresiones posteriores.

Caminé unas cuantas manzanas hasta llegar al Blenheim. Hacía un día precioso. Los castaños bordeaban la calle a ambos lados, y sus hojas susurraban mecidas por el viento. Mi estómago borboteó porque solo había desayunado un plátano: estaba demasiado nervioso para comer nada más.

Cuando crucé la entrada del antiguo edificio de ladrillo amarillo, intenté caminar con una seguridad que no sentía.

Mis ojos se posaron en un chico que estaba más adelante en el pasillo. Daba la impresión de que se había levantado de la cama hacía cinco minutos. Su camiseta de rayas y sus vaqueros estaban arrugados, su pelo lucía un tremendo «almohadazo» y llevaba la camiseta metida dentro de los calzoncillos.

Lo reconocí al instante.

Era Dylan Brinkerhoff, mi antiguo mejor amigo.

—Hola, Dylan —dije con la voz rota.

Él dio media vuelta y me miró sin expresión durante un instante. Sentí que el corazón se me caía a los pies. Pero entonces se le dibujó en la cara una gran sonrisa, dejando a la vista una estructura metálica dentro de su boca.

—¡Felix! —Se acercó a mí y me abrazó—. ¿Estás aquí por el curso de inmersión de francés? — Hablaba con un ligero ceceo a causa de los *brackets*, como si estos le tirasen de la lengua.

—Sí. Por favor, dime que tú también.

—¡Sí! O sea, ¿has vuelto?

—Así es.

—¡Genial! ¿Dónde vives?

Me puse a parpadear una y otra vez. No esperaba esa pregunta tan pronto.

—En el lado oeste, pero en los límites. Es un largo viaje en autobús. —Me dije que aquella era una «mentira invisible».

—¿Quién es tu profesor?

—Monsieur Thibault.

—¡El mío también! ¿No es una gran coincidencia? —Estuve a punto de decirle que no lo era teniendo en cuenta que solo había dos grupos en el curso, pero me contuve—. ¡Esto es genial!

En eso estábamos totalmente de acuerdo.

Dylan y yo nos sentamos en el centro de la clase. Parecía un lugar seguro para comenzar. Conté veintiocho alumnos, mitad chicos y mitad chicas. No se oía la típica cháchara del primer día de clase; la mayoría de los alumnos del programa veníamos de colegios diferentes, así que todos éramos nuevos, lo que, francamente, era un alivio.

Un hombre entró en el aula. Parecía tener unos veinticinco años, era de brazos gruesos y musculosos y pecho amplio. Tenía una barba negra y un bigote tipo manubrio recortado con cuidado. Y tatuajes. Tenía un montón de tatuajes.

—*Bonjour, je m'appelle Monsieur Thibault*. Hola, soy el señor Thibault.

Dylan y yo nos dimos la vuelta. Monsieur Thibault parecía más un Hells Angel que un maestro.

Nos contó, en inglés, que había nacido y crecido en Quebec y que tenía nueve hermanos. Nos recordó que todos estábamos en el mismo barco, y que por eso no debíamos sentirnos nerviosos. Mis PDO me dijeron que sería un gran profesor.

—Hoy hablaremos en inglés. Será la primera y última vez. A partir de mañana todo será en *français*. Ahora cada miembro del grupo se presentará y nos dirá por qué habéis decidido apuntaros a este curso.

Empezó con quienes estaban al fondo de la clase y continuó hacia delante. Cuando le tocó el turno a Dylan, dijo:

—Me llamo Dylan Brinkerhoff. Mis hermanas mayores, Cricket y Alberta, hicieron este curso. Me dijeron que yo también debería apuntarme. Supongo que por eso estoy aquí.

Yo fui el siguiente.

—Me llamo Felix Knutsson. Soy mitad sueco, pero nunca aprendí mucho de ese idioma, y también soy una cuarta parte haitiano y una cuarta parte francés, pero no sé criollo ni francés. Me gustan los idiomas y me gusta ponerme retos, así que... aquí estoy.

La mayoría de las presentaciones fueron como las nuestras, breves y en inglés. Entonces Monsieur Thibault llegó a la última alumna, que estaba sentada (como era previsible, viéndolo en retrospectiva) en la primera fila.

Winnie Wu.

Winnie llevaba su largo cabello negro recogido en una trenza francesa, lo que, como entendí después, era intencional (trenza francesa, ¿comprendes?). Vestía una blusa blanca, una falda de cuadros, medias rojas y unos zapatos de cuero negro. De su cuello colgaba una cadena de oro con dos amuletos, un corazón de jade y una crucecita dorada. Sobre la cabeza llevaba una boina roja cuidadosamente inclinada.

—*Je suis ici parce-que j'aime beaucoup tous les choses françaises. J'ai acheté les «listening tapes» pour étudier.*

Silencio. La mayoría apenas podíamos contar del uno al diez en francés. Pero Monsieur Thibault sonrió encantado.

—Excelente, Winnie...

Pero Winnie aún no había terminado.

—*Mes parents m'ont emmenée à Las Vegas l'hiver passé et j'ai vu la Tour Eiffel, et vraiment, c'était l'amour au premier regard! Maintenant j'aime tous les choses françaises: la cuisine, la culture, le cinéma. Quand nous aurons assez d'argent nous irons visiter le vrai Paris. Et, un jour, je veux vivre en France.*

Monsieur Thibault nos hizo una traducción condensada:

—Winnie se convirtió en una devota francófila después de ver la Torre Eiffel. —Tosió—. En Las Vegas.

Fue como si no hubieran pasado dos años desde la última vez que vi a Dylan. Ambos nos volvimos para mirarnos y nos reímos, pero de una manera especial que solo nosotros podíamos oír.

Dedicamos el resto del día a conocernos unos a otros mediante juegos. Cuando finalmente sonó la campana, Dylan me preguntó:

—¿Quieres venir a mi casa?

Me hubiera encantado hacerlo, pero estaba ansioso por saber cómo le había ido a mi madre durante el día.

—Hoy no puedo. ¿Qué tal mañana?

—Claro.

Caminamos juntos hacia nuestras taquillas.

—Oye, ¿todavía tienes tu *poltergeist*?

En la época en que conocí a Dylan, él estaba convencido de que en su casa había un *poltergeist* amistoso pero travieso llamado Bernard, y todo porque Dylan siempre perdía sus cosas.

—¡Sí! ¡Seguro que esta misma mañana me ha escondido un calcetín!

Sonreí. Me encantó saber que Dylan seguía creyendo en Bernard. Después de despedirnos, fui caminando a la furgoneta e hice el toque especial en la puerta lateral. Astrid la abrió.

—¿Cómo ha ido tu primer día?

Le conté todo sobre mi nuevo colegio y sobre Dylan.

—Eso es maravilloso, Felix.

—¿Y qué tal tu día?

Ella sonrió.

—Ya tengo trabajo. En una cafetería en Kerrisdale: Bean There, Donut That. Dije que tenía mucha experiencia sirviendo café, lo que básicamente es verdad; todos los días me sirvo uno.

Chocamos las palmas en el aire.

—Eso es fantástico, Astrid.

—El sueldo no es gran cosa, pero hay muchos turnos y todo lo que llegue al bote de propinas es para mí. Con eso bastará hasta que encuentre algo mejor, pero por ahora podemos empezar a buscar una casa. Al fin podré dar referencias laborales y, dentro de un par de semanas, tendré una nómina.

Lo celebramos. Astrid calentó en la estufa dos latas de chili vegetariano. Yo le di a *Horacio* una ración extra de lechuga. Colocamos nuestras sillas plegables en el parque, al otro lado de la calle, y comimos al aire libre el chili con zanahorias y pepinos crudos. De postre comimos manzanas y galletas del supermercado.

A las diez de la noche ya estábamos en la cama, leyendo con ayuda de nuestras linternas de cabeza. De repente, alguien llamó a la puerta de la furgoneta.

Astrid se incorporó como un resorte.

—¿Quién es?

—Solo un vecino inquieto —dijo un hombre—. He visto que habéis aparcado aquí varias noches seguidas. Solo me preguntaba a quién visitáis.

—A unos amigos —dijo Astrid con soltura—. Dormimos aquí para no molestarles.

—Comprendo. ¿En qué casa viven sus amigos?

—En la casa color carne. —En el vecindario había decenas de casas color carne.

—¿Los Woodbridge?

—Así es.

—*Okay*, voy a ir a llamarles solo para confirmar.

—Adelante.

Abrí lentamente una de las cortinas y vi al hombre caminar por la acera. Mi madre se acomodó en el asiento del conductor.

—Lo siento, Felix. Tendremos que buscar un nuevo lugar para esta noche.

El hombre se volvió a mirarnos cuando pasamos por su lado.

Astrid se despidió de él levantando un dedo.

Después de encontrar un sitio donde aparcar la furgoneta, me costó mucho relajarme. Tuve que repasar mentalmente todo el mapa de Estados Unidos, en orden alfabético, de Alabama a Wyoming, y todos los elementos de la tabla periódica, hasta que por fin me quedé dormido.



Al día siguiente, fui a casa de Dylan después de las clases. Estaba bastante molido.

Aun así, me emocionaba recorrer las cinco manzanas que había hasta su casa. Había pasado mucho tiempo —en serio, mucho tiempo— desde la última vez que había ido a casa de un amigo, pues en mis dos últimos colegios me faltó el ingrediente clave (es decir, los amigos).

La casa de los Brinkerhoff seguía exactamente como la recordaba. El porche todavía daba la impresión de que iba a derrumbarse. La pintura amarillo neón estaba desconchada. El césped era unas manchas dispersas de color café. En el jardín había viejos juguetes para niños pese a que Dylan, el más pequeño, no jugaba con ellos desde hacía años. En el interior apenas podía verse el suelo de madera debajo de todos los zapatos, calcetines, jerséis y libros que había tirados. Había bolas de pelusa más grandes que *Horacio*. Al entrar en la cocina encontré en el fregadero una pila de platos idéntica a la que había visto allí años antes. Mis calcetines se adherían a ciertas zonas del suelo, tal como lo hacían antes.

Era maravilloso. Todo lleno de vida.

Un enorme gato color naranja entró en la cocina balanceándose y se frotó contra las piernas de Dylan.

—Es *Craig* —dijo Dylan al tiempo que lo levantaba—. Tiene dos años. Lo trajimos hace dos años.

Me ofreció el gato y lo cogí en brazos. *Craig* ronroneó alegremente en mis brazos.

—Guau. Debe de pesar unos diez kilos.

—Once.

La hermana mayor de Dylan, Alberta, entró de repente. También seguía siendo la misma: pelo largo y de color café, ojos estrábicos y una inimitable colección de camisetas. La que llevaba decía «Lo que no te mata te hace más fuerte. Excepto los osos. Los osos te harán pedazos».

—Ay, qué tierno, Dylan ya tiene un nuevo amiguito. —Sacó leche de la nevera y bebió directamente del bote—. Un segundo. Reconocería ese pelo en cualquier parte. Tú eres Bobobionicle.

Me ruboricé un poco.

—Soy yo. Aunque prefiero que me llamen Felix.

—Vosotros solíais correr de un lado a otro con vuestros pijamas de Toy Story y vuestros Bionicles, haciendo sonidos de pistolas láser. ¡Pium, pium, pium! ¡Ja-ja-ja-ja-ja-jiiiiija! —Su risa tampoco había cambiado—. Erais unos *nerds* adorables. —Luego nos miró de arriba abajo—. ¡Es

obvio que algunas cosas nunca cambian! ¡Ja-ja-ja-ja-ja-jajiiiiii-ja! —Entonces nos sirvió sendos vasos de leche del bote de donde acababa de beber.

Era el paraíso.

¿No te ha pasado que a veces no sabes cuánto echas de menos algo hasta que lo recuperas? Así me sentía yo al recuperar un amigo. Era como si después de tener la visión borrosa durante mucho tiempo, alguien te diera de repente unas gafas. Entonces ves el mundo que te rodea y dices: «¡Guau! ¡Esto es lo que me estaba perdiendo!».

Fui a casa de Dylan casi todos los días durante las primeras dos semanas. Nunca me preguntó si podía venir a la mía; su casa estaba cerca del colegio, así que lo más lógico era ir allí. Hacíamos nuestros deberes. Me ponía al tanto de todo lo relacionado con Bernard.

—Justo ayer dejé el Catan en la mesita del comedor porque Alberta y yo estábamos a media partida. Yo iba ganando. Y hoy por la mañana todas las piezas estaban movidas de manera que parecía que ella ganaba. Y yo dije: «¡Bernard, pillo tramposo!».

También comíamos. Un montón. Sus alacenas estaban llenas de recipientes gigantes de Costco. Calentábamos empanadas y burritos en el microondas, y nos plantábamos frente a la tele. Como yo solía alimentarme de comida de lata desde hacía más de un mes, aquello me parecía lo mejor de lo mejor.

Una tarde nos tocó ver *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*.

—¿En qué emblemática novela estadounidense aparece el personaje Becky Thatcher? —preguntó Horacio Blass.

—¡Las aventuras de Tom Sawyer! —grité varios segundos antes de que cualquiera de los concursantes hiciera sonar el timbre.

—¿Cómo se llamaba el perro de Hitler?

—*Blondi*.

—¿Cuál es el dios griego del vino?

—Dioniso.

De repente me di cuenta de que Alberta, que vino de la cocina, y Dylan tenían la vista fija en mí.

—Guau. Cerebritito —dijo Alberta.

Dylan le lanzó un cojín.

—Eres bueno, Felix. Muy bueno.

—Mejor incluso que mi novio, Henry —dijo Alberta—. Y eso que él está en el equipo sénior de *Reach for the Top* del colegio.

—Alberta estaba en el equipo júnior, pero no entró en el sénior porque es muy tonta —explicó Dylan.

Alberta le devolvió el cojinazo y se fue.

—Deberías presentarte para concursar —dijo Dylan.

—No puedo. Hay que tener al menos dieciocho años. —*Craig* saltó al sillón y se acostó de espaldas entre nosotros dos, ronroneando ruidosamente.

—Lástima. Podrías ganar fácilmente.

—Lo dudo —repliqué—, pero gracias.

Siempre me iba antes de que llegaran los padres de Dylan. Los Brinkerhoff me caían bien y no quería tener que responder sus preguntas sobre mi madre y sobre dónde vivíamos, y tal vez tener que mentir. A diferencia de ciertas personas que conozco, soy pésimo para mentir.

Todo iba bien en el trabajo de Astrid. A veces caminaba desde casa de Dylan hasta la cafetería y esperaba a que terminara su turno. Allí me servía un chocolate caliente gratis y, si no estaba ocupada, conversaba conmigo en francés. Eso me venía bien porque durante las clases solo se nos permitía hablar en francés. No fue fácil para nadie.

Excepto para Winnie Wu.

Hacia el final de la segunda semana, Monsieur Thibault nos organizó en parejas y a cada una le asignó un libro ilustrado. Teníamos que escribir un párrafo breve sobre él en francés.

—Felix, trabajarás con Winnie.

Estuve a punto de gruñir en voz alta.

Winnie Wu era como una patada en el *derrière*, por decirlo en francés. No paraba de hablar ni de hacer preguntas. Sobre cualquier cosa.

«Señor, ¿ha probado los *escargots*? Yo los comí en París, Las Vegas.»

«Señor, ¿estudiaremos en algún momento el *passé simple*?»

«Señor, ¿quién decidió qué palabras serían femeninas, *la*, y cuáles serían masculinas, *le*?»

No podía dejar pasar nada sin decir algo al respecto, en un francés irritablemente bueno que aprendió sola. Gracias a mis PDO noté que en ocasiones incluso exasperaba a Monsieur Thibault. Cuando le planteaba su decimoctava pregunta del día, él respiraba hondo, aguantaba la respiración unos segundos y exhalaba despacio.

Y ahora yo tenía que trabajar con ella.

Dylan me sonrió con malicia, mostrando sus *brackets*. Luego articuló unas palabras con los labios:

—Buena suerte, bobo.

Me senté frente a Winnie. Llevaba una blusa diferente, una falda de cuadros diferente, y la boina era verde. También noté que tenía una postura impecable, unos dientes blancos y alineados, y unos labios de un rojo natural que no paraban de moverse.

—Debemos explorar por debajo de la superficie —afirmó—. Debemos adentrarnos en las experiencias más profundas que enfrentan *Walter* y sus dueños durante este trance. Por ejemplo, ¿hay algún tema de mayor peso que aún no hemos descubierto...?

—¡Ay, por favor! —exclamé en inglés—. ¡Solo es un perro pedorro! —El libro que nos asignaron era *Walter, le Chien qui Pète*.

—*Felix, en français, s'il vous plaît* —dijo Monsieur Thibault.

Nuestro «párrafo» se convirtió en dos páginas, sin espacios. Al menos obtuvimos una A. Pero le dije a Dylan que nunca jamás volvería a trabajar con Winnie Wu.

Hice esa promesa un viernes.

La rompí el lunes siguiente.



—El periódico del colegio está buscando voluntarios que escriban unas páginas en francés para la edición de septiembre —anunció Monsieur Thibault el lunes de nuestra tercera semana—. Se publica una vez al mes. No habrá puntos extra, pero es una buena manera de practicar el idioma. Si alguien está interesado, tendremos nuestra primera junta al terminar las clases en el aula 222.

—Creo que deberíamos intentarlo —me dijo Dylan más tarde, en la cafetería. Estaba comiendo un sándwich de jamón. Una buena parte se quedaba atascada en sus *brackets*, suficiente para un tentempié a media tarde.

—Yo también —respondí.

—¿Recuerdas la revista que escribíamos cuando éramos niños? *¿Historias de Urano?*

—¡Tú escribiste un artículo que se llamaba «Los alienígenas me han metido una sonda por el culo»!

—¡Y tú, uno que se llamaba «Marciano roba todos los calzoncillos de una familia»!

Empezamos a carcajearnos. Dylan me escupió un trozo de sándwich, pero no me molestó. ¿Qué importancia tiene un poco de comida masticada entre dos amigos?

Al terminar las clases fuimos al aula 222. Monsieur Thibault estaba allí con el editor del periódico, un chico de octavo curso que dijo llamarse Charlie Tuyen.

—Parece que vosotros dos sois los únicos que vendréis —dijo Monsieur Thibault—, así que comencemos.

—Gracias por venir —empezó a decir Charlie. En ese momento, un impuntual abrió la puerta y entró.

Winnie. Parecía nerviosa; su boina roja estaba mal puesta.

—Lamento el retraso —se disculpó—. Donald pensó que sería divertido robarme la boina y usarla como *frisbee*.

Donald era un chico de nuestra clase, y parecía todo un patán.

Winnie se sentó frente a mí, y Charlie continuó.

—Queremos contenidos en francés para el periódico, sobre todo para vosotros, que estáis en el curso de inmersión, pero también para el resto de los alumnos que están inscritos en el curso normal de francés y quieren practicar el idioma. Podéis escribir sobre lo que queráis. Solo necesitamos contenido suficiente para ocupar tres páginas.

Winnie alzó la mano.

—¿Sí? —preguntó Charlie.

—Eso no será un problema. Al menos no para mí. —Sus labios rojos formaron una sonrisa diminuta y altiva.

Dylan y yo nos dimos la vuelta para mirarnos e hicimos el gesto de vomitar.

—Sí, bueno, vamos un poco apretados de tiempo para la primera edición, si pudierais entregarnos el material el lunes 13...

Winnie alzó la mano de nuevo.

—¿Sí?

—Supongo que queréis artículos de fondo: ¿política, pobreza, drogas?

—Bueno, es un periódico escolar. El contenido debe ser más bien ligero y divertido.

La mano de Winnie volvió a salir disparada hacia el techo.

—No hace falta que alces la mano cada vez...

—En otras palabras, queréis algo de relleno —dijo frunciendo los labios en un gesto de desaprobación.

Monsieur Thibault respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Escucha, puedes escribir lo que quieras —dijo Charlie—. No me interesa, con tal de que esté listo para el día 13. Se levanta la sesión.

Charlie y Monsieur Thibault salieron del salón con mucha prisa.

—Vamos a mi casa —me dijo Dylan mientras nos parábamos—. A ver qué se nos ocurre.

Winnie se volvió hacia nosotros.

—Excelente plan.

Dylan y yo nos miramos con una expresión que significaba «¡Mierda!». Winnie debió de notarlo porque su labio inferior empezó a temblar.

—Ah. Comprendo. Yo no estaba incluida.

Hubo una larga pausa.

—Puedes venir si quieres —dijo Dylan sin el menor entusiasmo.

En ese momento, Winnie debió captar la indirecta y decir: «No, no hay problema», pero en vez de eso, su rostro se iluminó.

—¡Viva! Voy a por mi mochila. —Y salió corriendo.

Miré a Dylan.

—¿«Viva»?

—¿«Mochila»?

Iba a ser una tarde larga.

Winnie estuvo tan insoportable como anticipábamos, quizá más. Lo primero fue su expresión al entrar en la casa de Dylan. Su boca roja y perfecta se transformó en una pequeña «o» de horror. Intentó disimularla.

—Es muy... *charmant*. —Rechazó las empanadas y las patatas fritas que le ofrecimos—. Calorías huecas. Además, os podría decir todas las razones por las que deberíais comer menos carne por el bien del planeta.

—No, gracias —dijo Dylan.

En el comedor, extendió su abrigo sobre el sillón antes de sentarse. El sillón estaba cubierto de pelos de gato, pero aun así...

—Entonces ¿decimos ideas al aire? —preguntó Dylan.

Winnie sacó una libreta con tapa de cuero y una pluma.

—Llevaré la minuta.

—Yo llevaré las horas —dije con un bocado de empanada en la boca.

—Y yo los segundos —dijo Dylan echándose a la boca unas patatas.

Dos de los tres presentes nos carcajamos.

—Yo podría hacer un crucigrama —propuse—. Y tal vez un artículo con datos curiosos sobre Francia. Por ejemplo, cosas inventadas por franceses o momentos de su historia.

—Buena idea —dijo Dylan.

—¿Dónde está la agudeza? ¿Dónde está el rigor periodístico? —Winnie golpeó su libreta con la pluma.

—¡Ya sé! —dijo Dylan sin prestarle atención—. ¡Podría escribir sobre *poltergeists*!

—Perfecto —dije.

Winnie arrugó la nariz.

—¿Por qué harías algo así?

—Porque son geniales e interesantes —dijo Dylan—. Y porque tenemos uno.

—Pfff. Por favor. Los *poltergeists* no existen.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté poniéndome a la defensiva en representación de Dylan.

Tenía mis propias teorías acerca de Bernard, pero sabía guardármelas.

—Porque... cualquier persona inteligente sabe que los fantasmas no existen.

Dylan espurreó aire. Señalé la cruz que ella llevaba en el cuello.

—¿Crees en Dios?

—Sí —respondió ella.

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó Dylan—. ¿Has visto a Dios?

—¿Has visto a tu *poltergeist*?

—No, pero he visto lo que hace. Siempre está haciéndonos bromas, pero también nos cuida. Por ejemplo, el otro día mi hermana se resbaló en las escaleras, y una fuerza invisible evitó que se cayera.

Winnie tomó aire para replicar, pero se contuvo.

—Bueno. Veo que es una pérdida de tiempo discutir con vosotros. Haced vuestro pseudoperiodismo raro. Yo voy a escribir un artículo de investigación sobre el amianto. Nuestro colegio fue construido hace mucho tiempo, por lo que es probable que haya amianto en los muros.

Dylan me miró.

—Suena súper —dijo.

—Superaburrido —agregué.

Una vez más, dos de los presentes nos carcajamos.



A finales de septiembre empezó a refrescar, especialmente por las noches. Esto es algo muy notable cuando vives en una furgoneta.

Pero nos adaptamos. Como dice Astrid, vivir en una combi te vuelve más ingenioso. «El ingenio, Felix, es una habilidad muy importante para la vida.»

Y vaya que fuimos ingeniosos. Por ejemplo, con el wifi. Cuando lo necesitábamos, íbamos a una cafetería o buscábamos una red abierta. Cuando necesitábamos recargar algo, como el teléfono o las pilas de nuestras linternas de cabeza, las conectábamos en la lavandería o en lugares así. A veces las conectábamos en el enchufe exterior de una casa deshabitada. En el lado oeste de Vancouver hay muchas casas grandes y nuevas en las que no vive nadie. Astrid las llama «propiedades de inversión». Son una de sus grandes aversiones.

—Nuestra ciudad se ha convertido en el patio de juegos de los ricos. Hay casas enormes y vacías, mientras que muchos de los que vivimos aquí no podemos encontrar viviendas a buen precio. Nuestros políticos deberían avergonzarse —afirma. Una y otra, y otra vez.

Astrid es muy buena para identificar casas desocupadas.

—Todas las persianas cerradas, *check*. Luces que se encienden todas las noches a la misma hora, *check*. Propaganda acumulada, *check*. Sistema de riego encendido aun en pleno chubasco, mostrando un total desinterés por la conservación del agua, *check*.

Es increíblemente sencillo aparcar por las noches frente a una de esas casas y usar su electricidad. Al mismo tiempo, llenábamos nuestros cubos de agua con sus grifos externos. Nunca nos metimos en ninguna, a menos que consideres la vez que...

Pero estoy adelantándome.

También somos ingeniosos en lo que se refiere a la comida. La cocina de una Westfalia es diminuta. El hornillo de dos fogones no permite preparar guisos elaborados, y tampoco podemos guardar muchas cosas en la neverita, así que consumimos mucha comida enlatada. Sopa Campbell's de guisante, chili vegetariano... Mi madre incluso me permite comer de vez en cuando Chef Boyardee, aunque dice que son «desechos tóxicos».

Pero que quede claro: no estoy desnutrido; al menos no demasiado. No creo padecer escorbuto, deficiencias vitamínicas ni nada por el estilo. Compramos en tiendas de Bajo Coste, donde hay buenas ofertas de productos que están a punto de caducar. Y en ocasiones mi madre...

Pero otra vez estoy adelantándome.

No voy a mentir, hay aspectos de vivir en una Westfalia que nunca se hacen más sencillos.

Como la falta de un baño. Eso es lo que más añoro. Por las noches, procuramos estacionarnos cerca de algún sanitario público. Vamos al baño de las cafeterías o de los McDonald's, que tienen buenas instalaciones. Usamos los lavabos para lavarnos las axilas y cosas así, y dos veces a la semana vamos a un centro social y nos damos largas duchas.

Lo hacemos lo mejor que podemos, pero aun así... ¿qué no daría por tener un inodoro propio!

También está la falta de privacidad. Dos personas en un espacio tan pequeño como ese... Apuesto que quienquiera que lo intentase se pondría nervioso de vez en cuando. Tampoco ayuda que en ocasiones mi madre ronque como un camionero, aunque lo niegue con vehemencia.

Y digamos simplemente que hay ciertas cosas que alguien de casi trece años querría hacer de manera esporádica, cosas privadas y muy personales que son imposibles cuando tu madre está durmiendo a un metro de distancia.

Y eso es todo lo que diré al respecto.

Sin embargo, en septiembre estábamos seguros de que nuestro problema de vivienda era temporal, así que lo sobrellevamos.

Mi madre cambiaba la Westfalia de lugar después de unas cuantas noches para no levantar sospechas. Yo colocaba a Mel en el salpicadero para que pudiera vigilarnos. Los días en que no podíamos bañarnos en el centro social, llegaba temprano al colegio y me encerraba en el baño para discapacitados, privado y espacioso. En mi taquilla guardaba un pequeño kit de aseo personal, con jabón, desodorante, pasta y cepillo de dientes. Me quitaba la camiseta y me lavaba las axilas a la perfección. Me lavaba la cara, me cepillaba los dientes y me desenredaba el pelo. Y, cada vez que iba a casa de Dylan, usaba su baño para hacer del dos.

Me decía que eso no era ser asqueroso.

Me decía que era ser ingenioso.

Así, llegó el día en que les dije a Dylan y a Winnie mi primera «no hace daño a nadie».

Era viernes y debíamos entregar los artículos el lunes, así que quedamos en vernos el fin de semana para afinar los últimos detalles.

—No podemos ir a mi casa. Van a venir un montón de parientes del lado este —dijo Dylan. Se volvió a mirarme—. ¿Podemos ir a la tuya?

—Está muy lejos.

—No hay problema —dijo Winnie—. Podemos ir en autobús.

Abrí la boca. La cerré. A continuación, me oí decir:

—Mi madre tiene gripe. Vómitos, diarrea... ya sabéis.

La boca de Winnie formó esa pequeña «o» de horror.

—Bueno, entonces podéis venir a la mía. —Me miró con severidad—. Pero si me contagias, te mato.

El sábado, Dylan y yo cogimos juntos el autobús para ir a casa de Winnie. Estaba en un edificio nuevecito de ocho pisos en la esquina de Fir Street con Seventh Avenue. Tocamos el timbre del interfono y nos abrió.

—Quitaos los zapatos —susurró cuando nos abrió la puerta del piso.

Nos llevó por un estrecho pasillo hasta una pequeña sala de estar. Parecía una habitación sacada de un catálogo de Ikea, aunque no tan ordenada. Unas puertas correderas de cristal daban a un balcón con vistas al océano y a las montañas North Shore. Sobre el marco de la chimenea de gas había un bonito pájaro de jade.

—Sentaos —nos pidió, susurrando otra vez.

—¿Hay alguna razón por la que debemos hablar en susurros? —pregunté en voz baja mientras me sentaba en el sofá. Dylan se sentó al otro extremo del mismo sillón.

—Mi mamá está durmiendo. Es obstetra. Anoche ayudó a dar a luz a dos bebés —dijo Winnie con orgullo—. Papá es enfermero. Se conocieron durante una cesárea hace quince años. Papá ayudó a mamá a sacar al bebé. ¡Qué romántico!, ¿no?

Dylan hizo una mueca.

—Qué asqueroso.

Revisamos por última vez nuestros artículos, discutiendo en murmullos.

—Vuestros artículos son tontos —dijo Winnie.

—Tu artículo es soporífero.

Ella ignoró nuestros comentarios y nosotros los suyos, pero sí dejamos que corrigiera nuestras faltas de ortografía y de gramática, que eran un montón.

Cuando ya estábamos terminando, llegó el señor Wu. Era un hombre alto y delgado, y tenía una sonrisa amigable. Llevaba en las manos unas pesadas bolsas del súper.

—¿No les gustaría a tus amigos merendar algo? —preguntó también en susurros—. Vengo del T&T Supermarket.

Como si hubiera escuchado la pregunta, mi estómago gruñó. Astrid y yo habíamos desayunado unos donuts del día anterior en su cafetería, pero ya habían pasado horas.

Winnie se levantó de un salto.

—Prepararé bocadillos con mi pan casero.

Diez minutos después, los cuatro estábamos amontonados en su diminuta cocina, que aun así era veinte veces más grande que la de la Westfalia. Winnie nos sirvió sándwiches de queso.

—¿En serio has hecho tú el pan? —pregunté—. Tiene muy buena pinta.

Asintió con la cabeza.

—Empecé a hacerlo el año pasado, después de leer un artículo sobre todos los conservantes que les ponen a los productos de supermercado. Este no tiene gluten y contiene semillas de quinoa y de chía.

Le di un gran bocado y empecé a masticar.

Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no escupirlo. El pan sabía a serrín y tenía la consistencia de una corteza de árbol. Al ver la cara de Dylan, me di cuenta de que él también estaba sufriendo.

Winnie le acercó un plato a su padre.

—¿Seguro que no quieres uno?

El señor Wu se dio unas palmaditas en el estómago.

—Me gustaría, pero he desayunado tarde y aún estoy lleno. Cariño, ¿me podrías traer mi vaso de agua? Lo he dejado en el otro cuarto. En cuanto Winnie salió, el señor Wu nos llamó con señas.

—Rápido. Sacad el queso y dadme el pan.

Hicimos lo que nos dijo. Nos zampamos el queso mientras él tiraba el pan al cubo de basura y lo tapaba con otras cosas que había en él. Cuando Winnie regresó, dijo una mentira para «darle una oportunidad a la paz».

—¡Tus amigos sí que están hambrientos! Les prepararé la merienda número dos. —Empezó a sacar la compra de las bolsas del súper—. ¿Alguien quiere unos bollos de cerdo al vapor?

—Bà, ¿qué te dije sobre la carne de cerdo? —lo reprendió Winnie.

—Necesito mi dosis de vez en cuando —respondió—. Ya me he comido cuatro. Estaban realmente deliciosos.

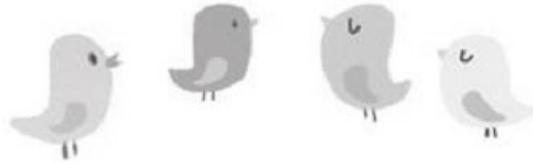
El señor Wu parecía muy buen padre.

Antes de que Dylan y yo nos marcháramos, fui al baño. Era blanco; estaba limpio y olía a una mezcla de flores secas de lavanda. Y, por si fuera poco, el asiento del váter tenía calefacción.

Estuve ahí sentado un buen rato, sintiendo cómo el asiento irradiaba calor en mi trasero. De repente, y sin previo aviso, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Añoraba un baño

Añoraba a mi padre.



La primera edición del *Blenheim Bugle* se publicó el miércoles. Monsieur Thibault nos dio tiempo para leerlo antes del recreo. Tenía ocho páginas, y las tres en francés estaban al final. Mi artículo apareció en primer lugar. Intentaré traducirlo de memoria. Iba más o menos así:

DATOS CURIOSOS SOBRE FRANCIA, PARTE UNO
Por Felix Knutsson

Los franceses inventaron muchas cosas. El sistema Braille. La pasteurización. Los globos aerostáticos. Pero yo os voy a hablar sobre una creación más sangrienta: la guillotina.

La inventó un doctor llamado Joseph-Ignace Guillotin a finales del siglo XVIII. Hizo la guillotina porque era una manera más considerada de ejecutar a las personas que usando espadas o hachas. Se sintió muy triste cuando la nombraron con su apellido. La guillotina cortó decenas de miles de cabezas. Las ejecuciones eran eventos públicos masivos. Las personas llevaban comida como en un día de campo y compraban panfletos en los que aparecían los nombres de las personas que iban a ejecutar. La guillotina cortó las cabezas de Luis XVI y de María Antonieta al final de la Revolución francesa. Se usó por última vez en 1977...

Etcétera. A continuación, el artículo de Dylan.

POLTERGEISTS: ¿REALIDAD O FICCIÓN?
Por Dylan Brinkerhoff

Poltergeist significa «fantasma ruidoso» en alemán. Los *poltergeists* son distintos a los fantasmas normales porque pueden mover cosas, e incluso arrojarlas. Algunos creen que quieren hacer daño a las personas, y tal vez algunos sí, pero nuestro

poltergeist no. Así es: tenemos un *poltergeist*. Se llama Bernard. A veces es molesto, pero yo creo que le gusta ser parte de nuestra familia. Creo que, a su modo, nos protege...

Etcétera. Dylan y yo tuvimos que buscar un montón de palabras en el diccionario y escribir oraciones sencillas porque todavía no teníamos un vocabulario amplio en francés.

El artículo de Winnie estaba al final. Como era tan largo, Charlie tuvo que imprimirlo sin espacios dobles entre líneas para que cupiera.

TODO LO QUE DEBES SABER SOBRE EL AMIANTO Y EL MESOTELIOMA

Por Winnie Wu

El mesotelioma es un tumor cancerígeno que se origina en las células del mesotelio. Te preguntarás qué es el *mesotelio*. Pues bien, es una membrana que protege muchos de nuestros órganos internos. La que protege nuestros pulmones se llama *pleura*. De hecho, esa tiene *dos* capas: la capa interna se llama *pleura visceral* y la capa externa se llama *pleura parietal*. En fin, están hechas de células. Esas células se llaman *células mesoteliales*, ¡y a veces se portan mal! Cambian, y en ocasiones se transforman en células cancerígenas. ¿Por qué ocurre esto? Bueno, adivina qué: el culpable muchas veces es el amianto. Las fibras de amianto son muy finitas. Y cuando alguien las respira, pueden entrar en —¡lo adivinaste!— el *mesotelio*. El vínculo entre el amianto y el mesotelioma se conoce desde hace años, y muchas personas mueren a causa de este material. Aunque ahora el amianto es ilegal en Canadá, seguimos exportándolo a otros países, lo cual, en opinión de esta reportera, es inapropiado y perverso. Pero además —¡noticia de última hora!— el amianto está presente en las paredes de muchos edificios antiguos, entre los cuales — ¡noticia de última hora!— se encuentra nuestro colegio.

El artículo de Winnie continuaba de la misma manera, usando palabras que solo ella y Monsieru Thibault podían entender.

Cuando sonó la campana a la hora del recreo, varios chicos se acercaron a Dylan y a mí para decirnos que habían entendido nuestros artículos y que les habían gustado. Una chica, Sophie, inició una profunda conversación con Dylan acerca de lo paranormal.

—A veces, mi abuela se sienta en mi cama a medianoche —oí que decía—, ¡y ella murió hace cinco años!

Nadie le dijo nada a Winnie, excepto Donald.

—Tu artículo es increíble —dijo al pasar a su lado—. ¡Increíblemente estúpido!

Él y su amigo Vlad se carcajearon.

Winnie se encorvó y se fue de la clase. Dylan y Sophie pasaron al tema de la güija, así que le dije que lo vería en la cafetería.

Winnie estaba sentada a solas en una mesa, comiendo un sándwich de huevo con germinado de soja. Me dio un poco de lástima, así que me senté frente a ella.

—Creo que tu artículo es muy informativo. —Horrorizado, vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas—. Oye, espera, ¡no llores!

—El año pasado me diagnosticaron discalculia.

—Ay... qué... mal. ¿Es mortal?

Me miró con seriedad.

—¿Qué? No, idiota. Es como dislexia para las matemáticas. ¡Suspendí en Kumon! Y hace dos años me pidieron que no volviera a inscribirme a las clases de ballet porque soy muy torpe —se sonó con un Kleenex—. Todos piensan que soy una niña perfecta...

—No, yo no. Para nada...

—Pero no lo soy. Hay muchas cosas para las que soy pésima. Y por un momento había creído que el periodismo era lo mío. Creía que era algo en lo que al fin podría destacar. Bueno, aparte de los idiomas.

—Vamos, Winnie. Solo es un artículo.

—Un artículo sobre un tema muy importante que a nadie le interesa —suspiró—. Ya nadie quiere pensar. Nadie quiere leer sobre temas importantes.

—Tal vez deberías haber escrito algo más atractivo para el lector. Por ejemplo, ponerle un título como: «¿Tu colegio te está matando?». Y, para la próxima, tal vez escribir algo más sencillo. Has usado un montón de palabras raras. Incluso en inglés sería difícil de leer.

Winnie dejó de llorar.

—En otras palabras, ¿quieres que apele al gusto de las masas? —preguntó con frialdad.

—¿Que hagas... qué?

Se levantó y golpeó la mesa con las manos.

—¡Me niego a formar parte del rebajamiento intelectual de Norteamérica!

Entonces cogió su asqueroso sándwich y salió pavoneándose con su falda de cuadros. Ya no sentía lástima por ella.

Ese día, no fui a casa de Dylan al terminar las clases. Fui caminando hasta el Bean There, Donut That con un ejemplar del periódico bajo el brazo. Al entrar, hice sonar unas campanitas que colgaban sobre la puerta. Astrid me saludó con la mano. Estaba detrás del mostrador, preparando un elaborado café para un cliente. Puse el periódico sobre la barra, junto a la máquina registradora.

—¿Es lo que creo que es? —me preguntó.

Asentí.

Dejó lo que estaba haciendo y empezó a leer. Después de unos instantes, el cliente carraspeó. Astrid blandió el periódico y le dijo:

—Mi hijo es un periodista con artículos publicados —entonces dejó la máquina de café y rodeó la barra para darme un abrazo—. Estoy muy orgullosa de ti, Felix. Es excelente.

El cliente volvió a aclararse la garganta, esta vez con más fuerza.

Astrid puso los ojos en blanco.

—Ciertas personas deberían aprender a meditar —dijo de manera que él pudiera escucharla.

Terminó de preparar el café. El hombre se fue mascullando y Astrid y yo nos quedamos solos.

—Voy a prepararte un chocolate caliente —dijo—, con doble de nata. Yo también tengo buenas noticias.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Es sobre el lugar que vimos?

El domingo habíamos visto un piso de alquiler que nos gustó a los dos. Era una vivienda complementaria, que no es más que una manera elegante de decir «sótano», pero estaba limpio y tenía un montón de ventanas, y además estaba cerca del colegio.

—Sí, el casero me ha llamado. Ha dicho que, si la queremos, es nuestra. Solo tiene que hablar con mi jefe, conseguir una referencia. Dentro de una semana podré enseñarle mi nómina.

Nos fuimos a la furgoneta. Como estábamos de celebración, Astrid me dejó cenar Chef Boyardee. De postre comimos barritas de avena que sobraron del día anterior en la cafetería. A *Horacio* le encantaron, así que le di bastante. Astrid y yo nos sentíamos atolondrados ante la idea de tener un lugar donde vivir; cuando nos acostamos en medio de la oscuridad, hablamos de lo que más anhelábamos.

—Una bañera —dijo Astrid.

—Un retrete —dije yo.

«Y basta de mentiras», pensé. No me gustaba tener que mentirles a Dylan ni a Winnie. Pronto podría invitar a mis amigos a mi casa cada vez que quisiera. Al apagar la luz de mi linterna de cabeza, solo pude repasar en mi mente la mitad de los ganadores del premio Nobel de la Paz antes de caer en un sueño profundo y sin interrupciones.

Al día siguiente fui a casa de Dylan después de clase. Cuando llegué a la furgoneta eran casi las seis de la tarde. Normalmente, Astrid llegaba después de las seis y media, así que entré utilizando mi llave.

Estaba acurrucada en el asiento trasero, envuelta en su saco de dormir.

—¿Astrid?

No respondió.

—Creí que trabajarías hasta las seis.

—Así debía ser —dijo. El saco de dormir amortiguaba su voz.

«Oh, no». Mis PDO me indicaron que algo andaba mal.

—¿Qué ha pasado?

—Mi jefe ha leído en internet unas horribles críticas sobre «una nueva camarera de pésima actitud». Le dije que no era mi trabajo ser amable con los patanes, y me dijo que sí lo era. Después me despidió.

De repente empecé a sentir la piel húmeda y pegajosa.

—¿Y qué pasará con el piso?

—El casero llamó a la cafetería cinco minutos después de que me despidieran para pedir referencias.

—Ah.

—Lo siento, Felix. De verdad que lo siento.

Subí despacio a la furgoneta y, dejando atrás la lluvia, cerré la puerta. Me senté junto a mi madre y le masajé la espalda. Después saqué a *Horacio* de su jaula y lo abracé. Sus bigotes me hacían cosquillas en el cuello.

Alcé la cabeza y vi a Mel en el salpicadero. Podría jurar que tenía la vista clavada en mí. Íbamos a seguir viviendo en la Westfalia. Al menos por el momento.



OCTUBRE



Quizá deba explicar el origen de mi nombre antes de seguir adelante. En mi acta de nacimiento dice Felix Fredrik Knutsson. Fredrik era el nombre de mi Mormor. Murió antes de que yo naciera. Las historias de Mormor acerca de él lo hacían parecer casi un santo, pero Astrid dice que aquellos eran «recuerdos revisionistas».

—Entonces ¿por qué me llamaste como él?

—No lo hice. Te llamé como mi pintor sueco favorito, Eugène Fredrik Jansson. Tu Mormor simplemente asumió que te había llamado así por mi padre. Yo dejé que lo creyera porque así no me daría mucho la lata cuando te pusiera el nombre de Felix.

En realidad, mi madre me llamó como su hermano mayor. El nombre proviene del latín y significa afortunado o exitoso. El Felix original no fue ninguna de las dos cosas.

Astrid me contó mucho sobre él. Eran supercercanos. Tenía dos años más que Astrid. Ella lo adoraba, y el sentimiento era mutuo. Felix tenía buena planta, era gracioso y encantador, y cuidó a mi madre desde que eran pequeños.

Y es que Fredrik era un mal padre. Era muy religioso, pero no de los del tipo «ama a tu prójimo», sino más bien del tipo «ojo por ojo». Cada vez que el Felix original o Astrid rompían alguna regla, los azotaba con el cinturón. Felix no podía soportar ver a Astrid en ese trance, así que se echaba la culpa de todo. Con lo que le pegaba con frecuencia.

Cuando el Felix original tenía dieciséis años, le comunicó a sus padres que era homosexual. Astrid cree que Mormor quería comprenderlo, pues lo amaba. Pero su padre pensaba que la homosexualidad era pecado, así que lo echó de casa.

Según mi madre, el Felix original era un chico listo e ingenioso. Pero solo tenía dieciséis años. Tenía que ganar dinero para pagar el alquiler de una habitación en un edificio decrepito cerca de Main y Hastings en Vancouver. Consiguió un trabajo de media jornada en un Burger King, pero solo cobraba el salario mínimo. Por eso hizo otras cosas para ganar dinero, cosas que le hacían sentirse mal y que incluso resultaban peligrosas.

Entonces empezó a tomar drogas. Astrid lo visitaba cada vez que podía, y notó que estaba hundiéndose. Ella intentó ayudarlo, pero supongo que en Vancouver hay demasiadas personas que necesitan ayuda, y no suficientes personas para ayudarlas.

Ella fue quien lo encontró. No sabía nada de él desde hacía varios días y fue a su habitación. Nadie respondió cuando llamó a la puerta. Un vecino la ayudó a forzar la cerradura. El médico forense dijo que había muerto por una sobredosis accidental.

Astrid dice que su padre lloró durante el funeral, y que ella tenía ganas de arrancarle los ojos con sus propias manos.

Desarrollé una teoría con base en mis PDO, y esa teoría es que mi madre nunca se recuperó por completo después de la muerte del Felix original. Por supuesto, conocí a mi madre DFO (después del Felix original), pero hay algo en la manera en la que habla de él, en la mirada que pone de repente. Creo que su muerte destruyó una parte de ella. Y creo que esa es la razón por la que tiene una receta de antidepresivos.

A Astrid le gusta decir que el día en que nació fue el más feliz de su vida. Y me puso el nombre de su hermano para mantener vivo su recuerdo. Creo que esa es la razón por la que le gusta que la llame Astrid en lugar de «mamá», porque así la llamaba el Felix original.

Sé que a algunas personas les parece raro. Recuerdo que algunos padres del colegio pensaban que yo era un malcriado por llamarla Astrid. Pero cuando se enteraban de que mi madre quería que la llamara así, entonces pensaban que la malcriada era ella. Tan solo quería dar un poco de contexto antes de mencionar los bajones de Astrid. Así es como los llama: bajones. Los padece de manera intermitente desde hace años, pero normalmente no duran mucho, máximo unos cuantos días. Cuando tiene un bajón, no sale de su cama y yo me encargo de todo. Cuando vivía, se encargaba Mormor, pero después tuve que hacerlo yo.

La primera vez que me hice cargo de todo tenía ocho años. No sé qué fue lo que desató aquel bajón; quizá fueran las fechas del aniversario de la muerte del Felix original. El caso es que un día Astrid simplemente no se levantó de la cama, así que me fui al colegio solo y regresé a casa solo. Preparé la cena para los dos: un sándwich de crema de cacahuete con mermelada para cada uno. Incluso me acosté pronto, aunque no me lavé los dientes.

Al tercer día de aquel bajón, mi profesora me preguntó si todo iba bien en casa. Le dije que sí. «Llevas la misma ropa toda la semana», dijo. Al día siguiente me cambié. Pero una madre del colegio llamó a Astrid y le reprochó que me había visto volviendo solo a casa. Astrid refunfuñó algo acerca de las «madres metomentodo», pero al día siguiente logró salir de la cama para llevarme al colegio y para recogerme.

—Lo último que necesitamos es que algún entrometido llame al MDIF.

Creo que fue la primera vez que oí hablar del MDIF.

No voy a mentir: las primeras veces que Astrid tuvo bajones y yo tuve que hacerme cargo de todo, me dio miedo. Pero luego aprendí a hacerlo bien. Aprendí que debía sobrellevarlo unos cuantos días, máximo una semana. Astrid me aseguraba que estaba bien, que solamente necesitaba superarlo, y siempre lo hacía.

Siempre lo hace. ¿Ha quedado claro?

Siempre lo hace.



El despido de Astrid me sentó fatal. Me enfadé con su jefe. Me enfadé con el casero inoportuno. Pero, sobre todo, me enfadé con ella. Quise gritarle: «¡Todo lo que tenías que hacer era mantener la boca cerrada y hacer tu trabajo!».

Pero no lo hice.

No es fácil gritarle a un bulto envuelto en sábanas.

Esa noche casi no pude dormir. Intenté hacer algunas listas, pero no pude concentrarme. Mi mente se desviaba a lugares insólitos. Yo no podía sacarme de la cabeza la idea de que tal vez hicimos enfadar a nuestro tomte. Recordé todo lo que Mormor me dijo acerca de los tomtar. Hacen todo el esfuerzo para proteger a su familia, pero se ofenden con facilidad. ¿Y si no le prestamos suficiente atención a Mel? ¿Y si los comentarios de Astrid acerca de la inquietud que él le producía le hicieron enfadar? ¿Y si estaba harto de vivir en el salpicadero de una furgoneta?

Sé que finalmente logré dormirme porque tuve un sueño maravilloso. Estaba otra vez en la casa de Mormor. Ella y yo estábamos sentados en el sofá, viendo *Quién. Qué. Dónde. Cuándo* y comiendo galletas de *pepparkakor*. Me recostaba sobre ella y cerraba los ojos. Una alarma de coche empezó a sonar afuera.

La alarma seguía sonando y al final me sacó del sueño. Todavía medio dormido, cogí mi teléfono.

Eran casi las nueve de la mañana.

Me incorporé tan rápido que me golpeé la cabeza en el techo.

—¿Por qué no pusiste el despertador? —grité, de nuevo furioso.

Desde mi cama, me asomé hacia abajo. Astrid seguía siendo un bulto bajo su saco de dormir.

—Vamos, Astrid —dije con voz más serena—. Necesito que te levantes. Necesito espacio para arreglarme.

—Mmmff —murmuró ella.

Bajé de la cama y tiré del saco de dormir con delicadeza para descubrir su rostro.

—Es en serio. Ya se me ha hecho tarde.

—Lo siento, Felix. Es que estoy agotada.

Cuando está en un bajón, su cara se vuelve inexpresiva, como cuando el dentista te pone anestesia. Y su voz se vuelve monótona, como si estuviera medicada.

Mi ropa limpia estaba en un estante al que solo se puede llegar cuando la cama de Astrid está levantada, así que cogí los vaqueros y la camiseta a rayas del día anterior. Para quitarme el pijama y ponerme la ropa tuve que contorsionarme en el asiento delantero después de verificar que no pasaba nadie. Alimenté a *Horacio*, le di un beso en la cabeza y salí de la furgoneta de un salto.

—Por favor, intenta levantarte hoy —le dije a mi madre mientras cerraba la puerta.

Corrí diez calles hasta llegar al colegio.

—Felix, qué bien que hayas venido —dijo en francés Monsieur Thibault cuando entré en la clase media hora más tarde. Tenía la piel pegajosa por el sudor de dormir y el sudor de haber corrido.

—*Je m'excuse*. —Me senté en mi lugar, junto a Dylan.

Unos minutos después, Donald, que se sentaba frente a mí, se volvió pellizcándose la nariz.

—¡Ugg! ¡Apesta! —susurró.

Sentí que el rubor me subía a la cara. Me volví a ver a Dylan, quien se encogió de hombros en un gesto de impotencia. Luego me pasó una nota.

«Es un idiota, pero no está mintiendo. Y la camiseta está al revés.»

Levanté la mano y pedí permiso para salir.

—Acabas de llegar —dijo Monsieur Thibault, pero me dejó salir.

Fui a mi taquilla y saqué mi kit de aseo personal.

El baño para discapacitados estaba ocupado, así que fui al normal. Por suerte estaba vacío. Me quité la camiseta y me lavé las axilas en el lavabo. Luego humedecí una toalla y me la metí debajo de los pantalones para darme una pasada también ahí.

La puerta se abrió y entró un alumno más joven que yo. Se quedó paralizado en la entrada sin apartar la vista de mí.

Decidí tomar el control de la situación. También lo miré fijamente, todavía con la toalla húmeda metida en mis pantalones, y salió del baño.

Me sequé, me puse un montón de desodorante en las axilas, unté un poco en el interior de la camiseta y me la puse, esta vez del derecho. Entonces volví a clase.

Unos minutos después, Dylan me pasó otra nota:

«Perfecto».

A la hora de la merienda, Dylan y yo encontramos una mesa al fondo de la cafetería. Sacó de su fiambra un sándwich de tres pisos y empezó a comer.

Mi estómago rugió. No había desayunado. Tampoco llevaba nada de almuerzo ni tenía dinero.

Winnie se acercó a nuestra mesa y se sentó sin preguntar si nos parecía bien. Estaba sacudiendo su boina negra, que estaba cubierta de polvo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Donald volvió a usarla de *frisbee*.

Colocó una fiambra de tela sobre la mesa y empezó a sacar su comida: dos sándwiches de huevo hechos con su pan casero, una manzana, un plátano, un yogur, unos cubitos de queso y un enorme pan de hojaldre.

—Felix, hoy estás aletargado —dijo antes de comenzar con su primer sándwich—. Aletargado significa...

—Sé lo que significa, gracias.

Mi estómago emitió un gruñido desconcertantemente fuerte.

—¿Dónde está tu almuerzo?

—Me lo he olvidado.

Empujó uno de sus sándwiches hacia mí.

—Come esto. Es pan de espelta.

—Eh... gracias.

A caballo regalado no le mires el diente. Le di un bocado de prueba. Mastiqué. Seguí masticando. Dylan me miró con mirada compasiva y me dio un quesito Babybel que devoré. Después de comerme el sándwich, Winnie cortó su pan de hojaldre con un cuchillo de plástico y nos dio a Dylan y a mí sendas rebanadas.

—Probad el pastel de luna. Mis padres lo compran siempre durante el Festival de la Luna. No es muy saludable pero está riquísimo. Yemas saladas de huevo en pasta de alubia roja.

—Mmm —dijo Dylan con la boca llena.

Yo asentí. Estaba riquísimo.

—Gracias.

—He estado pensando en qué escribir para la próxima edición del periódico —dijo Winnie.

Sus labios rojos y perfectos estaban salpicados de huevo, y de repente pensé que tenía un aspecto adorable. «Pero ¡si ni siquiera me cae bien!», exclamó mi voz interior.

—También será sobre un tema importante, pero he decidido hacerlo más atractivo para el lector. Y también más sencillo, aunque sin rebajar el nivel del discurso.

La miré fijamente a los ojos.

—Eso es exactamente lo que te sugerí.

Me ignoró.

—En la ciudad hay un grave problema de vivienda. Los precios están por las nubes. El número de habitantes que no tienen hogar ya es bastante alto y sigue aumentando. Así que, en lugar de lanzar estadísticas a diestro y siniestro, estaba pensando... —Dio otro bocado a su sándwich y siguió hablando con la boca llena—. Todos los días, cuando camino de la parada del autobús al colegio, veo a un señor que duerme frente a una tienda. Se hace llamar Bob el Bardo. Me gustaría entrevistarle, preguntarle cómo es la vida de una persona sin hogar.

De repente sentí un ataque de náuseas, y la causa no fue el sándwich de Winnie.

Puede parecer una locura, pero en ese momento comprendí que, técnicamente, yo era una persona sin hogar. Astrid y yo teníamos una furgoneta, pero no un hogar. No me preocupó hasta ese momento porque nunca pensé que se prolongaría.

Pero, después de lo que ocurrió el día anterior, ya no estaba tan seguro.

Al terminar las clases me fui directamente a casa.

O, mejor dicho, a la furgoneta.

Astrid seguía en la cama.

—¿Has estado así todo el día?

—No. He salido. —Tiré lentamente de su saco de dormir.

—No es cierto. Sigues en pijama.

—Me cambié, salí, regresé y me puse el pijama otra vez.

—Mentira.

—Felix, por favor, déjame en paz. No puedo con esto.

Quería suplicarle. Quería decirle que cuanto más durara el bajón, más tardaría en encontrar otro trabajo. Pero sabía que cuando ella estaba en medio de un bajón, nada de eso funcionaba.

—*Okey*. Pero tienes que levantarte. Necesitamos recoger la cama para poner la estufa. Yo cocinaré.

Astrid obedeció. Calenté dos latas de comida cocinada. Ella solo comió un par de bocados. Yo me comí el resto. Luego hice los deberes en el asiento delantero mientras ella dormitaba atrás. Saqué de su jaula a *Horacio*, que subió corriendo por uno de mis brazos y bajó por el otro.

Cuando terminé los deberes, saqué un sobre de avena instantánea y puse agua a hervir. Vertí el agua sobre la avena y las mezclé.

Antes de salir de la cafetería del colegio me llevé un cubito de mantequilla de la barra. La saqué de mi mochila, le quité el envoltorio y la puse sobre la avena.

Mormor me dijo que una manera de apaciguar a un tomte enfadado era ofreciéndole un tazón de avena con mantequilla encima. Así que coloqué el tazón sobre el salpicadero, enfrente de Mel.

—Esto es para ti —susurré—. Lamento si te hemos ofendido de alguna forma.

Bueno. No estaba de más intentarlo.

El bajón de Astrid duró tres días.

Mientras tanto, yo sacaba con anticipación mi ropa limpia, preparaba mi almuerzo la noche anterior y ponía el despertador. Me levantaba con tiempo de sobra para llegar al colegio temprano y lavarme en el baño para discapacitados.

Al cuarto día, Astrid se levantó al mismo tiempo que yo. Fuimos en la furgoneta a un centro social para bañarnos por primera vez en seis días.

—¿Por qué hay un tazón con avena cuajada en el salpicadero? —preguntó, pero yo fingí que no la escuchaba.

Nuestra suscripción había expirado hacía mucho tiempo, por lo que hicimos lo que siempre hacíamos: esperábamos hasta que la persona de la recepción estuviera ocupada con otros individuos y entrábamos a paso veloz mientras Astrid mostraba la credencial caducada.

Siempre nos funcionaba, hasta ese día.

—¡Disculpe, señora! —gritó la recepcionista—. Tengo que ver su credencial.

—Por supuesto.

Astrid caminó hacia el mostrador y se la entregó. La recepcionista la miró con atención.

—Esto caducó hace más de un año.

—¿Qué? ¿Está segura?

Esta vez, la mentira de mi madre no engañó a nadie. Entonces nos volvió a inscribir.

—Tenemos dinero —me dijo mientras nos dirigíamos a los vestuarios—. Pero no demasiado. No me gusta gastarlo si no es absolutamente necesario.

Aquella noche trasladamos la Westfalia a una calle tranquila cerca de la playa Kits. Preparamos macarrones gratinados y los comimos con nuestras chaquetas puestas, pues estaba lloviendo y el aire frío se colaba hacia el interior de la furgoneta. *Horacio* se metió en el bolsillo de mi chaqueta, y yo por fin expresé un pensamiento que no dejaba de darme vueltas en la cabeza.

—Tal vez se lo deberíamos contar a alguien.

—¿Contar qué?

—Nuestra situación.

Astrid puso a un lado su cuchara de plástico.

—¿Y a quién sugieres que se lo contemos?

—¿A Daniel?

Negó con la cabeza.

—Definitivamente no.

—¿A Soleil? Si supiera de nuestra situación, tal vez nos dejaría quedarnos en su casa un tiempo, hasta que logremos recuperarnos.

—Felix, Soleil ha estado enviándome mensajes de texto preguntando cuándo sacaremos nuestras cosas de su sótano.

—Sí, pero eso es porque no sabe la verdad...

—Ni la sabrá.

—¿Por qué?

—Porque si la supiera, se pondría «en modo ayuda».

¡Exacto!

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que llamaría al Ministerio para el Desarrollo Infantil y Familiar, te lo puedo asegurar.

Hay niños que crecen oyendo historias terroríficas sobre monstruos, fantasmas o el coco. Mis historias terroríficas eran sobre el MDIF. Pero, a diferencia de aquellas historias sobre monstruos, fantasmas y el coco, estas no eran inventadas.

Ya he mencionado el pequeño roce que tuve con el MDIF, pero eso no fue nada comparado con la experiencia de Astrid.

Cuando ella tenía diez años, y el Felix original, doce, su padre le dio a Felix una paliza especialmente grave. Mi madre no pudo soportarlo y, a escondidas, llamó a la policía. Fredrik y los niños fueron interrogados en habitaciones separadas. Luego llegó una trabajadora social del MDIF. Se llevaron a Astrid y a Felix y los enviaron a casas de acogida.

A casas de acogida diferentes. Durante dos meses no se vieron. Vivían con desconocidos en casas donde había más niños en su misma situación. Los padres sustitutos de Astrid eran amables y los otros niños no eran tan malos, pero el Felix original no tuvo tanta suerte.

Cuando al fin se les permitió regresar a casa, llegaron a un acuerdo: las palizas esporádicas y el abuso verbal a los que los sometía su padre eran mucho mejores que la supuesta ayuda que les brindaron.

No quería que el MDIF me separara de mi madre y me llevaran a un hogar donde probablemente habría desconocidos perversos y niños violentos. Pero aun así...

—Quizá si hablamos con las personas adecuadas podríamos acceder a algún tipo de vivienda social...

—Ni tú ni yo iremos a ninguna vivienda social. —Ese era su extraño esnobismo en acción. Por

alguna razón, las viviendas sociales no eran dignas de nosotros, pero una furgoneta, sí.

Le di otro pedacito de lechuga a *Horacio*.

Astrid puso un brazo sobre mis hombros.

—Encontraré otro trabajo, Bõna. Todo se solucionará. Te lo prometo.

Quería creerle. En serio lo quería.

Pero estaba bastante seguro de que lo decía para «darle una oportunidad a la paz».



—¿Quieres venir a dormir a casa el viernes? —me preguntó Dylan el miércoles. Tenía el pelo pegado de un lado y muy despeinado del otro: era un «almohadazo» especialmente espectacular.

—¡Claro! —exclamé con excesivo entusiasmo. Casi me sentí mareado al pensar en camas de verdad, tuberías, calefacción y, sobre todo, la nevera de Dylan.

El viernes por la mañana preparé una bolsa con lo necesario para pasar la noche fuera.

—¿Estarás bien en mi ausencia? —le pregunté a mi madre.

Ella sonrió.

—Sí, Lilla Gubben. Desde hace tiempo quiero hacer mi relectura anual de *Middlemarch*. Creo que haré eso.

—Prométeme que saldrás.

—Lo haré. Iré a la biblioteca y puliré mi currículum.

Yo sabía que «puliré» significaba en realidad «adornaré». Pero si lo hacía para buscar trabajo, por mí estaba bien.

—Tengo muchas ganas de jugar al Monopoly —me dijo Dylan al terminar las clases—. Será una sesión épica. Además, mi madre ayer fue a Costco, así que hay muchísimos picoteos.

Sentía que iba a explotar de felicidad.

Cuando estábamos a menos de diez segundos de llegar a las puertas delanteras del colegio—tan cerca y tan lejos—, Winnie se acercó a nosotros. Llevaba puesta su boina verde.

—¿Puedo pedirlos un favor?

Oh oh.

—Quiero entrevistar a Bob el Bardo y, aunque me avergüenza admitir mis prejuicios y temores, estoy un poco nerviosa. O sea, a lo mejor no le gusta que me dirija a él, tal vez sea inestable... No lo sé. ¿Me podéis acompañar?

—¿Tiene que ser hoy? —pregunté.

—Si no lo hago hoy, no terminaré el artículo a tiempo.

Dylan y yo nos miramos y suspiramos.

Bob el Bardo es una institución en Kitsilano. Estaba en su esquina cuando Astrid y yo vivíamos en el piso, y ahí seguía, conforme nos acercábamos. Frente a él había un botecito con unas monedas y un letrero que decía «Se venden poemas a 2 dólares».

—Hola —saludó Winnie. La voz le temblaba un poco.

—Buenas tardes. ¿Queréis un poema?

—Eh... no... —empezó a decir Winnie, pero le di un leve codazo—. Es decir, sí.

Winnie le entregó dos dólares. Bob el Bardo hojeó una libreta escrita con una caligrafía de rasgos largos y delgados. Arrancó una hoja y leyó en voz alta.

—«Un niño ríe sujetando un globo rojo. Una joven ríe por algo que dijo su novio. Un anciano se ríe de una voz que escuchó en su cabeza. El cuervo se ríe de todos ellos en lo alto, posado en un árbol.»

Entonces nos tendió el poema. Sus manos estaban sucias y su piel, agrietada. La boca de Winnie hizo una pequeña «o» de horror.

Yo alargué el brazo y cogí el poema.

—Gracias, es muy bonito —dije.

—Se titula «Risa» —dijo Bob el Bardo.

—Profundo —apuntó Dylan.

Winnie se aclaró la garganta.

—Me preguntaba si también podía hacerle una entrevista para el periódico del colegio. Acerca de... ah... —Tosió avergonzada—. Acerca de cómo es vivir sin un hogar.

Bob el Bardo entornó los ojos. Luego extendió la mano. Winnie la miró, confundida.

—Quiere más dinero —le dije al oído.

Ella le dio otra moneda de dos dólares. Bob el Bardo la fulminó con la mirada.

—Las entrevistas cuestan más que los poemas.

Winnie hurgó en su cartera y le dio un billete de diez dólares.

—No sé si tengo cinco dólares de cambio...

Bob el Bardo se guardó los diez dólares.

—Suelta tus preguntas.

Winnie apretó el botón de grabar de su teléfono.

—¿Hace cuánto que vive en las calles?

—Casi veinte años. Tengo cincuenta y uno.

Dylan y yo nos miramos; Bob el Bardo parecía mayor, mucho mayor.

—¿Qué hacía antes de vivir en la calle?

—Era un tipo normal. Con una licenciatura. Un trabajo de gerente. Esposa, hijos.

—¿Qué ocurrió?

—La compañía hizo recorte de personal. Perdí mi empleo. Estábamos en plena recesión. No pude encontrar otro. Me deprimí. Empecé a beber. Mi mujer me dejó. Mis hijos y yo nos distanciamos. No me aceptaban en trabajos menos prestigiosos y peor pagados porque estaba sobrecualificado, y en los que me podían contratar, yo era como un fósil: los jóvenes sabían usar sistemas informáticos mejor que yo. —Mientras lo escuchaba se me puso la piel de gallina, y eso que llevaba chaqueta—. Perdí mi casa. Perdí a mis amigos... Empecé a dormir en albergues. Pero los albergues son horribles: están llenos de locos, de chinches, de ladrones. Me siento más seguro aquí afuera que en uno de esos lugares. —Alzó la cabeza y miró a Winnie—. Seguro que piensas que a ti no te pasará. Pues déjame decirte algo: puede pasarle a cualquiera.

Sabía que tenía razón porque Astrid y yo ya estábamos a medio camino de eso.

Antes de despedirnos, Winnie le entregó a Bob el Bardo un bocadillo que preparó especialmente para él. Cuando nos alejamos, vi cómo él le daba un bocado, lo escupía y lo lanzaba a la basura. Al parecer, los mendigos tampoco lo aceptan todo.

—Bueno, ¿y ahora adónde vamos? —preguntó Winnie.

—Eh... vamos a casa de Dylan... —empecé a decir.

—¡Viva! —exclamó al tiempo que se adelantaba dando saltitos.

Dylan hizo el gesto de ponerse una soga al cuello y ahorcarse. Yo fingí que me clavaba una espada en el estómago.

Cuando llegamos a casa de los Brinkerhoff, Dylan y yo servimos Cheetos y taquitos en el comedor mientras Winnie nos daba un sermón sobre los riesgos de consumir alimentos procesados. A manera de respuesta, abrimos unas latas de refresco, bebimos a grandes tragos y eructamos escandalosamente.

—Sois asquerosos —dijo.

Nosotros eructamos de nuevo.

Jugamos al Monopoly. Como era de esperar, Winnie era una jugadora supercompetitiva y una ganadora engreída. Siguió haciendo alarde de su triunfo mucho después de que guardáramos el juego.

Para cerrarle la boca, Dylan puso la tele. Estaban dando *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, así que empezamos a gritarle las respuestas a la pantalla. Winnie sabía casi tantas como yo.

Justo antes de un corte publicitario, el presentador dijo: «Estamos lanzando nuestra primera edición semanal júnior de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. ¿Te gustaría participar? ¡Responde nuestro cuestionario *online* para saber si eres candidato!».

Dylan silenció la televisión y nos miró.

—Hagámoslo.

Winnie levantó una ceja.

—No es por ofender, pero yo os haría trizas a los dos.

—Puede que me hagas trizas a mí —dijo Dylan—, pero apuesto a que a Felix no.

Winnie estaba con su portátil y Dylan con el suyo. Yo usaba el ordenador de sobremesa que estaba en la cocina. Después de proporcionar algunos datos personales, accedimos al cuestionario. Calificaba según dos criterios: el tiempo que tardabas en terminarlo y el número de respuestas correctas. Eran cincuenta preguntas en total. Estas eran algunas:

¿Quién escribió *El señor de las moscas*? (William Golding).

¿Dónde se encuentra la Gran Barrera de Coral? (Australia).

¿Qué crucero de lujo fue hundido por un submarino alemán en 1915? (*El Lusitania*).

¿Cuándo entró Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial? (Diciembre de 1941).

Dylan tardó ocho minutos con cuarenta segundos y tuvo veintiséis aciertos.

Winnie tardó siete minutos con ocho segundos y tuvo cuarenta y un aciertos.

Yo tardé seis minutos con cincuenta segundos.

Tuve cuarenta y seis aciertos.

—¡Guau, Felix! —exclamó Dylan—. ¡Es increíble!

—La suerte del principiante —dijo Winnie.

—No ha sido suerte —replicó Dylan—. No es la primera vez que hace algo así. Felix es muy inteligente.

—¿En serio? —dijo ella—. ¡Quién lo diría!

Al poco rato, los tres recibimos un correo idéntico:

Gracias por su interés. Debido al gran número de participantes, su solicitud tardará dos o tres semanas en procesarse. Si resulta elegido para una audición, se le informará oportunamente.

—Bueno, chicos —anunció Winnie al tiempo que apagaba su portátil—, lo lamento, pero debo irme.

—Qué pena —dijo Dylan.

Los Brinkerhoff llegaron a casa poco después de que Winnie se fuera.

—¡Felix! —exclamó la señora Brinkerhoff—. Por fin nos vemos las caras.

Me abrazó y comprobé que aún olía a vainilla. El señor Brinkerhoff, que es como una copia al carbón de su desaliñado hijo, solo que más alto, más grueso y sin aparatos, me estrechó la mano.

—Encantado de verte de nuevo. ¿Cómo está tu mamá?

—Bien, muy bien.

Me dije que aquella era una «mentira invisible».

A la hora de la cena, los Brinkerhoff pidieron comida tailandesa a domicilio. Alberta y su novio, Henry, también estaban ahí, y los seis nos apiñamos alrededor de la mesa de la cocina. Dylan y yo les contamos lo del cuestionario *online* y Henry nos pidió que le repitiéramos algunas preguntas. Todas las respondió bien.

—Vosotros dos tenéis una extraña habilidad para retener información —dijo Alberta.

Comí tanto que mi estómago sobresalía de manera desagradable. Hubo muchas risas y discusiones en aquella habitación cálida y luminosa.

Por la noche me acosté en la cama de abajo de la litera de Dylan y él me contó una historia sobre Bernard.

—Cambió de lugar toda mi ropa mientras yo estaba en el colegio. Puso toda la ropa interior en el cajón de las camisetas, ¡y encontré las camisetas debajo de la cama! Pero nunca hace nada malo. Es un buen *poltergeist*.

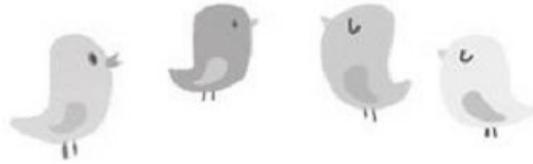
No recuerdo nada después de eso porque me quedé dormido y dormí durante doce horas.

Desayunamos tarde: tortitas con mantequilla y sirope de arce. Al final la burbuja estalló cuando la madre de Dylan le recordó que tenía clase de kárate a la una.

—Podemos llevarte a tu casa —dijo la señora Brinkerhoff—. Me gustaría saludar a Astrid. Hace siglos que no la veo.

—Gracias, pero hoy trabaja. Además, tengo cosas que hacer de camino a casa. —Una «no hace daño a nadie».

¿No te ha pasado alguna vez que estás en medio de un sueño increíble en el que todo es mágico y perfecto, en el que, por ejemplo, encuentras debajo de tu cama un baúl lleno de chocolatinas, y de repente te despiertas y la decepción es horrible? Así es como yo me sentía mientras arrastraba los pies a lo largo de los dos kilómetros que me separaban de la playa Kits, de la combi y de mi madre.



Astrid y yo teníamos una rutina dominical. Permanecíamos en la cama hasta las diez, luego íbamos al centro social para hacer ejercicio en el gimnasio y bañarnos con agua caliente. Después desayunábamos en el Cozy Café de la calle Dunbar, donde puedes comer un desayuno completo de huevos con bacon por solo 4,99 dólares. Luego, íbamos a la lavandería y a la tienda de Bajo Coste.

Aquel domingo en particular, mientras yo metía en nuestro carrito de la compra unas latas maltratadas de sopa, vi algo de reojo, algo que deseé no ver: a Astrid guardándose un paquete de salchichas en el bolsillo de la chaqueta.

Mi voz interior me dijo: «Tal vez solo creo que lo he visto. Tal vez se trata de un error. Tal vez lo guardó en la chaqueta por accidente. Como esa vez que metió mis deberes en la nevera».

Sin embargo, en el siguiente pasillo vi cómo metía un paquete de almendras en su bolso.

—Astrid —susurré para que solo ella me oyera—, he visto lo que has hecho.

—¿Ajá?

—Hay unas salchichas en tu chaqueta y una bolsa de almendras en tu bolso.

—Y no olvides la rebanada de queso brie. —Por increíble que parezca, ella sonrió.

—¡Eso es robar!

—Solo si tienes una mentalidad capitalista. Yo lo veo de otra manera: compro las cosas que tienen un precio razonable, y solo me escondo los artículos marcados con precios ridículamente altos. Es un timo. Tiendas como esta son parte del sistema capitalista. Solo hago lo justo.

—Pero ¡si es una tienda Bajo Coste!

—Böna, sigue siendo un negocio. Además, tengo intención de pagar todo lo que está en el carrito. De todos modos, tendrán ganancias. Piensa que soy tu Robin Hood particular. —Entonces empujó el carrito y giró hacia el siguiente pasillo.

El argumento de Astrid me dio dolor de cabeza y no supe qué responder. Cuando nos acercábamos a las cajas me planté frente al carrito, bloqueándole el paso, y susurré:

—Si te pillan...

—La única manera en que podrían pillarme es si sigues actuando como si ocurriera algo, así que cálmate.

Entonces me lanzó una de esas sonrisas que no son sonrisas.

Nos pusimos en la cola. Yo sudaba de miedo, pero Astrid estaba fresca como un pepino. Empezó a colocar los artículos en la cinta.

La antipática cajera tenía todo tipo de *piercings*. El de la frente parecía doloroso e infectado.

Me dio un ataque de hipo.

De repente estaba muy enfadado. Astrid estaba poniéndonos en peligro otra vez. Cogí una tableta de chocolate de un estante y la puse en la cinta transportadora.

Astrid me lanzó una mirada de advertencia.

—*Okey*. Una tableta de chocolate...

Lancé dos más sin dejar de hipar, desafiándola con la mirada a que me lo prohibiera. Me lanzó una mirada fulminante; luego se volvió hacia la cajera y se encogió de hombros. La cajera parecía medicada: su rostro no mostraba expresión alguna.

—Cincuenta y cuatro con ochenta —dijo.

Astrid abrió su bolso y hurgó buscando su cartera. Desde arriba se veía la bolsa de almendras. Empecé a sudar de nuevo. Si yo podía verla, seguramente la cajera también. Metí nuestra compra en bolsas y salimos de la tienda. Seguía pensando que en cualquier momento un guardia de seguridad correría detrás de nosotros y nos derribaría en el suelo.

No pasó nada.

Astrid guardó las bolsas en la parte trasera de la furgoneta.

—¿Has visto? Tanta preocupación para nada.

—Si te hubieran pillado...

—Pero no lo hicieron.

—Pero si lo hubieran hecho...

—Pero no lo hicieron —dijo en un tono que significaba «Déjalo por la paz o ya verás». Entonces me tiró una de las tabletas de chocolate—. Dentro de una hora hay un concierto gratuito frente al edificio de la CBC. ¿Quieres ir?

Asistimos al concierto. No volví a mencionar nada del robo.

Ojalá pudiera decir que la comida que robó Astrid me supo a serrín, pero no fue así. Estuvo deliciosa. Comimos el queso brie con galletitas a modo de aperitivo. Y las salchichas, fritas en la sartén y mezcladas con espaguetis en una cacerola, estuvieron para chuparse los dedos. Incluso le dimos a *Horacio* un trozo de queso, pero luego nos arrepentimos porque le produjo una diarrea salvaje que dejó apestando la furgoneta incluso después de que lavara su jaula y lo bañara con una de las regaderas de la playa.

También me gustaría decir que Astrid no volvió a robar, pero conforme pasaba el tiempo y nuestra cuenta bancaria se reducía, siguió haciendo lo que creía que debía hacer.

Lo que más me molestaba era cuando robaba en tiendas pequeñas, como en Ahmadi Grocery en Broadway. Íbamos allí porque los artículos estaban a buen precio, así que no me parecía correcto que Astrid se embolsara unas uvas o una bolsa de aguacates. El dueño de esa tienda no estaba enriqueciéndose. No era parte del «sistema capitalista».

—¿Por qué no vamos a un banco de alimentos? —sugerí una noche.

Ella me miró como si le hubiera propuesto asesinar a alguien.

—Nosotros no necesitamos ir a un banco de alimentos. —Una vez más, su extraño esnobismo.

Quiero dejar claro que planeamos pagarles a las tiendas todo lo que les debemos en cuanto podamos.

Bueno, tal vez Astrid no, pero yo sí.
Estoy llevando la contabilidad. La traigo conmigo:

Bajo Coste	Ahmadi Grocery	Safeway
bolsa de almendras \$7.99	uvas (1/2 kilo) \$2.99	barrita de cereales \$3.99
queso brie \$8.49	aguacates (bolsa) \$4.99	jabón \$4.99
salchichas \$6.50	manzanas (4) \$2.00 (aprox)	aspirinas \$6.99
chocolate amargo con sal de mar \$5.25	plátanos (4) \$2.00	
helado Häagen-Dazs \$7.50	mango \$1.50	
cheddar curado \$9.32	tomates cherry \$2.99	
galletas integrales \$2.99		
jamón serrano \$6.99		
bistec de 300 gr \$10.20		
desodorante \$4.99		

Tan pronto como consigamos algo de dinero —lo que ocurrirá pronto, muy pronto—, iré a las tiendas donde hemos robado y acordaré un plan de reembolso.

Todavía no sé cómo se lo voy a explicar.

Me ocuparé de eso en su momento.



Para mediados de octubre el clima empeoró. Hacía más frío. Llovía mucho más.

Una tarde estábamos apiñados en la furgoneta, discutiendo por tonterías. Apenas eran las seis y ya estaba completamente oscuro.

—Estoy congelándome —dije—. *Horacio* está congelándose.

—Ya me lo has dicho. Veinte mil veces.

—Mel está congelándose.

—No seas ridículo.

—Y estoy muerto de aburrimiento, y me siento encerrado y este lugar apesta a pedo viejo...

De repente, Astrid se pasó al asiento del conductor y encendió el motor.

—¿Adónde vamos?

No respondió. Simplemente condujo en dirección hacia el oeste, subiendo las colinas, hasta llegar al vecindario de Point Grey. Giró en una calle que parecía desierta. Muchas de las casas eran nuevecitas y al parecer estaban desocupadas. Astrid señaló una que estaba casi terminada.

—He pasado frente a esta casa varias veces. Estoy segura de que ahí no vive nadie. Además, la puerta del garaje no tiene llave.

—¿Cómo sabes eso?

No respondió. Solo apagó los faros de la furgoneta y condujo hacia la entrada trasera. Con señas me indicó que me bajara y abriera la puerta del garaje.

—Astrid... —empecé a decir.

—Es tu decisión, Felix. O abres la puerta, o regresamos a la playa.

Fui a abrir la puerta.

Mis preocupaciones se disiparon tras un par de noches. Cualesquiera que fueran las leyes que estábamos quebrantando, valía la pena. Cuando bajábamos la puerta, nadie sabía que estábamos allí. Había electricidad, así que podíamos encender las luces interiores, conectar nuestra nevera y guardar cosas como leche y huevos, y leer hasta la hora que quisiéramos. Había enchufes para cargar nuestro vetusto portátil y nuestros teléfonos. Comíamos en nuestras sillas de acampar dentro del garaje pero

fuera de la furgoneta. Era como vivir en un palacio. Y, como había una llave de agua a un lado de la casa, por las noches llenábamos unos cubos de agua y por la mañana la calentábamos en la estufa para asearnos.

Y sí, cuando oscurecía hacíamos pipí en el jardín.

Pero solo pipí.

Excepto una vez, pero fue una emergencia.

Las casas que estaban a la izquierda, a la derecha y justo detrás también parecían desocupadas, pero aun así entrábamos y salíamos con cautela. Tenía que caminar mucho más para llegar al colegio, pero no me importaba. Estaba más descansado de lo que lo había estado en mucho tiempo, y Astrid parecía menos agotada. Una mañana, la niña que estaba dando los avisos en el colegio dijo:

—Marcad en vuestros calendarios que el próximo viernes ¡será el primer baile escolar del año! Invitad a esa persona especial o venid con vuestros amigos... ¡y a bailar toda la noche! Bueno, hasta las diez, que es cuando el colegio lo apaga todo.

—Los bailes escolares son una ridiculez —dijo Winnie a la hora de la merienda. Estábamos sentados uno frente al otro en la cafetería; Dylan estaba haciendo cola para comprar unas patatas fritas —. Son arcaicos. Debería escribir una crítica feroz para el periódico de noviembre.

Winnie terminó su artículo sobre Bob el Bardo para la edición de octubre. Se iba a publicar a final de mes, pero ella ya estaba buscando ideas para su próximo artículo.

—¿Una crítica feroz a los bailes escolares?

—¡Claro! Solo causan frustración. Promueven expectativas poco realistas. Te dicen que no necesitas ir con pareja, que puedes ir con tus amigos. Pero, en privado, todas esas pobres chicas están esperando que las inviten al baile. También algunos chicos, pero normalmente son las chicas, aunque estemos en pleno siglo XXI. A muchas se les romperá el corazón. Muchas derramarán lágrimas.

—Ya. ¿Lo dices por experiencia propia?

—No —respondió al instante, tal vez demasiado rápido.

—Entonces ¿no vas a ir?

—¡Claro que iré! ¡Contigo!

Casi escupo un bocado de sándwich de mortadela.

—¿Qué?

—¡Para investigar! Tengo que ir al baile para poder escribir sobre él, ¿no crees?

—¿Y no podrías ir sola?

—No, tonto. Llamaría demasiado la atención.

—Así que yo seré tu tapadera.

—Sí.

La cabeza me dolía.

—*Okey*. Creo.

—Bien. Puedes ir a recogerme a casa a las siete de la tarde. En cuanto al ramillete, lo prefiero de muñeca, y que no tenga nada de color rosa.

Winnie le dio un gran bocado a su sándwich.

¿Qué acababa de ocurrir?

Y otra cosa: ¿qué demonios era un ramillete?

Dylan y yo hablamos sobre eso al terminar las clases, mientras caminábamos hacia su casa.

—Sí, a mí me ha invitado Sophie —dijo apesadumbrado.

—¿Y qué le has dicho?

—Que sí, pero no sé... ¿Un baile? Ugh. No podré usar esto —dijo mirando su uniforme de camiseta arrugada y pantalones deshilachados.

Sentí una punzada de ansiedad.

—¿Crees que debemos ir con ropa elegante? —Solo tenía un conjunto decente, y estaba en el sótano de Soleil.

—Puede que sí —suspiró profundamente—. Preferiría que me clavaran ramas de bambú bajo las uñas.

Reflexioné por unos instantes.

—Preferiría meterme en una bañera llena de cucarachas.

—Preferiría comer gusanos para almorzar.

—Preferiría deslizarme desnudo sobre el filo de una navaja hasta una piscina llena de yodo.

Esa nos hizo reír tanto que tuvimos que detenernos para recuperar el aliento.

Esa noche, cuando llegué al garaje, Astrid estaba preparando sándwiches de carne picada para la cena y cantando una vieja canción de los Monkees que sonaba en la radio. Aunque afuera hacía frío, estábamos calentitos en nuestra casa improvisada. El calentador que dejó Abelard estaba funcionando a toda potencia. Astrid me cogió la mano, me hizo girar y luego me dio unos besos en la cabeza.

—Aagh, ya basta —exclamé.

Me soltó.

—Estás de buen humor.

—Hoy he hecho un par de entrevistas —explicó.

—Qué bien.

—Cruza los dedos.

También empecé a cantar: «*Now I'm a believer!*». Le di de comer a *Horacio* y llevé nuestros platos afuera. Cuando nos sentamos a cenar, le conté la novedad del día.

—Creo que me han invitado a un baile.

—¿En serio? ¿Un chico? ¿Una chica? —Astrid cree que los padres no deben dar por sentada la orientación sexual de sus hijos.

—Chica. Winnie Wu.

—Winnie. Qué nombre tan bonito. ¿Te gusta?

Tomé aire para decir que no, pero me detuve.

Porque no era cierto.

La verdad era que, poco a poco, Winnie Wu llegó a gustarme.

—Más o menos —admití—. Aunque es muy obstinada y mandona, y siempre quiere hacer su voluntad.

Astrid sonrió.

—Entonces ya me cae bien. Y si le gustas es porque tiene muy buen gusto. —Me revolvió el pelo.

—La cosa es que quiere que le compre algo que se llama ramillete. Y necesito ropa elegante, o más o menos. Mi conjunto de camisa y pantalón está en casa de Soleil.

Astrid mordisqueó una galleta.

—No te preocupes. Yo me encargo de eso.

Ojalá pudiera decir que ese comentario me tranquilizó.

—*Okey*, creo que ya podemos entrar —dijo Astrid. Estábamos frente a la casa de Soleil, al otro lado de la calle. Llevábamos gafas de sol y sombreros, los cuales, a mi parecer, no hacían sino llamar más la atención. Llegamos en autobús porque, como señaló Astrid, Soleil conocía a la perfección nuestra furgoneta, incluso la pegatina del guardabarros que decía que el camino a la sabiduría no tiene límite de velocidad (una aportación de Abelard, no nuestra).

Soleil, su marido y sus gemelos acababan de marcharse en su monovolumen Volvo. Los niños llevaban uniformes de fútbol.

Mi hipo comenzó mientras nos dirigíamos a la entrada posterior.

—Sigo sin entender por qué simplemente no la llamamos y...

—Por quincuagésima vez, Felix. Haría demasiadas preguntas. Y recuerda: no estamos allanando su casa; solamente estamos recogiendo cosas que nos pertenecen.

—Si estamos entrando a escondidas en su casa, ¡hip!, estamos allanando —dije—. Ni siquiera sabe que tenemos llave. No sabe que conocemos la ¡hip! contraseña de su alarma.

—Y, por lo mismo, nunca sabrá que estuvimos aquí. Será como si nunca hubiera ocurrido. Ya sabes lo que dicen: si un árbol cae en un bosque y no hay nadie cerca que lo oiga, ¿hace ruido?

—Sí, pero si hay alguien cerca, por ejemplo, si Soleil regresa y nos descubre, será ella la que hará ruido —dije mientras entrábamos en el jardín por la reja de atrás.

Astrid se giró hacia mí.

—¿Quieres tu ropa elegante o no? Solo lo hago por ayudarte.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. El sistema de alarma emitió su agudo ruido. Astrid tecleó unos números.

El ruido continuó.

Volvió a intentarlo.

Siguió sin funcionar.

—Ha cambiado la clave. —Nos quedamos paralizados. Sentí que el cuerpo se me congelaba, y creí que iba a desmayarme. Astrid continuó—: La alarma empezará a sonar en unos treinta segundos. Sal por la verja posterior. No corras. Camina. Te veo en la parada del autobús.

—Pero, mamá...

—Vete.

Hice lo que me indicó. Caminé despacio, aunque cada hueso de mi cuerpo me pedía que corriera lo más rápido posible.

Cuando salí del jardín, empezó a sonar la alarma. Era tan fuerte que seguía oyéndola a dos manzanas de distancia.

Esperé en la parada del autobús lo que me pareció una eternidad, aunque probablemente solo fueron cinco minutos. Entonces vi a Astrid caminando hacia mí, tranquila y segura, empujando una de nuestras grandes maletas con ruedas.

—Cogí todo lo que pude. No podremos volver en mucho tiempo.

El autobús llegó un minuto después. Me dejé caer en un asiento de la parte trasera sin dejar de hipar.

Astrid metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un fajo de billetes de veinte dólares. Me dio dos de ellos.

—Cómprale a Winnie un ramillete de muñeca. Puede ser uno con una rosa amarilla. Eso le gustará. Puedes usar el resto para lo que quieras.

En mi mente apareció de improviso el bolso que acababa de ver en la casa de Soleil, cerca de la puerta.

Me guardé el dinero sin decir ni una palabra.



El conjunto no me entraba. De pie en el centro del garaje, estiré las mangas color azul marino como si con eso pudiera hacerlas crecer. De un tiempo a esta parte notaba que pantalones y jerséis me quedaban cortos y apretados, como si encogieran en la lavadora.

Astrid declaró lo evidente.

—Has crecido.

—El baile es en dos días.

—No te preocupes, Lilla Gubben. Solo necesitamos ir de compras.

—Pero no tenemos mucho dinero.

—¿Y? Somos buenos para encontrar ofertas. Además, cerca de aquí hay buenas tiendas de artículos de segunda mano.

Al día siguiente, después de clases fuimos a dos tiendas, una administrada por el Ejército de Salvación y la otra por la Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales. Me fue muy bien. Conseguí unos vaqueros, tres camisetas y un suéter, y para el baile, camisa, pantalón de vestir y abrigo. Astrid no tuvo que arrancar más de dos billetes de veinte dólares de aquel fajo para pagarlo todo.

La compra que más me gustó fue un polo de color rojo que parecía casi nuevo. Tenía una pequeña mancha de grasa en la parte de delante, pero casi no se veía.

—El color combina muy bien con tu tono de piel y con tu pelo —dijo Astrid.

El viernes por la mañana, Dylan me dijo que su padre se ofrecía a llevarnos a los cuatro.

—Podemos ir a recogerte —dijo Dylan—. Todavía no conozco tu casa.

—No te preocupes. Yo voy a la tuya. La mía os desviaría mucho.

Después de clase, fui a la floristería para comprar el ramillete de Winnie. Cuando regresé al garaje, Astrid ya estaba ahí, planchando mi camisa y mis pantalones sobre un cartón montado en un bote de basura.

—¿Desde cuándo tenemos plancha?

—Desde hoy. Quiero que mi hijo se vea superultraguapo.

—¿Superultraguapo?

Cuando terminó de planchar, me metí en la furgoneta y me cambié. Los pantalones estaban un poco más raídos de lo que yo recordaba; las mangas del abrigo estaban ligeramente deshilachadas y uno de los bolsillos tenía un agujero, pero por lo demás parecía nuevo. Cuando salí, Astrid silbó.

—Estás increíble.

Luego me peinó para que mi pelo tuviera el máximo volumen posible.

—A ver el ramillete. —Le mostré la rosa amarilla en su caja de plástico—. Es perfecto. Le va a encantar.

Astrid preparó algo rápido para cenar y luego me acompañó a la casa de los Brinkerhoff. Era una noche fresca. Las estrellas brillaban con intensidad. Cuando llegamos, le pregunté:

—¿Quieres entrar a saludar?

Negó con la cabeza.

—No, creo que no. —Vi que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Tu primer baile. Te amo, Felix.

—Te amo, Astrid.

Me dio un beso en la frente y se marchó.

Alberta abrió la puerta.

—¡Ay, pero qué niño tan guapo! —exclamó mientras me alborotaba el cabello.

Dylan bajó las escaleras corriendo. Su camisa estaba arrugada y mal metida en su pantalón de vestir gris. Aun así, lucía más limpio y arreglado que nunca.

—¡Papá, vámonos!

Mientras esperábamos al señor Brinkerhoff, tuvimos que soportar las burlas de Alberta.

—¿Lleváis condones?

—Cállate —replicó Dylan.

—No queremos ningún embarazo adolescente.

—Tenemos doce años, ridícula.

—Dicen que ahora los chicos empiezan cada vez más jóvenes.

Por fortuna, el señor Brinkerhoff no tardó en llegar y pudimos irnos.

Primero recogimos a Sophie. Llevaba unos pantalones de imitación cuero y una blusa color rosa intenso. El señor Brinkerhoff se presentó; Dylan tan solo gruñó.

—¿Y cómo llevas séptimo, Sophie? —preguntó el señor Brinkerhoff para llenar el silencio.

—Bien.

Nadie dijo nada más durante el trayecto hasta la casa de Winnie.

Cuando llegamos al edificio, bajé del coche. Winnie estaba esperando en el recibidor, acompañada por su madre; llevaba un vestido sin mangas, plateado y brillante, que le llegaba justo por encima de las rodillas, y unas bailarinas sin tacón también plateadas. Además, llevaba un chal blanco sobre los hombros. Estaba... simplemente... ¡guau!

—Tú debes de ser Félix —dijo su madre—. Soy Eleanor, la mamá de Winnie.

—Encantado de conocerla, Eleanor. —Nos estrechamos las manos—. Usted asiste partos.

—Sí, así es.

Winnie carraspeó.

—Ah, gracias Felix, tú también estás muy guapo.

—¿Eh?

Eleanor sonrió.

—Creo que mi descortés hija está esperando algún cumplido.

Ah.

—Estás guapa. —La expresión de Winnie se ensombreció—. ¿Muy guapa?

—Por favor, tráela a casa antes de las once —me indicó Eleanor.

—Lo haré.

Nos dimos la vuelta para salir del edificio. Winnie carraspeó una vez. Dos veces.

—¿Te estás poniendo enferma?

—Llévame del brazo.

Eleanor me lanzó una sonrisa para animarme.

—*Duì nǐ de péngyǒu hǎo yī diǎn* —dijo mientras nos alejábamos.

—Me ha dicho en mandarín que sea amable contigo —explicó Winnie—. ¿Es que no he sido amable alguna vez?

A mitad de camino hacia el coche, recordé la caja que llevaba en la mano.

—Ah, sí. Aquí está tu ramillete.

Se lo entregué y seguí caminando. Winnie se detuvo.

—Felix.

—¿Qué?

—Sácalo de la caja y pónmelo en la muñeca.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Porque se supone que debes hacerlo tú.

—Pero ¡se supone que esta no es una cita de verdad! —Winnie me lanzó una mirada fulminante.

Mis PDO me indicaron que todo aquello iba muy mal, pero ignoraba por qué—. ¡Está bien! —Le coloqué el ramillete en la muñeca—. ¿Ya estás contenta?

—¡No!

El trayecto al colegio fue corto pero aburrido. El señor Brinkerhoff intentó alegrarnos contándonos chistes.

—Un general romano le dice al emperador: «César, nos quedamos sin centuriones». César responde: «Pues pónganse tirantes».

Los cuatro bajamos del coche en silencio.

—Por amor de Dios, intentad divertirnos —nos gritó mientras nos alejábamos.

El gimnasio estaba decorado con globos y serpentinas, y tenía una iluminación tenue. Todavía no bailaba nadie. Todos estaban en el perímetro de la pista de baile, comiendo bocadillos o charlando.

Le llevé a Winnie un vaso de zumo de frutas. Tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Winnie, perdona mi confusión. Me dijiste que yo sería tu tapadera, que esto era una investigación para el periódico del colegio. Ahora quieres que actúe como si tuviéramos una cita de verdad.

—Para ser un chico supuestamente inteligente, eres muy tonto.

—¿Qué?

—¿En serio nunca se te ha pasado por la cabeza que podrías gustarme?

No, en realidad no. De repente sentí una oleada cálida en mi interior, una oleada nada desagradable.

—¿Lo ves? Es por esto que odio los bailes escolares —continuó—. Hacen que te ilusiones, luego destruyen esas ilusiones y terminas sintiéndote avergonzada y humillada.

Empezó a sonar una canción lenta.

—Como sea. Haz lo que quieras. No es culpa tuya, es mía.

—Winnie...

—Yo soy la tonta, no tú. Yo.

—Winnie...

—Toda mi vida ha sido así. Probablemente no lo has notado, pero no soy muy buena para descifrar las señales sociales...

—¡Winnie!

Guardó silencio. Le tendí la mano. Ella la miró, confundida, pero luego sus ojos se iluminaron. La llevé al centro de la pista. Fuimos la primera pareja en bailar. La abracé por la cintura. Jamás había bailado una canción lenta, así que solo arrastré los pies haciendo un pequeño círculo. Unos instantes después, otras parejas entraron en la pista. Winnie apoyó la cabeza en mi hombro. Me gustó. Solo abandonamos la pista dos veces, una para comer y otra para hacer pipí.

Winnie nunca escribió su crítica feroz a los bailes escolares.

El señor Brinkerhoff nos recogió poco después de las diez. Primero dejamos a Winnie y luego a Sophie. Tan pronto como Sophie salió del auto, Dylan exhaló ruidosamente desde el asiento del copiloto.

—¡Gracias a Dios que esto ha terminado! ¡Ha sido horrible! ¡Estoy todo sudado!

No se debía al baile, él y Sophie casi no estuvieron en la pista de baile.

—Creí que te gustaba —dijo el señor Brinkerhoff.

—Yo también lo creía, pero luego empezó a decir que los *poltergeists* son almas en pena que quieren provocar dolor y sufrimiento, y le dije: «Bernard no es así para nada. Le gusta hacer bromas, pero también nos cuida». Ella dijo que no, y entonces le dije: «¿Cómo lo sabes? ¡Yo soy quien vive con un *poltergeist*!».

La mirada del señor Brinkerhoff y la mía se cruzaron en el espejo retrovisor. Él me guiñó un ojo.

—Felix, ¿dónde vives? —preguntó.

—Vivo muy lejos. Puede dejarme en una parada de autobús.

—Definitivamente no. Te llevaremos a tu casa.

—Pero...

—Sin peros. ¿Cuál es tu dirección?

Me quedé en blanco. ¿Qué dirección podía darles si no tenía ninguna?

Recordé que el primer día de clases le dije a Dylan que mi casa estaba en los límites del área de elegibilidad de alumnos, así que di la única dirección que conocía que se ajustaba a esa descripción.

La de la casa de Soleil.

Según nos alejábamos cada vez más de la furgoneta, el señor Brinkerhoff nos contó historias sobre los bailes escolares a los que asistió en su juventud. Yo no lograba concentrarme. A mitad del camino me dio hipo. Mientras nos acercábamos a la casa de Soleil, el padre de Dylan nos dio la moraleja de su última historia.

—¡Nunca vomites sobre los zapatos nuevos de tu pareja!

El auto se detuvo. Dylan hizo un silbido grave.

—Guau. ¡Qué caserón, Felix!

—Solamente, ¡hip!, alquilamos el sótano.

El señor Brinkerhoff apagó el coche y se dispuso a salir.

—Te acompaño a la puerta. Quiero saludar a tu mamá.

—¡No puede hacerlo! —dije con más fuerza de la que quería—. Es decir... No está. Tenía una cita. Pero yo, ¡hip!, le daré sus saludos.

Me miró durante varios segundos, tantos que empecé a sentirme incómodo.

—Bueno. Entonces esperaremos aquí hasta que entres.

—Genial. Gracias por acompañarme.

Salí del coche con mi abrigo colgando de un brazo. Crucé la calle. Todavía había un par de luces encendidas en la casa de Soleil, incluyendo, gracias a Dios, una en el sótano.

Caminé por el sendero que pasaba por un lado de la casa. Abrí la reja. Una luz se encendió directamente sobre mí. «Por favor, por favor, que no se asome nadie.»

Agité la mano para despedirme de Dylan y de su papá, y cerré la reja lo más suavemente que pude. Atravesé el patio de Soleil de puntillas en dirección a la reja trasera, la que daba al callejón. Un perro empezó a ladrar dentro de la casa.

Soleil y su familia compraron un perro. Tal vez lo hicieron porque tenían miedo. Tal vez tenían miedo porque alguien allanó su casa recientemente.

Salí corriendo por la reja trasera. La manga de mi camisa «nueva» se enganchó con algo y se desgarró. Otras luces de la casa se encendieron y pude escuchar que alguien abría la puerta trasera.

—¿Quién anda ahí? —Era el marido de Soleil, Arpad.

Corrí por el callejón. Cuando estaba a varias manzanas de distancia, saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Dylan. «A salvo adentro.»

La noche, hermosa y despejada, había refrescado bastante. Me puse el abrigo, pero aun así estuve temblando hasta que llegó el autobús, que tardó mucho. Cuando por fin estuve adentro me acomodé cerca de uno de los radiadores para entrar en calor. Inspeccioné el desgarrón de la camisa. Era como de diez centímetros. Me dieron ganas de llorar.

Pero no lo hice.

Después de todo, aquella fue, en su mayor parte, una noche maravillosa.



El resto del fin de semana fue largo y aburrido. Dylan tuvo un torneo de kárate y Winnie tuvo que ir a la boda de una prima.

—Me gusta ver a mi *gō ng gō ng* y a mi *pō pō*, pero esas fiestas son interminables. Y luego hay que soportar un banquete de diez platos. ¡Diez platos! —se quejó la noche anterior. Yo tenía ganas de decirle: «¿Diez platos? ¿Puedo ir?».

Astrid y yo nos ocupamos de lavar la ropa e ir de compras. El domingo por la tarde fuimos a la biblioteca para sacar unos libros y utilizar el internet gratuito.

Recibí un correo electrónico.

¡Felicidades, Felix Knutsson! Has sido seleccionado para presentarte a una audición para el programa *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Edición Júnior. Las audiciones se llevarán a cabo el martes 30 de octubre en el hotel Sunshine Inn, 164 en el centro de Vancouver. Deberás presentarte a las 09.00 para confirmar tu asistencia. ¡Buena suerte!

Atentamente,
Nazneen Iravani
Productora

Le enseñé el correo a Astrid. Los dos nos emocionamos tanto que el bibliotecario tuvo que mandarnos callar en tres ocasiones.

El lunes por la mañana, cuando llegué al colegio, se lo conté a Dylan.

—¡Es increíble, Felix! —exclamó—. Yo también recibí un correo. Un «gracias, pero no».

Nos encontramos a Winnie en las escaleras delanteras. Se compró una boina nueva de color amarillo canario, y unas medias del mismo color.

—Estás muy... colorida —dije.

—Como Piolín —agregó Dylan.

Mis temores de que nuestra relación se volviera incómoda después del baile desaparecieron tan pronto anunció:

—He recibido noticias de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Tengo una audición. —Se notaba que hacía un gran esfuerzo para no parecer engreída.

—¡Genial! —le dije—. Felicidades.

—¡Vaya! —exclamó Dylan—. No puedo creer que conozca a dos personas seleccionadas para la audición.

Winnie empezó a parpadear.

—Ah. ¿También han seleccionado a Felix?

—Ajá —contesté.

Al cabo de unos instantes dijo:

—Bueno, felicidades a ti también.

Sus palabras no sonaron del todo sinceras.

Solo teníamos una semana para prepararnos, y la aprovechamos al máximo. Dylan nos entrenó todos los días en su casa después de clase. A veces, Alberta y Henry también nos ayudaban haciéndonos preguntas de los concursos de conocimientos de su colegio.

Como veía con frecuencia el programa, sabía en qué categorías debíamos concentrarnos: geografía, literatura clásica, cultura popular, historia universal y ciencia.

—¿Qué ciudad se llamaba antiguamente Constantinopla?

—Estambul.

—¿En qué estado de Estados Unidos se desarrolla *El ruido y la furia*, de Faulkner?

—Misisipi.

—¿Cuál es el símbolo químico del mercurio?

—Hg.

Astrid también me hacía preguntas cuando volvía al garaje.

—¿En qué año Hitler invadió Polonia?

—1939.

—¿Cuántos planetas hay en el sistema solar?

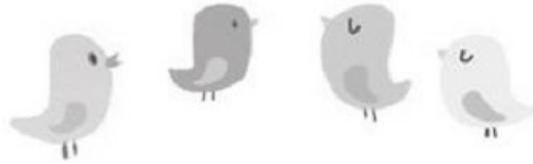
—Antes eran nueve, ahora son ocho.

—¿Qué producto quería «enseñar al mundo a cantar en perfecta armonía»?

—Coca-Cola.

La noche previa a las audiciones fuimos al centro social. Me di una larga ducha. Extendí toda mi ropa sobre el asiento del copiloto: pantalones de vestir, mi «nuevo» polo y unos calcetines limpios. Puse dos despertadores. Bajo ninguna circunstancia iba a llegar tarde.

Le di las buenas noches a *Horacio*, a mi mamá y a Mel, y subí a mi cama temprano, pero estaba demasiado nervioso. Repasé mentalmente al menos diez listas diferentes antes de quedarme dormido. Pero, a las 06.58, justo antes de que sonara la alarma, se desató el infierno.



Alguien abrió la puerta del garaje.

Mi madre soltó una palabrota desde su cama.

La persona empezó a golpear el lateral de la furgoneta y a gritar en otro idioma. Bajé apresuradamente de mi litera con mi pijama de Minions y cogí el arma que tenía más a mano: nuestra sartén. Astrid, vestida con pantalones y una camiseta térmica, abrió la puerta.

El hombre vestía ropa de trabajo, botas incluidas. Seguía gritando. No hacía falta entender las palabras para saber que estaba furioso.

—Solo necesitábamos un lugar donde pasar esta noche —explicó mi madre—. Ya nos vamos.

El hombre, probablemente el contratista encargado de terminar la casa, cogió su teléfono y pulsó una tecla de marcación rápida. Yo tenía mucho miedo. *Horacio* también parecía asustado: corría y corría en su rueda para roedores como si quisiera escapar.

Astrid se abrió paso hacia el asiento del conductor y metió la llave en el contacto.

—*Tusan* —dijo en sueco.

—¿Qué? ¡Acelera, mamá!

—Estamos conectados. —Me miró a los ojos—. Felix, estamos conectados.

Entendí lo que quería que hiciera. Miré hacia la puerta lateral, que seguía abierta. El hombre hablaba por teléfono con alguien en su lengua materna. ¿Sería el dueño de la casa? ¿La policía? No tenía ni idea. De repente dio media vuelta.

Aproveché la oportunidad. Bajé de la furgoneta de un salto, corrí hacia la toma de corriente y tiré de nuestra extensión eléctrica. Astrid encendió el motor.

El hombre dio media vuelta y me miró. Mientras yo me subía a la furgoneta, él me agarró de la parte superior del pijama.

Le mordí la mano con fuerza.

El hombre gritó y me soltó, con lo que pude meterme en el vehículo.

Astrid sacó la furgoneta del garaje a toda velocidad mientras yo luchaba por cerrar la puerta lateral. El hombre seguía gritando y agitando el puño mientras nos alejábamos.

—Todo está bien, Lilla Gubben, todo está bien —repetía Astrid una y otra vez, como si fuera un mantra. Bajamos a la playa Jericho y nos detuvimos en uno de los aparcamientos que dan al mar. Yo estaba en el asiento del copiloto, temblando.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Nada está bien! ¿Cómo sabes que no estaba llamando a la policía para darles el número de la matrícula? ¿Cómo sabes que no están buscándonos ahora mismo?

—No llamaba a la policía. Probablemente hablaba con el dueño o con el constructor.

—Pero ha podido apuntar nuestra matrícula, o memorizarla. Tal vez el dueño le pidió que llamara inmediatamente a la policía. . .

—Felix, ya basta. Deja de ser tan obsesivo.

—¡No me llames obsesivo! Que yo sea el único sensato de la familia no quiere decir que sea obsesivo.

Se volvió para mirarme.

—Auch.

Me dio hipo.

—Le mordí. No puedo creer que ¡hip! le haya mordido.

—Fue en defensa propia.

De pronto vi la hora en el salpicadero de la furgoneta.

—¡Mierda!

—¿Qué?

—¡Se suponía que debía encontrarme ¡hip! con Winnie en la parada del ¡hip! autobús a esta hora!

—Está bien, Böna, está bien.

Astrid trató de abrazarme. Me retorcí para escabullirme.

—No, Astrid. ¡Esto no está bien! Nada de esto ¡hip! está bien.

Respiró hondo.

—Tienes razón. No está bien. Pero ahora necesitas tranquilizarte. Ve a los vestuarios y cámbiate. Yo te llevaré al centro.

Empecé a buscar mis zapatos.

—Ay, no. ¡Ay, no!

—¿Qué?

—Me he dejado los zapatos en el garaje. Los saqué de la furgoneta porque dijiste que apestaban.

Entonces recordé las demás cosas que dejábamos atrás: nuestras sillas de jardín, el calentador, la olla y los platos.

—No hay problema. Tienes otros.

—Tengo ¡hip! katiuskas.

—Pues póntelas.

Me puse las botas. Salí de la furgoneta abrazando mi ropa y corrí a los vestuarios de la playa. Al acercarme, me di cuenta de que necesitaba ir al baño. Quería hacer del uno y del dos. Agarré el pomo de la puerta del baño de hombres y tiré de él.

Estaba cerrada.

Entonces la empujé, y para terminar tiré de ella y la empujé por si acaso. Normalmente estaban abiertas desde mucho más temprano. ¿Por qué justo ese día el conserje no fue a trabajar?

El pánico trepó por mi garganta. Estaba desesperado.

No tenía opción. Corrí hacia un árbol que estaba cerca. Me bajé los pantalones de Minions y evacué.

Había personas paseando a sus perros por la calle; aunque estaban demasiado lejos como para ver lo que estaba haciendo, me sentí peor de lo que jamás me había sentido.

Patético y despreciable.

Gracias a Dios, llevaba unos Kleenex hechos bolitas en el bolsillo de mi sudadera. Pero no pude limpiar la suciedad que dejé. Tampoco pude lavarme las manos. Después de todas las semanas que llevábamos viviendo en la Westfalia, aquella fue la primera vez que en verdad me sentí como una persona sin hogar.

Sin esperanza.

Me subí los pantalones y me dirigí a la furgoneta.

Fue entonces cuando vi a una mujer que paseaba a su perro salchicha a unos veinte metros de mí.

Me bastó ver su cara para saber que lo había presenciado todo. Me miraba con la boca abierta, muda a causa del asco.

«¿Usted se siente asqueada? —quise preguntarle—. Imagine cómo me siento yo.»

Astrid me llevó al centro. Había mucho tráfico. Intentó conversar, levantarme el ánimo, pero rehusé contestarle.

Me cambié en el asiento trasero mientras ella sorteaba el tráfico de la hora punta. Me embadurné las axilas con un montón de desodorante y me unté un poco por debajo de los pantalones también, lo que me produjo ardor.

—¿Quieres que aparque y te acompañe? —preguntó Astrid cuando por fin nos detuvimos frente al Sunshine Inn cinco minutos antes de la hora. Ella seguía con su ropa térmica y tenía el cabello alborotado y enredado; parecía una de esas mujeres indigentes con alguna enfermedad mental.

—No —respondí al tiempo que abría la puerta y bajaba de la furgoneta.

—Bueno, entonces te espero aquí para que...

Una oleada negra e hirviente de ira recorrió mi interior.

—¡No! ¡Simplemente vete! Cogeré el autobús. ¡No quiero ver tu cara! —Y cerré de un portazo la puerta.

Cuando di media la vuelta, vi a Winnie frente al hotel. Llevaba puesta su boina amarillo canario y me miraba con la boca abierta.

Subimos la escalera dando brincos hasta el segundo piso.

—Llegas tarde.

«Cállate.»

—Estaba preocupada. He dejado pasar dos autobuses.

«Cállate.»

—Te he enviado mensajes...

—Oye, lo siento. En serio. No estaba en mis manos.

—Te has puesto pantalones de vestir y botas de agua, y tu polo tiene una mancha de grasa...

—¿Y tú quién eres, la policía de la moda? Ya lo sé, ¿okey?

Se quedó callada.

Durante tres segundos.

—Supongo que esa era tu madre —dijo mientras avanzábamos a toda prisa por un pasillo del segundo piso, siguiendo las señalizaciones que decían QUIÉN. QUÉ. DÓNDE. CUÁNDO. AUDICIONES.

—Sí.

—¿Por qué le gritabas?

—Es la culpable de que haya llegado tarde.

—¿Sueles gritarle de esa manera?

—¡No! Claro que no.

—Porque, sea lo que sea que haya hecho tu madre, no creo que se merezca un desplante como...

—Winnie, por favor, te lo suplico. Cállate ya.

Toda su expresión pareció implosionar. Aminoró el paso. La voz le temblaba al hablar.

—¿De verdad acabas de decirme que me calle?

No respondí.

—Mi educación me da una firme perspectiva feminista y un concepto saludable de mí misma.

Por lo tanto, no puedo salir con alguien que intenta intimidarme o que abusa verbalmente de mí.

—¿Quién ha dicho que estamos saliendo?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Winnie, por favor. Lo siento. Solo estoy tratando de concentrarme. He tenido la peor mañana del mundo...

—Eso es lo que hacen los abusadores. Inventan excusas y luego lo hacen otra vez. Además, la manera en que le has hablado a tu propia madre...

—¡Es un asunto complicado! ¡No tienes ni idea de cuánto!

Llegamos a las puertas de la sala de audiciones.

—Por cierto —dijo—, tu desodorante tiene un olor demasiado penetrante.

—¿Quién está abusando verbalmente ahora?

—Habéis estado peligrosamente cerca de quedaros fuera —dijo una mujer sentada detrás de una mesa al otro lado de las puertas—. Un minuto más y no os recibimos.

—Me disculpo —dijo Winnie.

—Yo también. Normalmente somos muy puntuales.

Le eché un vistazo al recinto. Estaba lleno de sillas plegables y las sillas estaban llenas de niños. Había al menos cuarenta.

—Necesito ver una identificación y los formularios con el consentimiento de vuestros padres.

Por suerte, yo guardé todos los documentos necesarios en una carpeta la noche anterior. Se la entregué a la mujer, que nos dio a cada uno un imperdible numerado que debíamos colocarnos en la camisa.

—Esperad ahí hasta que os llamen por vuestro nombre.

Me senté. Había una silla desocupada a mi lado, pero Winnie se sentó en el otro extremo de la habitación, lo más lejos posible de mí.

Me levanté y le pregunté a la mujer de la mesa si aún había tiempo para ir al baño. Asintió con la cabeza, pero me pidió que fuera rápido. Corrí por el pasillo, hice pipí y me lavé las manos durante al menos cuatro minutos. Cogí una toalla de papel, la humedecí y me la metí debajo de los pantalones para retirar un poco de desodorante. Me peiné con las manos. Intenté bajarme los pantalones de manera

que cubrieran las katiuskas, pero las piernas del pantalón eran demasiado estrechas. Me di cuenta de que parecía un idiota. Me dije que solo debía actuar con seguridad, como si aquello fuera parte de mi *look*.

Empezaron a llamarnos a la sala de audiciones en grupos de cuatro. Después de una hora y media, llamaron a Winnie junto con otros tres aspirantes. Quise animarla mostrándole mis pulgares alzados, pero rechazó el contacto visual.

Permanecí sentado, tratando de no pensar en la constante sensación de hambre que sentía.

Unos veinte minutos después se abrieron las puertas, y Winnie salió con otros dos chicos. Evitó mirar hacia donde estaba yo, pero parecía abatida.

Me levanté y caminé hacia ella, pero el hombre con la tablilla sujetapapeles salió y dijo:

—Alicia Jones, Sherman Wong, Felix Knutsson.

Mi estómago se enroscó como un bretzel. Seguí a los otros dos hacia la sala contigua. Era más grande que la primera, y en ella montaron una réplica del set de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, con unos podios a los que teníamos que subirnos. Había botones en cada uno de ellos. Dos personas manejaban las cámaras de tamaño real, listas para grabarnos. Un pequeño grupo de hombres y mujeres vestidos de traje estaban sentados en cómodas sillas giratorias de piel detrás de una mesa.

Horacio Blass no estaba entre ellos. Me sentí desilusionado.

Una chica de la audición de Winnie, Sari, recibió instrucciones de quedarse. Estaba en el podio de la derecha. A mí me acompañaron a uno de los podios centrales. Mantuve los brazos pegados a mi cuerpo con firmeza para liberar la menor cantidad posible de olor corporal y desodorante.

El hombre que nos llamó se presentó.

—Hola a todos, soy Gouresh, director de relaciones públicas con los concursantes. —Nos dio una breve lección de cómo usar los botones.

Luego uno de los miembros del jurado, una mujer de aspecto severo, piel del mismo color que la mía y cabello blanco, dijo:

—Soy Nazneen, una de las productoras del programa. Vamos a hacer una ronda de preguntas como en el programa. Obviamente, estaréis familiarizados con el formato.

Los cuatro asentimos con la cabeza. Mi estómago gruñó.

—Ups, parece que alguien no ha desayunado —dijo Nazneen, y todo el jurado se puso a reír. Mi micrófono captó el sonido. Sentí que la sangre me subía a la cabeza.

—Muy bien, comencemos.

La ronda duró lo que me pareció media hora, pero probablemente solo fueron diez minutos.

—¿En qué ciudad se conocieron Romeo y Julieta? —(Verona).

—¿Cómo se llama el río que marca la frontera entre la Tierra y el inframundo? —(Estigia).

—¿Qué emperador romano mandó construir un palacio de oro? —(Nerón).

—¿Qué cantante de pop es oriundo de Stratford, Ontario? —(Justin Bieber).

—Si quieres visitar las ruinas de Persépolis, ¿a qué país debes viajar? —(Irán).

Nos hicieron un montón de preguntas. Al principio me costó trabajo acostumbrarme al botón, pero, cuando le pillé el tranquillo, ya nada me detuvo. Respondí varias preguntas antes que los demás, y casi todas correctamente. Sari también.

El rostro de los miembros del jurado no expresaba nada. Algunos ni siquiera nos miraban. Un hombre estaba deslizando el dedo sobre la pantalla de su móvil.

—*Okey*, muchas gracias —dijo Nazneen—. Sherman y Alicia, os podéis retirar. Sari y Felix, permaneced en vuestro lugar.

Sherman y Alicia se escabulleron de la sala. El jurado llamó a otros dos chicos de las rondas anteriores a los que les pidieron quedarse. Hicimos otra ronda de preguntas, esta vez más difíciles. Yo fui el único al que le pidieron que se quedara.

—Ahora queremos hacerte unas preguntas personales, Felix —dijo Nazneen—. Sobre tu vida diaria y tus pasatiempos. Háblanos de tu familia.

—Somos una familia pequeña. Solo mi madre y yo.

—¿Eres fan de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo?*

—Uy, sí. Empecé a verlo de pequeño con mi Mormor. Incluso tengo un hámster llamado *Horacio Blass*.

El hombre que hasta ese momento no despegaba los ojos de su teléfono alzó la vista.

—¡No! —exclamó Nazneen.

—En serio. Lo llamé así por el presentador porque es mi programa favorito. —Dos de los miembros del jurado hicieron anotaciones en sus libretas. Entonces mi estómago volvió a gruñir—. Lo siento. No he desayunado. Por los nervios.

—Y cuéntanos, Felix —continuó Nazneen—, ¿qué harías con el dinero si ganaras?

—¿Hay dinero? —Por ridículo que parezca, no había pensado en eso. Sabía que los adultos jugaban por dinero, pero ignoraba que la edición júnior también tenía premios en efectivo.

—Claro. Mil dólares por participar. Dos mil quinientos a cada uno de los cuatro finalistas. Y veinticinco mil al ganador.

Los oídos empezaron a zumbarme. Tuve que agarrarme al podio.

«Veinticinco mil dólares.»

Nazneen seguía esperando mi respuesta.

—Se los daría a mi madre —dije—. Para conseguir un lugar decente donde vivir.

Los miembros del jurado se miraron unos a otros, incluso el hombre del teléfono.

—Bueno, gracias —dijo Nazneen—. Tendrás noticias de nosotros durante las próximas dos semanas. —Cogió una caja de donuts que estaba sobre la mesa y me la ofreció—. Toma uno para el camino.

Cogí uno relleno de mermelada, mis favoritos.

—Gracias. Muchas gracias.

Caminé hacia la parada del autobús mientras me zampaba el donut. Unos pedacitos de azúcar glas cayeron sobre mis pantalones y mis botas, pero no me importó. En mi cabeza solo había un pensamiento.

«Veinticinco mil dólares.»

Veinticinco mil dólares que significaban no más noches de frío.

No más baños públicos.

No más robos en tiendas.

No más mentiras.

Veinticinco mil dólares eran más que suficientes para pagar un alquiler durante por lo menos un año.

Eran suficientes para cambiar nuestra suerte de una vez por todas.



Llegué al colegio a la hora de la merienda. Vi a Dylan cerca de su taquilla y me acerqué a él dando pisotones con mis katiuskas.

—¡Amigo! —exclamó—. ¿Cómo ha ido?

—Creo que muy bien.

—Winnie ha llegado hace rato. Con una nubecilla negra sobre la cabeza.

—Sí, creo que a ella no le fue tan bien. Además, está enfadada conmigo.

—¿Por qué?

—Le dije que se callara.

—Ah. Bueno, supongo que es una tentación constante.

—Sí.

—Pero tal vez deberías disculparte. Por el bien de todos nosotros.

Asentí.

—Deséame suerte.

—Suerte —dijo dándome unas palmadas en la espalda.

Caminé por los atestados pasillos rumbo a la cafetería. A lo lejos, vi la boina amarilla de Winnie. Pero no estaba en su cabeza; Donald y Vlad se la estaban lanzando a modo de *frisbee*.

Winnie estaba en medio de los dos, saltando y tratando de cogerla cuando pasaba sobre ella.

—¡Basta! ¡No es gracioso!

Me puse furioso de repente. Furioso con Winnie por su comportamiento, sí, pero mi furia era como un pulpo: tenía muchos tentáculos.

Al parecer, he crecido bastante desde septiembre, porque, cuando Donald volvió a lanzar la boina, pude agarrarla en el aire sin esfuerzo. Se la devolví a Winnie.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo Donald—. Solo estábamos divirtiéndonos.

Le quité a Donald la gorra que llevaba en la cabeza y la arrojé al cubo de basura más cercano.

—¿Eso te parece divertido, o es agresivo y amenazador? Porque tal vez así es como lo siente Winnie.

—No hables por mí, gracias —dijo ella. Luego añadió—: Aunque no se equivoca. Sí me siento agredida...

—Oye —dijo Donald—. Ese es mío.

—¿Qué?

Tenía la vista clavada en mi pecho.

—Ese polo.

—Claro que no. Acabo de comprarlo.

—Pues no es nuevo. ¡Mira, hasta tiene la mancha de grasa que le hice con la bicicleta! Por eso mi madre lo donó a ese lugar para pobres.

Empecé a sentir náuseas.

—No es un lugar para pobres. Es el Ejército de Salvación.

—Sí, donde compran los pobres. ¿Qué persona normal compraría un polo usado y manchado?

Aunque gracias a mi estirón le sacaba a Donald unos cinco centímetros, nunca me había sentido tan pequeño como en ese momento.

Winnie se colocó frente a él con las manos en la cintura.

—Eres un tonto, Donald. Para tu información, miles de personas compran con frecuencia en tiendas de artículos usados.

Donald encogió los hombros.

—Como sea. Solo digo que es donde mi madre dona toda la basura que ya no queremos.

—Me sorprende que no intente donarte a ti —masculló Winnie.

Ahora era Donald el ofendido. Sacó su gorra del cubo de basura y dijo:

—Da igual. Los dos sois un par de fenómenos y sois tal para cual. —Por fin, él y Vlad se marcharon.

Yo sabía que tenía las mejillas sonrojadas. Ni siquiera me atrevía a mirar directamente a Winnie. Por eso clavé la vista en el suelo.

—Tres cosas —dijo ella—. Primera, Donald es un baboso. Segunda, ese polo te favorece mucho. Y tercera, aunque agradezco tu acto de caballero de reluciente armadura, eso no disculpa tu comportamiento de hace un rato.

Luego se caló su boina en la cabeza y salió por la puerta principal.

La encontré afuera mientras ponía su almuerzo sobre una mesa de pícnic: dos sándwiches, dos tartaletas de natillas, una mandarina, un poco de queso y una bolsita de galletas de arroz.

Me senté frente a ella.

—¿No tienes frío aquí?

Le dió un bocado a uno de los sándwiches.

—¿He dicho que pudieras sentarte conmigo?

—No, y me marcharé en un minuto, lo prometo. No tendría que haberte hablado así esta mañana. Lo lamento. Es solo que... Estoy pasando por muchas cosas, cosas de las que no puedo hablar. Pero no debí desquitarme contigo.

Apartó la mirada de su sándwich y me miró.

—¿Por qué no puedes hablar?

—Estaría traicionando la confianza de alguien.

—¿De tu mamá?

Asentí.

Winnie no dijo nada, así que me levanté para irme.

—Espera. ¿Dónde está tu almuerzo?

—Me lo he olvidado —respondí. Una «mentira invisible».

Empujó uno de los sándwiches y una de las tartas sobre la mesa.

—Come.

Volví a sentarme. Tenía tanta hambre que ni el pan me supo mal.

—¿Lo eres? —preguntó.

—¿Qué soy?

Mantuvo la vista fija en la mesa.

—Pobre.

—No sé. Tal vez.

—Debe de ser difícil.

—No, estamos bien. Es algo temporal. —Winnie me ofreció la mitad de su queso y la mitad de su mandarina, y los acepté sin rechistar—. Siento que no te haya ido bien esta mañana.

—He entrado en crisis. Me he paralizado con el sonido del botón.

—Apuesto a que a muchos chicos listos les ha pasado lo mismo. Era estresante.

—¿Y a ti cómo te ha ido?

—Creo que bien.

—Y ahora ¿qué?

—Han dicho que antes de dos semanas nos confirmarán si participamos en el programa. —Cogió la bolsa de galletas de arroz y me indicó con señas que abriera las manos. Luego vertió un montón.

—Me alegro por ti —dijo.

Esta vez sí parecía sincera.

Astrid me envió un mensaje de texto con la nueva ubicación de la furgoneta. Dijo que estaba buscando trabajo y que estaría de vuelta a la hora de la cena.

Fue una larga caminata. Aparqué la Westfalia en una calle tranquila en Dunbar, lejos del garaje de Point Grey. Noté que había manchado de barro la matrícula para disimular los números.

Entré en la furgoneta y cerré la puerta. Me quité el abrigo y el polo rojo, y me puse la sudadera.

Volví a salir. Caminé hasta un parque cercano y tiré el polo rojo a un cubo de basura.

—Te los he comprado hoy —dijo Astrid cuando regresó—. Espero que te vayan bien.

Me dio un par de zapatillas Converse prácticamente nuevas. Me hice con ellas sin decir palabra. No quería saber dónde las había conseguido ni cómo.

Seguí aplicando la ley del hielo durante toda la cena, que consistía en comida enlatada.

—Sé que estás enfadado conmigo —dijo—. Y no te culpo. Pero quiero que me cuentes cómo te ha ido en la audición. Quiero saber cómo te fue.

—Estuvo bien.

—Böna... por favor. —Los ojos le brillaban.

Cedí. Le conté toda mi mañana con gran detalle, menos la parte del premio en efectivo. No quería darle esperanzas.

Más tarde, cuando ya estaba oscuro y nos acostamos, Astrid dijo:

—Las cosas mejorarán muy pronto, Felix. Te lo prometo.

Solía creerla cuando decía eso. Luego llegué a pensar que era otra mentira para «darle una oportunidad a la paz».

¿Y ahora? Ahora me daba la sensación de que era como si dijera «alguien podría perder un ojo».



Astrid tuvo otro bajón.

—Me esforcé mucho en conseguir otro trabajo —dijo ocultándose bajo las sábanas unos días después—. No entiendo por qué nadie quiere contratarme.

Yo tenía una teoría. Desde hacía varias semanas no ponía el mismo empeño en ponerse guapa. Llevaba la ropa arrugada. Se la veía cansada y ojerosa. Su cabello estaba descuidado. Si yo podía notar todo eso, sus posibles jefes también. Pero solo le dije:

—Yo tampoco lo entiendo.

Una mentira para «darle una oportunidad a la paz».

Luego tuve una gripe muy fuerte. El estrés, la humedad y la falta de sueño finalmente afectaron a mi sistema inmunológico, por lo general excelente. Aunque me sentía hecho pedazos, me obligué a ir al colegio, pues pensé que pasar el día encerrado en la furgoneta con mi deprimida madre era más de lo que podría soportar. Además, ese día se publicaba la edición de octubre del periódico, y no me la quería perder.

En aquella ocasión, el artículo de Winnie era el primero de la sección en francés. Citándolo de memoria y traducido al inglés, iba más o menos así:

**«PIENSAS QUE A TI NO TE PASARÁ»
Por la reportera itinerante Winnie Wu**

Imagínatelo: hace frío, está lloviendo y está oscuro. En vez de acurrucarte en tu cama calentita en el interior de tu casa, te metes en una caja de cartón colocada frente a una puerta, envuelto en un saco de dormir grasiento y mohoso, con la esperanza de poder echar una siesta sin que nadie te eche a golpes. Así es la vida de Bob el Bardo. Vive en las calles desde hace veinte años y, como él mismo dice, «piensas que a ti no te pasará, pero puede pasarle a cualquiera».

¡Y tiene razón! ¿Sabías que Bob el Bardo tenía un trabajo normal? Estudió en la universidad. Tenía mujer e hijos. Y ahora, ¡míralo! Unos cuantos sucesos desafortunados y ¡bum!

Sin embargo, muchos lo vemos y pensamos que no es uno de los nuestros, que no es un ser humano, cuando en realidad es una persona que tuvo mala suerte y que no logró recuperarse. El alcalde y el primer ministro prometen que acabarán con el problema de la gente sin hogar, pero una cosa es hablar y otra muy distinta, actuar. Políticos: ¡pónganse manos a la obra!

En cuanto al resto de nosotros, ¡seamos más amables! Lo digo porque vi que algunos miembros de esta comunidad escolar no son muy amables con quienes son menos afortunados que ellos. Pero, ¿saben qué? Que alguien tenga menos dinero no significa que valga menos como ser humano. De hecho, en algunos casos, mientras más dinero tiene una persona, más desconsiderada es.

Etcétera. El artículo ocupaba una página y media de las tres que había en francés. Mi crucigrama y mi artículo «Datos curiosos sobre Francia» (que trataba sobre la invención del globo aerostático), y la segunda parte de la historia de Dylan sobre poltergeists, estaban apretujados en el espacio restante. No nos molestamos porque sabíamos que ese era el sueño de Winnie, quien sonreía extasiada cada vez que alguien la felicitaba.

—Gracias —dijo en una de esas ocasiones—. Planeo ser una periodista de renombre mundial, y este es un pequeño paso hacia mi meta.

Ah, Winnie.

Pero conforme avanzaba la mañana, mi gripe empeoraba.

—Oye —dijo Dylan en cierto momento—. Da la impresión de que tienes enfisema. No deberías estar en el colegio.

Sabía que tenía razón, pero ¿dónde podía ir?

Cuando sonó la campana de la hora del recreo, Monsieur Thibault me pidió que me quedara en la clase.

—Tienes un aspecto terrible, Felix. Debo pedirte que te vayas a casa a descansar.

Asentí.

—Y, hablando de casa, ¿va todo bien por allí? —me preguntó en inglés, lo que me puso nervioso.

—Sí, ¿por qué?

—Estás raro últimamente.

—Todo está bien. Solo estoy enfermo.

Se quedó un rato mirándome.

—Bueno. Entonces ve a casa y descansa.

Yo quería gritar: «¿A qué casa?».

No quería volver a la furgoneta. Simplemente no estaba de humor para lidiar con Astrid, así que fui a la biblioteca y me dormí en uno de los cubículos.

Una hora más tarde me despertó un sonido de frotamiento. Alcé la vista, todavía medio dormido. Un hombre mayor estaba sentado en el cubículo contiguo al mío, y sonreía mientras me miraba fijamente. Entonces me di cuenta de dónde provenía el sonido.

Tenía su «cosa» sacada y se la estaba agarrando con una mano.

Me levanté de un salto y salí corriendo de la biblioteca. Estuve caminando por Broadway. Tiritaba y me sentía débil. Entré en la librería Kidsbooks y estuve hojeando libros durante un buen rato. Los empleados fueron amables conmigo y no me hicieron sentir que estaba estorbando. Me sentí mal al pensar que tal vez estaba dejando mis gérmenes en las páginas. Mi estómago gruñía de hambre. Solo había desayunado una manzana harinosa.

Caminé hacia el oeste y pasé por la Ahmadi Grocery. Frente a la tienda había montañas de verduras y frutas, incluyendo plátanos. Me encantan los plátanos.

Recordé mi libro de contabilidad, que estaba en la furgoneta. Podría coger un plátano y anotarlo, ¿no? Después de todo, iba a pagarles todo lo que mi madre les había robado.

Miré a mi alrededor. El hombre que trabajaba allí —asumo que era el señor Ahmadi— estaba vaciando una caja de naranjas. Cogí un manojo de plátanos, arranqué uno y me lo metí en el bolsillo del abrigo. Luego empecé a caminar, recordando el consejo de Astrid de aparentar calma.

Una manaza me agarró el hombro.

—Jovencito, venga conmigo.

Pasamos junto a la esposa del señor Ahmadi mientras este me conducía a un cuartito lleno de trastos en la parte posterior de la tienda. Me miró fijamente con los brazos cruzados sobre su ancho pecho.

—Lo siento. Lo siento mucho —me disculpé. Estaba temblando, tanto por la gripe como por los nervios—. No lo volveré a hacer. Lo prometo. Nunca en mi vida había robado nada.

Eso era cierto. Mi madre robó mucho, pero yo no.

—Dame el número de tus padres. Los voy a llamar.

—¿Es necesario?

—Sí. Parece ser la única manera de que los jóvenes entiendan que robar no es cosa de broma.

Le di el número de teléfono de mi madre.

—¿Cómo te llamas?

—Felix. Felix Knutsson.

—No contestan —dijo.

«Eso es porque tiene un bajón», pensé.

—Le llamaré con mi teléfono. Contestará si sabe que soy yo.

Marqué. El señor Ahmadi me indicó con señas que le diera el teléfono.

—Hola. ¿Hablo con la madre de Felix Knutsson? Acabo de sorprenderlo robando un plátano. Ahmadi Grocery, en Broadway. Sí, correcto. —Cuando colgó el teléfono, anunció—: Estará aquí en media hora.

Se sentó sobre el pequeño escritorio.

—¿Sabes cuántos chicos del vecindario intentan robarnos? Creen que no tiene importancia, pero mi esposa y yo trabajamos duro. Siete días a la semana. Apenas ganamos lo suficiente para vivir. Y cada vez que alguien nos roba, nos duele. Porque nosotros somos los que tenemos que cubrir esos gastos, y con márgenes de ganancia tan pequeños...

Me sentí muy avergonzado.

—Lo siento mucho —repetí.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Te han desafiado? ¿Como diversión?

Negué con la cabeza.

—Tenía hambre.

Me miró de arriba abajo.

—Estás flaco como un palo. ¿Comes lo suficiente?

—Sí —respondí—. Por lo general.

—¿Problemas en casa?

—Solo una mala racha. —Mi estómago gruñó de repente. Sonó superfuerte en aquella habitación silenciosa.

El señor Ahmadi me dio el plátano.

—Come.

Traté de comerlo despacio, pero tenía tanta hambre que acabé engulléndolo. El señor Ahmadi me contempló con una expresión inescrutable.

—No te vayas. —Salió de la habitación. Vi que hablaba con su mujer.

Al cabo de un rato, el señor Ahmadi regresó con dos bizcochos grandes envueltos en plástico.

—Dice mi esposa que nos harías un gran favor comiéndote estos bizcochos. Caducan hoy.

Me los comí. Estaban deliciosos.

—Gracias.

Astrid llegó unos minutos después. Daba la impresión de que se acababa de despertar.

—¿Robó un plátano? —le preguntó al señor Ahmadi.

—Así es.

—¿Cuánto cuesta un plátano? ¿Cincuenta centavos? —Astrid sacó su monedero y lentamente fue colocando sobre el mostrador monedas de cinco y diez centavos mientras los tres la observábamos. Me daba cuenta de que lo hacía a propósito, y la odié por ello.

—Listo. Ahí está su dinero.

—Astrid —le dije—. Ya basta.

—Tanto escándalo por una mugrienta fruta.

La señora Ahmadi se puso tensa.

—No es solo por la fruta —señaló—. Su hijo tiene hambre.

El rostro iracundo de Astrid se descompuso. No supo replicar.

—Vámonos —me dijo mientras se daba la vuelta.

El señor Ahmadi me miró fijamente y dijo:

—Échale ganas, Felix.

Sentí como si ambos conocieran todos mis secretos. Eso me aterrorizó, por lo que me apresuré a correr detrás de mi madre.



NOVIEMBRE



Ya había pasado una semana y el bajón de Astrid no daba señales de mejorar. Era el más largo que había tenido.

—¿Estás tomando tus pastillas? —le pregunté una mañana.

—No.

—¿Por qué?

—Este mes he tenido que tomar una decisión. Líneas de teléfonos o pastillas.

Cuidé de ella lo mejor que pude. Preparaba la comida y le daba conversación para animarla. Pero también pasé mucho tiempo fuera de la furgoneta. Casi siempre estaba en casa de Dylan, hasta el punto de que, una noche, la señora Brinkerhoff quiso hablar con mi madre. Llamé a Astrid y le pasé mi teléfono. Solo oí fragmentos de la conversación; Astrid hizo la actuación de su vida.

—Horas y horas en mi nuevo trabajo... Te agradezco que le dejes estar en tu casa... Estoy muy feliz de que los chicos se hayan reencontrado... Os invitaré a cenar en cuanto se calmen las cosas...

Cada vez que podía conectarme a internet, consultaba mi correo para ver si había noticias de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Hasta ese momento, nada.

Una noche, mientras me acercaba a la furgoneta, oí a Astrid hablando por teléfono.

—No es un buen momento —dijo—. Estoy saturada con este nuevo trabajo.

Mentira.

—Le puedo preguntar pero está atareadísimo con las clases.

Mentira.

—Creo que este fin de semana se va de excursión.

Mentira.

Abrí la puerta de la furgoneta. Astrid pareció sorprendida.

—¿Con quién hablas? —pregunté en voz alta, lo suficientemente alta para que cualquiera que estuviera al otro lado de la línea pudiera escucharme.

Astrid sonrió forzosamente.

—Es Daniel.

Mi papá.

Daniel es —era— el mejor amigo de mi madre. Después de la muerte del Felix original, Astrid se mudó a Toronto para alejarse lo más posible de los recuerdos y de sus padres. Se matriculó en la Universidad de Toronto, su tercer intento de adquirir una educación superior. Estudió Antropología. Siguiendo un impulso, se apuntó a clases nocturnas en el Colegio de Arte y Diseño de Ontario.

Fue allí donde conoció a Daniel Palanquet. Daniel es dos años más joven que ella.

«Hablabla francés con fluidez. Era guapísimo. Era divertido, amable, todo lo que siempre quise en un hombre —me contó Astrid—. Solo que era gay.»

Me repite muchas veces la historia de su amistad. Se cayeron bien de inmediato. Ella dejó la universidad y se inscribió como alumna a tiempo completo en el Colegio de Arte. Se fueron a vivir juntos a una bodega que en teoría era únicamente para uso laboral. No había ducha, solo un retrete al final del pasillo —que compartían con otros artistas— y un lavabo con una sola llave para el agua fría.

Pero nada de eso les molestaba. Eran felices. Eran artistas. Organizaban grandes fiestas. Y se amaban.

—Éramos pareja en todos los sentidos de la palabra. Bueno, en casi todos los sentidos, ya sabes a qué me refiero.

A veces Astrid comparte más de la cuenta.

Daniel fue un gran apoyo para mi madre. Durante el año que siguió a la muerte del Felix original, ella tuvo un montón de bajones. Daniel se encargaba de que comiera y de que se vistiera, y no le decía que se animara, que sonriera ni que viera el lado positivo de las cosas. Sabía que no era tan sencillo.

Durante años su relación fue muy buena. Las galerías de arte no mostraban interés en sus obras, pero se decían uno al otro que solo era cuestión de tiempo que ambos obtuvieran reconocimiento.

Entonces Daniel conoció a un hombre veinte años mayor que él llamado Yves, y se mudó a la casa de este en una parte de Toronto llamada Cabbagetown. Astrid no se lo tomó muy bien. Hacía un montón de bromas sobre la edad de aquel hombre y su colección de vinos, que valía más de lo que ellos pagaban de alquiler en un año.

Estaba muerta de celos. Ella misma lo dice.

Unos meses después, Daniel e Yves hicieron un viaje de dos semanas a París. Daniel convenció a Yves de que Astrid se quedara en su casa para cuidarla. Pensó que le hacía un favor a Astrid permitiéndole quedarse en una casa con agua caliente, una nevera bien abastecida y una enorme televisión.

Cuando regresaron todo parecía en orden, pero al cabo de unos días se dieron cuenta de que había desaparecido una cara bufanda de cachemir de Yves, así como una viejísima botella de vino que valía miles de dólares.

Encontraron la botella en el cubo de la basura. Cuando Daniel pidió explicaciones a Astrid, ella admitió que una noche fue a la bodega, a la que no tenía permitido entrar, la cogió y se la bebió.

Es probable que Daniel perdonara eso. Después de todo, ella desconocía el verdadero valor de la botella. Pero Astrid también le dijo que no tenía ni idea de dónde estaba la bufanda de Yves. Y, cuando una vez Daniel entró de improvisado en la bodega y vio la bufanda colgada de un gancho, perdió el control.

«No sé por qué lo hice —repite Astrid cuando me cuenta la historia, lo cual ocurre en cada una de las breves reapariciones de Daniel en nuestras vidas—. Durante mucho tiempo no nos hablamos.»

Pasó un año. Astrid compartió la misma bodega con una serie de personas, pero nadie duraba más de un par de meses. Echaba de menos a Daniel.

«Nunca pensé en tener un hijo, pero cuando cumplí treinta y un años, mi reloj biológico empezó a hacer tictac. Ninguno de los hombres que conocía tenía madera de padre.»

Un día, la llamó Mormor. El padre de Astrid, Fredrik, había muerto a causa de un ataque al corazón.

Aunque Astrid tenía una relación de amor / odio con su madre, supo que no podía dejarla sola, así que arregló todo para trasladarse a la Universidad de Arte y Diseño Emily Carr en Vancouver. Era hora de volver a casa.

También era hora de tragarse su orgullo y contactar con Daniel.

Se reunieron en el bar favorito de ambos. Ella se disculpó, esta vez de corazón. Le contó lo de su padre. Estuvieron en el bar cinco horas, poniéndose al día.

Astrid esperó a la tercera vez que se reunieron para pedirle que fuera su donante de esperma.

«Le dije que no podía pensar en un mejor material genético para el cincuenta por ciento de mi hijo.»

También le dijo que no estaría obligado a participar en su educación; que lo criaría sola, que eso era lo que quería y que no le interesaba ningún tipo de ayuda económica. Para esa época, Daniel ya no estaba con Yves, y trabajaba como asistente en una galería, así que no tenía dinero que aportar.

No sé por qué aceptó. Todo lo que sé es que lo hizo, y yo soy la prueba viviente. No conozco los detalles de cómo se llevó a cabo la transacción ni los quiero saber. Solo sé que firmaron unos papeles y que, unos meses después, Astrid estaba de vuelta en la Columbia Británica, viviendo con Mormor y embarazada de mí.

Poco después de mi nacimiento, Daniel vino a Vancouver y trajo como obsequio una enorme canastilla con ropa de bebé. Le dijo a Astrid que me parecía a ET. Desde entonces lo veo una o dos veces al año, cuando viaja al oeste. Sigue siendo artista; por lo que sé, la mayor parte de su obra son esculturas que parecen cubos de Rubik. Pero no vende demasiadas, así que sigue trabajando como asistente en una galería para poder pagar las facturas.

Daniel me cae bien. Me alegra saber que existe, aunque sea, como dice Astrid, «un chico de diecinueve años atrapado en el cuerpo de un hombre de cuarenta». En ocasiones, cuando está de malas, dice que es mi Papá por Donación de Esperma.

No me gusta que lo llame así. Por lo general, lo llamo Daniel. Si no llamo a mi madre «mamá», no veo por qué debería llamarlo a él «papá».

Pero cuando entré en la furgoneta y Astrid me dio el teléfono, dije «Hola, papá» solo para molestarla. Funcionó; sus labios se fruncieron formando un pequeño nudo.

—Ey, Felix. Acabo de llegar a Vancouver. Perdón por avisarte en el último momento. He venido a una entrevista de trabajo. Pero Astrid dice que vas a irte de excursión. . .

—No. Aquí estaré.

—¡Genial! ¿Te parece si almorzamos juntos el domingo?

Me encanta almorzar. El almuerzo es el mejor invento de la humanidad. Desayuno y cena combinados. ¿Puede haber algo mejor?

—Claro.

—Invité a tu madre, pero dice que ya tiene planes.
Miré a Astrid a los ojos mientras respondía.
—Es cierto. No puede ir. Solo seremos tú y yo.
—¿Todavía vivís cerca de Burnaby? Por desgracia, no llevo coche.
—No te preocupes. Dime dónde y te veré ahí.
—Me estoy quedando en el lado oeste. ¿Quieres ir al Elbow Room?
—Claro.
—¿A las once?
—Perfecto.
—De acuerdo. Tengo muchas ganas de verte.
—Yo también.
Cuando colgué, Astrid tenía la vista clavada en mí. Su frente estaba arrugada por la angustia. Le sostuve la mirada sin parpadear hasta que la desvió.

Por la noche nos acostamos en nuestras camas y escuchamos la incesante lluvia.

—Felix —dijo Astrid en medio de la oscuridad—, sé que estás enfadado conmigo. Y no te culpo. Pero, por favor, no le cuentes nada. Yo arreglaré todo esto, lo prometo.

No respondí.

—Si le cuentas, podrían echar a andar cosas que no podríamos detener.

Vi cómo mi aliento flotaba en el aire. Mi nariz, la única parte de mi cuerpo que salía del saco para dormir, estaba fría. Antes de que oscureciera, cubrí la jaula de *Horacio* con una toalla con la esperanza de mantenerlo caliente.

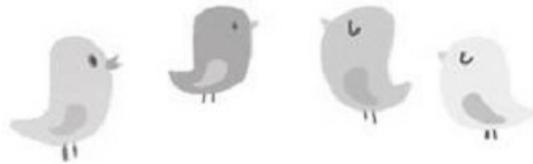
—Podrían alejarte de mi lado —añadió.

—Tal vez quiero que me alejen de tu lado.

Ninguno de los dos habló después de eso.

Fue un comentario cruel pero no me retracté, ni siquiera cuando la oí sollozar con la cara hundida bajo su almohada para que no la oyera.

Estaba a un metro de distancia de mí, ¿cómo no iba a oírla?



El Elbow Room ofrece una experiencia verdaderamente auténtica de Vancouver. Los desayunos son increíbles, y los camareros son sarcásticos y a veces groseros. Si no te acabas la comida del plato, te obligan a dar una donación a *A Loving Spoonful*, una organización de beneficencia que ayuda a personas con sida. Su lema es: «Hacemos comida y damos servicio. Si nos excedemos contigo es tu problema».

Estaba seguro de que nadie iba a recibir donaciones de mi parte, estaba hambriento. Además, no llevaba dinero, aunque eso no era un problema porque Daniel siempre pagaba.

—Para dos —le dije al camarero que me recibió en la puerta. Era un hombre alto y delgado con el pelo de punta. Cogió un par de cartas de menús y me condujo a una mesa en la parte trasera.

—¿Café?

—Té, por favor. Con mucha leche.

Me senté en una silla. La noche anterior decidí que le contaría la verdad a Daniel, aunque con ello me opusiera a los deseos de Astrid. Durante el trayecto en el autobús calculé cuánto dinero necesitaríamos para pagar el primer mes de alquiler y la fianza de un piso pequeño, más dos meses de colchón mientras Astrid conseguía otro trabajo.

Iba a pedirle a Daniel un préstamo de cinco mil dólares.

El estómago se me revolvió con solo pensar en ello.

Unos minutos después, el camarero colocó frente a mí una jarrita con té. Llené mi taza hasta la mitad, y luego agregué la leche y cuatro sobrecitos de azúcar. Se hicieron las once.

A las once y cuarto, Daniel todavía no había aparecido. Saqué mi teléfono para ver si me había mandado un mensaje. Estaba sin batería. No se me ocurrió llevarme el cargador.

—Chico, ¿vas a pedir algo o qué? —me preguntó el camarero. En su placa identificativa ponía QUENTIN.

—Estoy esperando a mi padre. Se está retrasando.

—Bueno, le doy cinco minutos para llegar. Si no, le asignaré esta mesa a otra persona. Tengo que vivir de algo, ¿sabes?

Sentí un ataque de pánico. Todo lo que llevaba encima era la tarjeta del autobús. Me pregunté si me dejarían lavar los platos a cambio del té, como en las películas. Se hicieron las once y veinte, y Daniel no llegaba. Quentin puso la cuenta sobre la mesa dando un manotazo.

—Bueno, chico, andando. Ve a pagar a la caja.

Me avergüenza contar lo que sucedió después.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Debían de estar merodeando muy cerca, porque empezaron a salirme de inmediato y cayeron una tras otra sobre la mesa.

El tono sarcástico de Quentin desapareció. Se sentó en la silla que estaba frente a mí.

—Oye, ¿qué te pasa?

—No tengo dinero. Se suponía que mi padre iba a pagar. Se suponía que iba a llegar a las once.

Mi estómago gruñó ruidosamente.

—Escucha, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. —Quentin se puso de pie—. Estoy seguro de que ahora llegará. Mientras tanto, te traeré un «leñador», ¿de acuerdo?

—Pero no tengo para...

—No le contestes a tus mayores —dijo con seriedad.

Su amabilidad hizo que me dieran ganas de llorar otra vez.

Mientras me zampaba mi cuarta loncha de bacon, Daniel entró de repente por la puerta del restaurante, acompañado de una corriente de aire frío y húmedo. Eran las 11.40. Se sacudió las gotas de lluvia del pelo, rizado como el mío pero negro y mucho más corto.

—¡Felix! Siento llegar tarde —dijo mientras se acercaba a la mesa.

Me levanté y me dio un abrazo de oso. Llevaba unos pantalones negros tejanos y una chaqueta de cuero negro. Pude sentir sus músculos; mi padre hace mucho ejercicio y, al igual que Astrid, tiene buena planta.

—Te he mandado un mensaje para avisarte que me iba a retrasar. ¿Lo has recibido?

—Se me ha agotado la batería.

Daniel se sentó frente a mí.

—Anoche fue una locura. Creo que ya estoy viejo para estar de fiesta hasta las cuatro de la mañana.

—Ah.

Se quitó la chaqueta.

—Pero no hablemos más de mí. ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien.

—Dímelo todo. ¿Cómo va el colegio?

—Todo bien. Estoy en el curso de inmersión lingüística de francés.

—*Mais c'est fantastique! Nous pouvons parler en français ensemble.* Yo crecí hablando francés y criollo con mis padres.

—Lo sé.

Esa era una de las principales razones por las que quise inscribirme en el curso. El padre de Daniel era de Haití, y su madre, de París. El francés era parte de mi herencia y, técnicamente, los padres de Daniel eran mis abuelos. Me daba la impresión de que Daniel no los veía mucho, y nadie mencionó jamás la posibilidad de que yo los conociera algún día. Ni siquiera estaba seguro de que supieran de mi existencia. Pero imaginé que, si llegaba a conocerlos, el hecho de que yo hablara francés ayudaría a romper el hielo.

—¿Qué más?

«Mi casa es una furgoneta y oficialmente vivimos bajo el umbral de la pobreza. Astrid siempre está deprimida.»

—Hice una audición para *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Están preparando una edición júnior.

—¡Increíble! ¿Y cómo te fue?

—Creo que muy bien, pero no me han dicho nada, así que no sé.

—Apuesto que pronto se pondrán en contacto contigo. Me gustaría enorgullecerme de tu inteligencia, pero toda la heredaste de tu madre. —Abrió su menú—. ¿Y qué hay del *amour*? ¿Tienes novia o novio?

Al igual que mi madre, Daniel no da nada por sentado.

—No. Bueno, hay una niña que me gusta. Winnie.

Levantó la mirada del menú y sonrió.

—Winnie. ¿Es guapa?

—Guapísima. Aunque es muy mandona, nunca calla.

—¡Ja! Igual que tu mamá.

¡Ugg!

—No lo había visto así.

—Por cierto —cerró el menú y me miró a los ojos—, ¿cómo está Astrid?

Elegí mis palabras con cuidado.

—Ha estado mejor.

—Mmm. Me lo imaginaba. ¿Qué le ocurre?

Dejé mi cuchillo y mi tenedor sobre la mesa y respiré hondo.

—Bueno, el padre errante por fin hace su aparición. —Quentin estaba a un lado de nuestra mesa, con las manos en la cintura y moviendo la cabeza de un lado a otro—. Hemos estado a punto de poner a tu hijo a lavar los platos.

Daniel le lanzó una sonrisa resplandeciente.

—Me merezco el reproche. ¿Podrías traerme un café y la tortilla Hilary Swank, por favor, con fruta en vez de patatas?

—No hacemos cambios en el menú. Pero tengo la impresión de que alguien se comerá esas patatas.

Quentin me guiñó un ojo y cogió la carta de Daniel. No pude evitar notar que Daniel lo seguía con la mirada conforme se alejaba. Esperé a que volviera a dirigir su atención hacia mí.

—Está en uno de sus bajones —dije.

—Lo lamento, Felix. ¿Alguna razón en particular?

—Bueno, otra vez ha vuelto a quedarse sin trabajo.

—Ay, Dios. Sé lo que es eso.

Sentí como si me desinflara.

—¿No tienes trabajo?

—Depende de a qué te refieras con trabajo. Si te refieres a crear en mi estudio durante diez horas al día, sí. Si te refieres a un trabajo por el que me paguen, no. Pero ¿qué puedo decir? La esperanza es lo último que se pierde. Sigo pensando que muy pronto tendré mi primera exposición individual.

—Creí que tenías un trabajo que te gustaba, en aquella galería.

—No. La galería cerró hace un año. —Notó la expresión de mi cara—. Ay, Felix, no te preocupes por mí.

«No lo hago. ¡Estoy preocupado por mí!», grité, pero solo en mi mente.

—Tengo lo suficiente para vivir, o casi. Trabajo de camarero en un bar, pinto escenografías, les cuido los perros a mis amigos. Llevo una buena vida. De hecho, estoy aquí porque vine a una entrevista de trabajo en otra galería... Uno nunca sabe. Si me dan el empleo y la paga es buena, tal vez podamos vernos con más frecuencia.

—Eso me gustaría —afirmé, y lo hice de corazón. Pero mi plan de pedirle un préstamo de cinco mil dólares a mi insolvente padre se desvaneció.

Quentin le entregó a mi padre su tortilla y trajo las patatas fritas en un plato aparte que puso frente a mí. Luego, él y Daniel estuvieron charlando un buen rato. Mis PDO me decían que aquello que estaba presenciando era un coqueteo de alto nivel.

Cuando Quentin se marchó, Daniel se inclinó sobre la mesa y puso sus manos sobre las mías.

—Mi entrevista de trabajo es esta tarde y mi vuelo sale esta noche, pero si quieres puedo cambiarlo para mañana. Puedo ir a hablar con tu madre.

Negué con la cabeza. Si no podía ayudarnos, ¿qué sentido tenía?

—No, no te preocupes. Estaremos bien.

Daniel le dio un sorbo a su café.

—Astrid es fuerte. Se recuperará. Siempre lo hace. —Le echó un vistazo a su teléfono—. Lo siento mucho, Felix, pero tengo que irme.

—No hay problema.

—Me encantaría que nos viéramos más seguido.

—Sí, a mí también.

Salimos a la calle y Daniel sacó su cartera.

—Sé que no es mucho, pero quiero que lo aceptes. —Me entregó dos billetes de cincuenta dólares—. Que esto quede entre los dos, ¿vale? Ya sabes cómo se pone Astrid cuando intento involucrarme.

Asentí y le di las gracias. Nos dimos un abrazo y finalmente se fue.

La puerta del restaurante se abrió de par en par y Quentin salió a la calle.

—Qué bien que aún estás aquí. Un tipo ha rechazado un sándwich Denver en perfectas condiciones solo porque el pan estaba «demasiado tostado». Le dije exactamente lo que pasó por mi mente. —Me ofreció una bolsa de papel—. Que tendríamos que tirar el sándwich a la basura. Hazme el favor de llevártelo. —Cogí la bolsa.

—Claro. Gracias.

Ambos miramos en dirección a mi padre, que se hacía cada vez más pequeño.

Una vez más sentí ganas de llorar, pues por primera vez caí en la cuenta de algo grande, gigantesco, abrumador: Astrid y Daniel eran unas personas maravillosas... pero no unos padres maravillosos.

Volví a pie. Era un camino largo, pero quería despejar mi mente.

Sentía los dos billetes de cincuenta dólares en mi bolsillo. Dada nuestra situación actual, cien dólares no servirían para solucionar nada. Así que tomé una decisión. Crucé el puente Burrard en dirección a West Fourth Avenue. Entré en Purdy's Chocolatier y compré una bolsita de chocolates con sal del Himalaya, los favoritos de Astrid.

Cuando llegué a donde estaba la furgoneta, en una calle cercana al parque Carnarvon, encontré a Astrid en el asiento del copiloto, todavía en pijama, leyendo *Middlemarch: Un estudio de la vida en provincias*. Su rostro estaba demacrado y pálido.

—Bueno, ¿y cómo ha ido?

Me encogí de hombros.

—Bien.

Su ansiedad era palpable. Podría decirse que llenaba la furgoneta.

—No le dije nada.

Su expresión se relajó. Le ofrecí el sándwich Dénver, pero insistió en compartirlo conmigo. Estaba delicioso.

Cuando terminamos, le dije que debíamos ir al centro social y darnos un buen baño.

—¿Por qué?

—Es una sorpresa.

A Astrid le encantan las sorpresas, al menos las agradables, así que me obedeció. Después de bañarnos, fuimos con la furgoneta al Wolf and Hound, un restaurante en Broadway, cerca de Alma. Yo pedí salchichas con puré; Astrid pidió curry. Ella bebió una cerveza y yo una Coca-Cola. El camarero me dejó conectar mi teléfono detrás de la barra para cargarlo.

Cuando terminamos de comer, le di a Astrid los chocolates, que comimos a escondidas mientras bebíamos té. Pagué la cuenta y todavía me sobró un poco de dinero.

Al salir, recogí mi teléfono. Tenía un montón de mensajes de Daniel, además de tres llamadas perdidas y un mensaje de voz, todos provenientes del código de área 416.

Sabía que el código era de Toronto, pero aquel número no era el de Daniel.

Mientras Astrid conducía de vuelta al parque Carnarvon, escuché el mensaje de voz. «Hola, Felix, al habla Nazneen Iravani de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Estoy tratando de localizarte. Por favor llámame mañana lo más temprano que puedas. Tengo buenas noticias.»



Casi no pude dormir. Repasé listas de capitales de estados, capitales de provincias, emperadores romanos y sitios del patrimonio mundial de la UNESCO, pero fue en vano. A las seis de la mañana me di por vencido. Saqué a *Horacio* de su jaula y lo acurruqué conmigo. Luego empecé a tirarme pedos, uno tras otro; mi estómago no estaba acostumbrado a unos alimentos tan condimentados como los que cenamos la noche anterior.

A las 6.15 oí que mi madre se removía en su cama.

—Por Dios, Felix, huele como si se hubiera muerto alguien.

—Lo siento.

Abrió un poco una ventana.

—Te has despertado temprano.

—No podía dormir.

—¿Qué hora es?

—Las seis y cuarto.

—Ya podrías llamar. Son las nueve y cuarto en Toronto.

Afuera todavía era de noche. Nos pusimos nuestras linternas de cabeza; yo guardé mi cama y desmonté la de Astrid.

—Quisiera un poco de privacidad —dije.

—Iré a aseoarme. —Cogió su kit de aseo personal y apretó mi mano. Finalmente, salió en dirección a los baños públicos del parque—. Buena suerte.

Marqué el número. Alguien contestó después del tercer timbrado.

—Nazneen Iravani. —Sonaba muy profesional.

—Hola, Nazneen. Soy Felix Knutsson, me llamaste.

—Felix, qué bien. Tengo el placer de informarte que eres uno de los seleccionados para concursar en nuestra edición júnior.

Abrí la boca, pero no salieron palabras.

—¿Felix? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí.

—¿Estás contento?

—Mucho.

—Bien. Nos dejaste muy impresionados con tus conocimientos y también con tu personalidad. Pero, bueno, voy a enviarte por correo electrónico un montón de formularios que debes rellenar, y además un contrato. Debéis firmarlos tú y tu padre o tutor, y enviarnoslos lo antes posible, ¿okey?

—*Okey*.

—Vamos a grabar la ronda inicial de la edición júnior en Vancouver. Si tiene éxito, la repetiremos cada año y la llevaremos a otras partes de Canadá.

—*Okey*.

—Empezaremos dentro de dos semanas contando a partir de hoy. Los programas se retransmitirán en directo a todo el país.

—*Okey*.

—Un chófer os recogerá a ti y a tu padre o tutor el domingo 27 de noviembre a mediodía. Solo confírmame tu dirección.

Leyó la que yo puse en mi solicitud original *on-line*, la misma que Astrid puso en la solicitud de inscripción a mi colegio.

—Sí —dije—, es correcta.

Astrid y yo podríamos esperar afuera de las oficinas del señor Poplowski en la fecha señalada.

—Cada día de la semana habrá cuatro concursantes. El orden se determinó al azar. A ti te ha tocado el lunes. Los ganadores de cada día, lunes, martes, miércoles y jueves, competirán por el gran premio el viernes. Así que ponte a estudiar. —Nazneen dijo todo esto a gran velocidad; era obvio que tuvo que repetírselo a cada uno de los concursantes—. Os hospedaremos a ti y a tu padre o tutor en el Sunshine Inn durante el tiempo en que estés participando. Como vives en Vancouver, invita a todos tus amigos y familiares a que asistan como público a las grabaciones. Queremos que el lugar esté a reventar, con toda la energía posible.

Mi mente se quedaba atascada en ciertas palabras. «Chófer.» «Sunshine Inn.» Pero enseguida las sustituyeron las que dijo antes de colgar:

—Felicidades, Felix. Podrías ser el ganador de veinticinco mil dólares.

Cuando abrí la puerta del baño de mujeres, Astrid estaba en sujetador frente a uno de los lavabos, lavándose las axilas.

—¡Me han seleccionado! ¡Soy uno de los concursantes!

Mi emoción se apagó un poco cuando vi lo delgada que estaba. Como últimamente le daba por ponerse no sé cuántas capas de jerséis, no había notado cuánto peso había perdido.

En su rostro apareció una gran sonrisa. Me cogió entre sus brazos y me estrechó con fuerza.

—¡Felix, es maravilloso! ¡Felicidades!

—¡Aaagh, mi cabeza está tocando tu sujetador!

Me soltó y se puso una blusa. Era una de sus prendas para la búsqueda de empleo, así que mis esperanzas se renovaron.

—Estoy muy orgullosa de ti —exclamó.

—¡El gran premio son veinticinco mil dólares! Si gano, podríamos alquilar un piso e invertir parte del dinero. Te daría tiempo para recuperarte y aún nos podría quedar algo de reserva.

Su sonrisa se desvaneció.

—Y, aunque no gane el concurso, me darán mil dólares solo por participar. Si llego a la final, recibiré otros dos mil quinientos. ¡Tres mil quinientos dólares en total! Suficiente para un mes de alquiler y la fianza. Lo mires por donde lo mires, salimos ganando.

Me miró a través del espejo.

—Felix. Ese dinero es tuyo. Sea lo que sea que ganes, es tuyo.

—No, es nuestro.

Negó con la cabeza.

—Mamá —dije, luego me corregí—: Astrid. Quiero un techo sobre mi cabeza. Quiero una ducha. Quiero una taza de váter. No quiero tener las orejas frías todo el tiempo. Quiero mi propio cuarto. Quiero una puerta que pueda cerrar.

—Y yo quiero que tengas todas esas cosas.

Esta vez yo la abracé.

—Tienes razón. Es mi dinero, o sea que puedo hacer con él lo que quiera.

—Bueno, esperemos que esta discusión sea irrelevante pronto. Hoy empiezo a buscar trabajo de nuevo, así que deséame suerte.

—Suerte —dije.

Caminé hacia el colegio dando brincos de felicidad, literalmente dando brincos. Decidí no darles la noticia a Dylan y a Winnie por mensaje de texto. Quería decírselo en persona.

Los encontré junto a la taquilla de Winnie, conversando acaloradamente. Corrí hacia ellos.

—¡Ey, chicos!

Su conversación se detuvo abruptamente. Parecían dos mapaches a los que hubieran sorprendido hurgando en la basura. Mis PDO me dijeron que algo no andaba bien.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se miraron el uno al otro, pero no dijeron nada.

—¿Qué?

Winnie le dio un codazo a Dylan, y él comenzó a hablar.

—El fin de semana he tenido un torneo de kárate.

—Sí, ya lo sé. ¿Cómo te fue?

—Era por la zona de Main y King Edward. Iba caminando hacia la parada de autobús y pensé: «Voy a pararme en casa de Felix».

Se me puso la piel de gallina.

—Rodeé la casa y toqué en la puerta del sótano —continuó Dylan—. Ya sabes. El sótano donde dijiste que vivías.

«Ay, no.»

—Una mujer abrió la puerta. Estaba enfadada. Me preguntó qué estaba haciendo en su jardín. — Dylan me miró directamente a los ojos—. Le dije que estaba buscando a Felix Knutsson.

Desvié la mirada.

—Empezó a decir que estaba muy preocupada por ti y por tu madre, que Astrid no respondía sus mensajes de texto, que vuestras cosas llevaban meses en su sótano y luego dijo algo de que... ¿tu madre entró a escondidas en su casa?

A veces, cuando *Horacio* se asusta, se queda completamente quieto. Como si pensara que así nadie lo ve.

Me di cuenta de que yo estaba actuando igual.

—Parecía muy preocupada, Felix. Quería saber dónde vivíais, pero yo le dije que no tenía ni idea. Luego me preguntó a qué colegio iba, desde cuándo te conocía, y que cómo estabas. Dijo que... que le preocupaba que no estuvieras seguro.

Aquel comentario hizo que saliera de mi parálisis.

—Eso es ridículo.

—Felix —dijo Winnie—. ¿Qué está ocurriendo?

Intenté organizar mis pensamientos.

—¿Se lo contaste a tus padres? —le pregunté a Dylan.

—No. Quería hablar contigo primero.

La adrenalina corría por mis venas, pero no adrenalina buena, sino adrenalina de miedo. Me sentía como un animal atrapado. ¿Luchar o huir?

Elegí huir. Me alejé de ellos y salí del colegio. Me estuvieron gritando, pero no hice caso.

Caminé por la calle Broadway. No tenía ni idea de qué hacía ni adónde iba. Cuando me acerqué a la *Ahmadi Grocery*, vi que el señor *Ahmadi* estaba fuera apilando una pirámide de naranjas.

Mi primer impulso fue cruzar a la acera opuesta, pero cambié de opinión. Respiré hondo y caminé hacia él.

—Hola, señor *Ahmadi*. —La voz me tembló un poco.

Me miró con expresión seria.

—Felix, ¿cierto?

—Sí.

—¿No deberías estar en clase?

—Hoy es día de actividades de desarrollo profesional para los profesores.

—¿En serio? Qué raro. ¿Por qué no hay más chicos en la calle?

—Estaba preguntándome si podía ayudarlo. Para compensar lo de... ya sabe. No robaré nada, lo prometo.

El señor *Ahmadi* miró hacia el interior de la tienda. Yo alcancé a ver a la señora *Ahmadi*, que leía una revista detrás del mostrador.

—De acuerdo.

Me dejó apilar naranjas mientras él apilaba manzanas a unos pocos pasos. Seguimos con las cebollas y luego con los boniatos. En cierto momento salió la señora *Ahmadi*, que me saludó inclinando la cabeza. Luego habló en voz baja con su marido y volvió a entrar en la tienda.

—¿Has desayunado esta mañana? —preguntó.

—Sí —mentí—. No.

Me tendió un plátano.

—Está magullado. No puedo venderlo. Me harías un favor. No me gusta tirar fruta que está en perfecto estado.

—Gracias.

Se encogió de hombros.

—Sé lo que es tener hambre.

—¿En serio? —dije con la boca llena.

—Antes de venir a Canadá, mi esposa y yo vivimos durante dos años en un campo de refugiados.

—Ah. Eso debió de ser muy duro.

El sentimiento de culpa por mi pequeño robo y por los pequeños y numerosos robos de Astrid aumentó al instante.

—¿Quieres decirme la verdadera razón por la que no estás en el colegio?

Bajé la vista hacia mis pies.

—¿Usted tiene amigos cercanos?

—Mi esposa. Y Oscar y Mohammed. Jugamos al ajedrez dos veces a la semana.

—¿Tiene secretos que no les cuenta?

El señor Ahmadi reflexionó unos instantes.

—Lo más fácil sería decirte que no, pero no sería totalmente verdad. Hay ciertas cosas que no comparto con mis amigos del ajedrez. Cosas de mi pasado que creo que es mejor dejar ahí. Pero a mi esposa no le oculto nada. —De repente empezó a reír ruidosamente—. Excepto los donuts que me como en Tim Hortons. Dice que me engordan. —Se dio unas palmadas en la barriga y volvió a reír—. ¡Y tiene razón!

Su risa era contagiosa y también reí.

—No sé cuál será tu secreto —dijo el señor Ahmadi—, pero puedo ver que es una carga para ti. ¿Hay alguien a quien te gustaría contárselo?

Asentí.

—¿Alguien en quien confías?

Asentí.

Elevó sus pobladas cejas.

—Entonces ¿a qué estás esperando?

Mientras yo reflexionaba al respecto, la señora Ahmadi llamó a su marido desde el interior de la tienda.

—Hora de almorzar —dijo al tiempo que se quitaba los guantes.

—Iré a...

—No irás a ningún lado. Almorzarás con nosotros. La señora Ahmadi se sentiría ofendida si no lo hicieras.

Caminamos hacia la parte trasera del mostrador. La señora Ahmadi colocó una bandeja con sándwiches y refrescos.

—Come, come —me dijo.

El señor y la señora Ahmadi se sentaron en unos bancos; yo me senté en una caja de botes de leche. Me comí tres sándwiches. La señora Ahmadi se llevó la bandeja y regresó poco después con una tetera y con unas galletas redondas y blancas con pistachos incrustados en el centro.

—Qué buena pinta tienen —dije.

—Hechas en casa —explicó la señora Ahmadi—. Receta siria.

—Sírvete —me pidió el señor Ahmadi. Bebí dos tazas del delicioso té dulce y cuatro galletas. Luego le ayudé al señor Ahmadi a colocar otras cajas de alimentos. Cuando me fui, la señora Ahmadi me dio una caja de plástico llena de galletas y una bolsa llena de fruta.

—Por tu duro trabajo —dijo.

Me alejé de la tienda con las galletas y la fruta y una decisión.

Ya estaba harto de mentirles a mis dos mejores amigos.
Era hora de probar con la verdad.

Cuando llegué al colegio ya eran casi las dos, así que decidí no entrar. Le envié un mensaje de texto a Astrid. «¿Dónde estás?»

«Buscando trabajo. Llegaré sobre las 6.»

Perfecto.

Esperé frente a la puerta principal del colegio. Cuando Dylan y Winnie salieron, ella me dio un puñetazo en el brazo, bien fuerte.

—¿Dónde has estado todo el día? Estábamos preocupados.

—¿Os tenéis que ir pronto a casa? —les pregunté.

Los dos negaron con la cabeza.

—Bien. Venid conmigo.

Caminamos hacia el parque Carnarvon. Estaba lloviendo, pero no demasiado fuerte.

—¿Vas a decirnos qué está pasando? —preguntó Dylan.

—Es más fácil si os lo enseño. —Los dos estuvieron más callados que nunca, así que intenté llenar el silencio—. Quería contaros algo. Me han seleccionado para concursar en *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*.

—¡Félix, eso es alucinante! —exclamó Dylan.

—Sí, qué bien —añadió Winnie, aunque era evidente que estaba distraída.

Tardamos unos diez minutos en llegar al parque.

—Antes de que os enseñe lo que os voy a enseñar, debéis saber que es algo temporal. Sobre todo ahora que voy a estar en *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. —Señalé hacia delante—. Ahí es donde vivo.

—¿Esa casa, cruzando la calle? —preguntó Winnie.

—No. Ahí.

Se mantuvieron en silencio unos instantes. Dylan fue el primero que lo captó.

—¿En la furgoneta?

Asentí.

—Es una combi.

—Guau. Eh... ¿por qué?

—Últimamente mi madre no tiene mucha suerte con los trabajos.

—Ah.

—¿Hace cuánto que vivís aquí? —preguntó Winnie.

—Desde agosto.

—Son cuatro meses. Eso no suena a algo temporal.

Mi mandíbula se puso tensa.

—Pues lo es. Porque de una u otra manera ganaré dinero suficiente para que podamos alquilar un piso. Voy a ganar al menos mil dólares, solo por participar.

—Mil dólares no es nada en Vancouver —dijo Winnie—. Y sobre ganar... no te ofendas, pero es una posibilidad muy remota.

Me dieron ganas de estirarle la boina hasta los ojos.

—¿Podemos mirar adentro?

—Claro.

Le quité el seguro a la puerta lateral y la abrí.

Winnie se cubrió la nariz. Astrid y yo no lavábamos las sábanas ni los sacos para dormir desde hacía mucho tiempo, además de que tuve muchos gases aquella mañana.

—Es porque lleva cerrada todo el día —expliqué.

Dylan no pareció notar el olor. Subimos al interior. Lo primero que hice fue presentarles a *Horacio Blass* y dejar que lo cogieran por turnos. Luego les enseñé las características de la Westfalia. Levanté el techo para enseñarles dónde dormía.

—¡Genial! —exclamó Dylan. Luego miró el salpicadero—. ¡No puede ser! ¡Mel! ¡Me acuerdo muy bien de tu tim-tom!

—Tomte —lo corregí.

Les di a cada uno una barrita de cereales y monté la mesa. Giré los asientos delanteros de manera que los tres pudiéramos sentarnos.

—¿Lo veis? No está tan mal.

Winnie se aclaró la garganta.

—Si no está tan mal, ¿por qué nos mentiste?

—Mi madre creyó que era lo mejor.

—¿Por qué?

—Le preocupa que si la gente se entera, el Ministerio para el Desarrollo Infantil y Familiar se involucre y me lleven a una casa de acogida.

—¡Uf! —exclamó Dylan.

—¿Y por qué no tiene trabajo tu madre? —preguntó Winnie.

—Ha tenido muchos trabajos —dije sintiéndome irritado de nuevo—, pero no siempre le funcionan.

—¿Por qué no?

—Porque sus jefes son unos idiotas. Y porque... —Me detuve. «Porque ella les tira bebidas a los clientes. Porque es una bocazas»—. ¿A qué viene el interrogatorio?

—Solo estoy tratando de entender.

—No soy un sujeto para tu próximo artículo de fondo, Winnie. No todos tenemos tanta suerte como tú. No todos tenemos dos padres con buenos empleos.

—¿Y tu padre? —preguntó Dylan.

—¿Tienes padre? —preguntó Winnie.

—Claro que tengo padre.

—¿Dónde está?

—En Toronto.

—¿Sabe que vives en una furgoneta? —preguntó ella.

—No.

—Debería. Si lo supiera...

—Estoy bien, ¿de acuerdo? —Empezaba a arrepentirme de haberles contado la verdad.

Winnie arrugó la frente.

—Felix, no estás bien. Hay días que te duermes sobre tu pupitre. Días que no llevas almuerzo y estás muriéndote de hambre.

—Y días en los que apestas —agregó Dylan.

Viniendo de alguien para quien la higiene era una prioridad tan baja, ese comentario dolió.

Pero antes de que pudiera replicar, la puerta de la furgoneta se abrió.

—¡Vaya, hola! —dijo mi madre.

Astrid tenía una amplia sonrisa. Demasiado amplia. Me pregunté cuánto de nuestra conversación había escuchado.

—Dylan, qué alegría verte. Santo cielo, cuánto has crecido.

—Hola, señora Knutsson. Cuánto tiempo sin vernos.

—Por favor, llámame Astrid. Y tú —se volvió hacia Winnie— debes de ser Winnie.

—Encantada de conocerla, mamá de Felix.

—Veo que Felix os ha estado enseñando nuestra casa temporal. En cuanto terminen los fumigadores regresaremos a nuestro piso. Mientras tanto, estamos divirtiéndonos, ¿no es así, Felix?

El silencio se prolongó bastante.

—Ah... Astrid... Ya lo saben todo. Dylan fue a casa de Soleil el fin de semana.

Una sombra de ira —¿o era temor?— cruzó la expresión de Astrid.

—Disculpa, ¿de qué conocías a Soleil? —le preguntó a Dylan.

Dylan me lanzó una mirada.

—No la conocía. No la conozco...

—Es una larga historia —dije lanzándole a mi madre una mirada de súplica. «Por favor, no empeores esto delante de mis amigos»—. Te la contaré después.

La tensión se cernía sobre nosotros como una manta pesada.

Winnie se aclaró la garganta.

—Bueno, mucho gusto de conocerla, señora Knutsson...

—Señorita —la corrigió Astrid.

—Tenemos que irnos, ¿verdad, Dylan?

Dylan sacó a *Horacio* del bolsillo de su abrigo y me lo puso en la mano.

—Por supuesto.

Los dos bajaron de la furgoneta. Astrid se quedó al lado de la puerta abierta, juntando los dientes para formar lo que en teoría era una sonrisa, pero que más bien parecía un gesto salido de una película de terror.

Winnie puso una mano sobre mi brazo.

—Te veré mañana. Ya hablaremos entonces.

Parecía una amenaza.

Probablemente lo era.

Le conté todo a Astrid mientras dábamos vueltas alrededor del parque. Cuanto más le contaba, más rápido caminaba; hacia el final me costaba trabajo seguirle el paso.

—¿Qué le dijo Dylan a Soleil?

—No mucho. Solo le preguntó si yo estaba en casa. Soleil ató cabos.

Astrid se oprimió la frente con las manos.

—*Fanken!* —gritó. Aunque maldijo en sueco, una persona que paseaba a su perro se volvió a mirarnos—. ¿Qué dijo Soleil?

Titubeé.

—No sé.

—Felix, no trates de mentir. Ya sabes que no eres bueno para eso.

—¡Tal vez no quiero ser bueno para eso, Astrid! ¡Tal vez no creo que esa sea una cualidad en una persona!

La lluvia empezaba a arreciar. Astrid todavía tenía su abrigo y yo solo llevaba mi camiseta vieja de YO ♥ HÁMSTERES.

—Pero... Por favor, dime qué dijo Soleil.

—Dijo que ha intentado comunicarse contigo. Dijo que estaba segura de que te metiste en su casa. Dijo que... —Me detuve.

—¿Dijo que...?

—Que estaba preocupada por mí.

Astrid se pasó una mano por el pelo.

—Ah, esa sí que es buena. Pero que muy buena. Tuvo una niñera a tiempo completo que prácticamente crio a esos niños, ¿y pone en tela de juicio la manera como educó a mi hijo?

El viento también arreciaba. Mi camiseta y mis pantalones tejanos estaban calados de agua. Crucé los brazos alrededor del cuerpo.

—Mamá —dije—. Me estoy congelando.

Ella se volvió hacia mí y fue como si me viera por primera vez. Frunció el ceño.

—¡Ay, Dios mío! Felix, estás empapado. —Se quitó el abrigo y lo colocó sobre mis hombros—. Vamos a casa.

—A casa. Buen chiste.

No hizo caso a mi comentario. Caminamos rápidamente hacia la furgoneta.

Pese a todos los esfuerzos de Astrid, no logré calentarme. Hizo que me quitara toda la ropa y que me metiera en un saco de dormir, y puso su saco sobre el mío.

Calentó unas latas de sopa de fideos y pollo para la cena. Yo estaba harto de la sopa, harto de la comida enlatada. Pero comí lo que pude, siempre envuelto en el saco de dormir.

Mientras ella lavaba los platos preguntó:

—¿Dylan le dijo a Soleil a qué colegio iba?

—Sí, creo que sí.

—Entonces sabe a qué colegio vas tú.

—Sí.

—No confío en ella, Felix. Podría estropearnos la vida.

—Supongo que quieres decir «estropearnos más». —No pude contenerme.

Astrid no oyó lo que dije, o fingió no oírlo. Guardó los platos en la alacena.

—Creo que lo mejor será cambiarte de colegio.

—No.

—No será tan fácil, pero puedo hacer que te trasladen a otra parte. Quizá incluso a otra ciudad.
Tal vez en la isla de Vancouver...

—No. Definitivamente no. De ninguna manera.

Suspiró.

—En realidad, no es decisión tuya, Felix. Sigo siendo tu madre.

Resoplé por la nariz.

—Casi me lo creo.

No respondió.

—Estoy feliz, Astrid. No con esto —dije señalando el interior de la furgoneta—, sino con el colegio, con el francés, con mis amigos. No puedes quitarme eso.

—Solo intento mantenernos a salvo.

—Ah, ¿sí? Tal vez solo intentas mantenerte a salvo a ti. No creo que pienses demasiado en mí.

Parecía herida.

—Eso no es cierto. Eres en lo único en lo que pienso.

—Entonces escucha, por favor. No iré a ninguna parte. Si intentas obligarme, me escaparé. Se lo contaré a mis amigos. Se lo contaré a mi maestro.

—Y te pondrán en un hogar de acogida.

—¡Al menos en un hogar de acogida tendré una maldita taza de váter!

Se quedó callada unos instantes. Luego empezó el llanto.

Me quedé inmóvil. No tenía ganas de abrazarla. No tenía ganas de tocarla.

—Lo siento, Felix. Me he esforzado mucho. Espero que te des cuenta de que nada de esto es por mi culpa.

Reflexioné acerca de ese comentario. Luego le dije lo que pensaba:

—Bueno, no creo que nada de esto no sea por tu culpa.

Eso la hizo llorar aún más fuerte, pero no me retracté.



A la mañana siguiente me desperté con tos.

—Tal vez no deberías ir a clase —dijo Astrid mientras me daba una taza de té con limón y miel. Era evidente que se sentía culpable, lo cual me beneficiaba.

—¿Y hacer qué? ¿Quedarme todo el día en esta furgoneta helada? Sí, seguro que eso me irá bien. Suspiró.

—Supongo que al ser yo una maestra del sarcasmo, no debería sorprenderme que tú te hayas vuelto tan bueno en ello.

Hurgó en una de las alacenas y sacó un paquete de seis bizcochos. Me dio dos.

—¿Los has pagado?

—Por supuesto.

—Comprenderás mi escepticismo.

—Felix, ya es suficiente.

Cuando llegué al colegio, Winnie y Dylan estaban esperándome en mi taquilla. Respiré hondo y fui hacia ellos como si nada.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió Dylan.

—¿Me dejáis abrir mi taquilla?

Los dos se hicieron a un lado sin decir palabra.

—Sí, sí, ya sé —dije—. Estáis atónitos porque vuestro amigo logró entrar en *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. De un día para otro me he convertido en una celebridad y de repente ya no sabéis qué decir en mi presencia.

Dylan rio un poco.

—Estoy muy feliz por ti.

—Son muy buenas noticias —admitió Winnie—. Pero...

—Pero también queréis decirme que haréis todo lo posible para ayudarme a preparar el programa, que será en solo dos semanas.

—Absolutamente —dijo Dylan—. Anoche se lo conté a Alberta y a Henry, y los dos están dispuestos a ayudarte.

Sentí una punzada en mi duodeno.

—No mencionaste nada de lo otro, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Pero acerca de eso otro... —empezó a decir Winnie.

Cerré de un portazo la puerta de mi taquilla.

—Va a empezar la clase.

Winnie frunció los labios.

—Felix, deja de tergiversar. «Tergiversar» significa...

—«Trastocar, dar una interpretación forzada a las palabras». Sé lo que significa. Tal vez sea una de las preguntas del programa.

—¡Felix! —Su voz se elevó una octava—. ¡Vives en la calle!

Miré alrededor, temeroso de que alguien la oyera.

—No vivo en la calle.

—Vives en una furgoneta. Una furgoneta apestosa y con goteras.

—Sólo hay una gotera y es muy pequeña.

—No podéis seguir viviendo así.

—Ya te lo dije, no seguiremos viviendo así.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué está haciendo tu madre para arreglar la situación?

—Está buscando trabajo.

—Pero tú mismo lo dijiste: no puede mantener un trabajo. ¿Ha pedido ayuda? ¿Una vivienda social? ¿A la beneficencia pública? ¿Algo?

—No, porque, como ya os dije, esto es algo temporal. Además, mi madre es muy orgullosa.

—¿Está orgullosa de que su hijo viva en una furgoneta durante casi cuatro meses? ¿Orgullosa de que no puede mantener un empleo? ¿Orgullosa de que no comas de forma adecuada?

Estaba tan furioso que el cuerpo me empezó a temblar. Miré a Dylan buscando su apoyo, no dijo ni una palabra.

Se encogió de hombros.

—En eso tiene razón. Y en todo lo demás también.

—Vuestros padres tampoco son perfectos —repliqué.

—Ni de lejos —dijo Dylan—. Mi padre cuenta chistes malísimos. Y tanto él como mi madre son pésimos para la cocina.

—Y tu casa es una pocilga —agregué con crueldad, deliberadamente, odiándome al instante por ello.

—Oye —musitó Dylan.

—Y tu padre odia el pan que preparas. Sólo finge que le gusta —despotriqué contra Winnie sólo para odiarme más.

El labio inferior de Winnie empezó a temblar.

—Todo eso es muy diferente y lo sabes.

—No me importa lo que penséis. Astrid es una buena madre.

—¿Lo es? ¿En serio?

—Winnie... —dijo Dylan en tono de advertencia.

Winnie abrió la boca, pero luego la cerró. Supongo que, para variar, decidió pensar antes de hablar. Respiró hondo.

—Sigo pensando que deberíamos hablar con alguien. Como Monsieur Thibault. Debe de saber con quién podrían ponerse en contacto...

—¡No! —Sentí que una conocida sensación de pánico trepaba por mi garganta—. Si se lo decís, podrían cambiarme de colegio. Podría perder a mi madre para siempre. Ella me necesita. Yo la necesito. Os lo conté todo porque no os quería seguir mintiendo, pero si vais y lo contáis... nuestra amistad habrá terminado para siempre. Jamás volvería a hablar con ninguno de los dos.

—¿Recuerdas cuando estábamos en tercero y salí al patio en calcetines a la hora del recreo? —preguntó Dylan—. ¿Que pisé una caca de perro, y echamos mis calcetines al retrete y, al tirar de la cadena, todo se inundó?

Asentí.

—Esa vez hicimos una promesa enlazando los meñiques: que nadie delataría nunca al otro —continuó—. Así que no se lo contaré a nadie.

Ambos nos volvimos para mirar a Winnie.

Titubeó. Y finalmente dijo:

—Bueno, está bien. Pero solo hasta que termine el curso. Después de eso, si las cosas no cambian... no prometo nada.

—Con eso me basta —dije.

Al fin y al cabo, para cuando terminara el curso nuestros problemas estarían resueltos.



Empecé a estudiar a todas horas. Nunca me había dedicado a nada con tanto ahínco ni tanta concentración.

Por suerte, no tuve que hacerlo solo. Dylan y Winnie anunciaron en clase lo de mi participación en el programa, y Monsieur Thibault decidió que durante quince minutos al día, mis compañeros me harían preguntas en francés. Todos participaron de buena gana, excepto Donald, que me pedía cosas como «Deletrea “testículo” al revés», y luego se ponía a reír.

Después de clases iba a casa de Dylan, donde él, Winnie y a veces Alberta y Henry ponían a prueba mis conocimientos sobre arte, novelas, descubrimientos científicos, historia, geografía, guerras, química, matemáticas, cultura popular, flora y fauna, constelaciones, sucesos contemporáneos, ortografía... Pensaban en todo.

—¿Quién escribió en 1897 el clásico *Drácula*?

—Bram Stoker.

—¿El descubrimiento de qué sustancia redujo drásticamente las enfermedades y muertes causadas por bacterias?

—Penicilina.

—¿Bajo qué cargo se logró encarcelar finalmente al gánster de Chicago Al Capone?

—Evasión de impuestos.

—¿Dónde estuvo prisionero?

—Alcatraz.

—¿Cuándo fue asesinado el archiduque Fernando?

—1914.

—Sé más específico.

—Ni idea.

—28 de junio de 1914.

A las cinco en punto poníamos *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, y yo trataba de adivinar las respuestas antes que los participantes. Winnie no podía contenerse, también gritaba las respuestas y luego sonreía con descaro cuando me ganaba.

Dylan me dejó usar la oficina que su padre tenía en casa para imprimir el contrato que Nazneen me envió por correo electrónico. Era larguísimo y superaburrido. Renuncié a leerlo después de la primera página. Luego falsifiqué la firma de mi madre para ganar tiempo, escaneé las páginas necesarias y se las envié a Nazneen.

También me disculpé con Dylan como veinte millones de veces.

—Me encanta tu casa —volví a decirle una tarde mientras calentábamos empanadas en el microondas.

—Sí, hombre...

—No sé qué me pasó, sólo quería herirte...

—Está bien, en serio, ya lo he superado...

—Eres... eres el mejor amigo que he tenido jamás.

De repente se oyó un ¡pum! amortiguado. Dylan abrió el microondas. Las empanadas habían explotado. Aquello era una masacre de queso y salsa de tomate.

—¿Lo ves? —dijo Dylan—. Ese ha sido Bernard diciéndote que te calles ya.

Me abstuve de señalar que Dylan programó por accidente treinta minutos para calentar las empanadas en lugar de tres.

Su explicación era mejor.

Winnie y yo nos reunimos con Charlie Tuyen.

—No podré escribir nada para la edición de noviembre —informé.

—No hay problema —contestó—. Haremos que este mes la sección de francés sea más corta.

—Eso no será necesario —dijo Winnie—. Voy a escribir un artículo que requerirá bastante espacio.

—¿Cuál será el tema esta vez? —preguntó Charlie—. ¿Cambio climático? ¿Hambrunas? ¿Genocidios?

—Todas son excelentes sugerencias, pero no. Escribiré sobre Felix.

Era la primera noticia que yo tenía al respecto.

—¿Y qué vas a escribir sobre mí?

—Sobre tu participación en el concurso más popular de Canadá, tontito.

—No puedo creer que vaya a decir esto —dijo Charlie—, pero es una gran idea.

—¡Perfecto! —exclamó Winnie. Entonces cogió mi mano y la apretó. Yo apreté la suya.

Todavía me resultaba irritante. Pero también me provocaba una sensación de calidez y de felicidad.

Casi todas las noches no regresaba a la furgoneta hasta las ocho. Por lo general, Astrid ya estaba en su cama, cubierta de sábanas, leyendo a la luz de su linterna. Nuestras conversaciones eran breves.

—¿Quieres que te haga preguntas?

—No, gracias, ya no puedo más.

—Me imagino.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo?

—Bien, bien.

—¿Algún empleo a la vista?

—Serás el primero en saberlo.

La monotonía de su voz resultaba reveladora, y estaba seguro de que tenía uno de sus bajones. Pero no podía ocuparme de ello, sobre todo ahora que tenía trabajo que hacer.

Ahora que la solución a nuestros problemas estaba en mis manos.

Entonces, cuando solo faltaba una semana para el programa, me puse enfermo. Me puse muy enfermo.

Mi tos se transformó en fiebre y diarrea. Tener diarrea no es divertido ni en las mejores circunstancias. Tener diarrea cuando vives en una furgoneta, bueno... digamos que es asqueroso. Literal y figuradamente.

El viernes por la mañana intenté levantarme y casi me desmayo a causa del esfuerzo. Astrid no me dejó ir al colegio.

—Te llevaré al médico.

Fuimos a una clínica ambulatoria en la furgoneta.

—Infección viral en las vías respiratorias —dijo el doctor, que en ningún momento se quitó la mascarilla—. Asegúrese de que descanse y de que tome muchos líquidos. Si empeora, llámeme.

Astrid aparcó la furgoneta en Spanish Banks para que tuviera vistas al océano. Me acostó en su cama y me puso encima todos los sacos de dormir y mantas que teníamos. Era un día frío y lluvioso. Me obligó a beber un montón de agua y Gatorade, y puso un cubo en el suelo.

—Por si hay alguna emergencia. No te contengas, Felix, no me molesta vaciarlo.

Entonces empezó a ponerse los zapatos.

—¿Adónde vas?

—A comprar un calentador nuevo. —Puso una mano sobre mi frente febril—. Regreso en media hora.

Bajó de la furgoneta y cerró la puerta.

Saqué a *Horacio* de su jaula y lo puse sobre mi pecho. Me olfateó la cara. También estaba raro últimamente, como si tuviera su propio bajón en miniatura. Estaba aletargado y casi no comía. Besé su cabecita peluda y lo devolví a su jaula.

Me pasé dormitando la mayor parte del día. Tuve los sueños más locos. Astrid y yo estábamos en una mansión palaciega, recorriendo las enormes estancias en compañía del mismísimo Horacio Blass. Pero luego él se convertía en *Horacio* el hámster y la casa empezaba a hundirse porque estaba construida sobre un pantano. Al poco rato estábamos caminando entre el barro, tratando de escapar, pero ese barro era como arenas movedizas. Entonces oíamos una risa espeluznante. Era mi tomte. Cobraba vida y se reía al ver cómo nos hundíamos...

Desperté con un sobresalto justo cuando el lodo me llegaba a la cintura.

—¿Astrid?

Todavía no había regresado. Logré echarle un vistazo a mi teléfono. Eran más de la una de la tarde. ¿Ha venido y se ha vuelto a ir? No tenía ni idea. Me volví hacia la jaula de *Horacio*. Estaba enterrado bajo sus virutas de madera.

—Espero que no tengas lo que yo tengo —murmuré. Luego volví a sumirme en un sueño febril.

En esa ocasión soñé con mi padre. Los tres vivíamos en un *loft* en lo que supuestamente era Toronto, aunque yo nunca he estado ahí. Solo recuerdo que era feliz. Cuando volví a despertar estaba un poco mejor, como si me hubiera bajado la fiebre. La luz se había ido, fuera casi era de noche.

—¿Astrid?

Aún no había llegado. Miré mi teléfono. Las cuatro de la tarde.

La llamé. Saltó directamente el buzón de voz.

Mis PDO me dijeron que algo estaba muy mal.

Una oleada de temor se levantó en mi estómago.

Intenté enviarle un mensaje mental. Lo hice con todas mis fuerzas.

Me incorporé. No usé el cubo en todo el día y no quería usarlo ahora. Todavía estaba débil, pero me puse un suéter sobre el pijama y salí al baño.

Cuando regresé a la furgoneta la volví a llamar.

De nuevo el buzón de voz. Había ido a comprar un calentador y llevaba fuera cinco horas.

Un montón de pensamientos cruzaron mi cabeza como cintas de teletipo, y ninguno de ellos era bueno.

«La ha atropellado un coche y está en algún hospital en estado de coma.»

«La han violado y asesinado, y han abandonado su cadáver en el bosque.»

«Me ha dejado. Se ha hartado de mí y se ha ido.»

«Se ha suicidado.»

No sabía qué hacer, pero sabía que debía hacer algo. Pensé en llamar a Dylan o a Winnie, pero tendrían que contárselo a sus padres. Pensé en llamar a la policía, pero imaginé cuánto se enfadaría Astrid si lo hacía. Pero luego pensé «Los muertos no pueden enfadarse, ¿o sí?». Ese pensamiento me hizo llorar.

Encendí nuestra lámpara de pilas y quité el seguro de la jaula de *Horacio* para consolarme un poco con mi peludo amiguito.

Con Mormor tardé un rato en entender lo que pasó.

Con *Horacio* lo supe al instante.

Su cuerpecito estaba frío y rígido.

Horacio Blass había muerto.

Cinco minutos después, la puerta de la furgoneta se abrió.

—¡Mamá! —grité llorando. No me importó llamarla así. Me lancé a sus brazos. Me abrazó con fuerza y me acarició el pelo.

—Felix, lo siento mucho, lo siento mucho. —También estaba llorando.

—*Horacio* se ha muerto.

—Ay, Dios. Ay, Böna. Pobre *Horacio*. Lo siento mucho —repitió.

—¿Dónde estabas?

—He ido a la tienda de electrodomésticos a por el calentador... —Su voz se fue apagando.

—Ay, Astrid. ¿Has intentado robarlo?

Asintió.

—El dueño me cacheó. Intenté razonar con él, pero no quiso escucharme. Llamó a la policía. Tardaron años en llegar ahí, y durante todo ese tiempo hizo que uno de sus empleados me vigilara en la parte de las oficinas. Mi teléfono se quedó sin batería. No me permitían usar el de la tienda para llamarte... Me han tratado como si fuera una basura. Cuando llegó la policía, el dueño les dijo cosas horribles de mí, que probablemente era una adicta o una loca.

—¿Y qué hizo la policía?

—Me han buscado en su sistema. Al ver que no tenía antecedentes, me han dicho que tenía prohibido entrar en la tienda y me han dejado irme. —Se sonó la nariz ruidosamente—. Lo siento mucho, Felix. Siento mucho todo. Soy una madre horrible.

—No, no lo eres. —Y en ese momento lo dije en serio.

—Siento mucho lo de *Horacio*. Sé cuánto lo querías.

—Debemos enterrarlo.

Asintió con la cabeza.

—En cuanto salga la luz. Buscaremos un lugar especial.

Puso una toalla sobre la jaula. Luego sacó una lata de chocolate en polvo y me preparó una taza caliente. Como logré retenerlo, me preparó más.

—¿Puedo leerte? —preguntó. Me leía todas las noches cuando era más pequeño, incluso durante sus bajones.

—Sí.

Encontró mi maltratado ejemplar de *La niña invisible y otros cuentos*.

—¿Sabías que este libro fue mío cuando era niña?

—Sí, porque me lo dijiste un millón de veces.

Leyó en voz alta un buen rato. Tiene una buena voz para leer. En algunos momentos sentí como si fuera un niño otra vez, sin nada de que preocuparme.

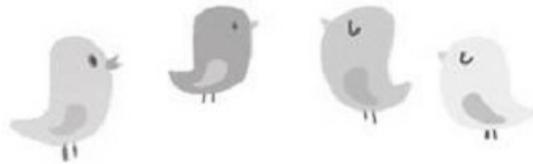
Luego recordé a *Horacio* y empecé a llorar de nuevo.

Siguió leyendo hasta que me quedé dormido.

Del centenar de noches que pasamos en la furgoneta, aquella era sin duda la peor.

Pero no sería la peor.

Esa noche aún estaba por venir.



A la mañana siguiente, Astrid y yo enterramos a *Horacio* bajo un sauce llorón cerca del estanque de patos. Luego compartimos algunos de nuestros recuerdos favoritos.

—¿Recuerdas la vez que se escapó de su jaula en el piso del sótano, y lo encontramos dos días después detrás de la caldera?

—¿Recuerdas cuando lo llevé a clase escondido en mi mochila, y una niña gritó porque creyó que era una rata?

Reímos y lloramos.

En total perdí tres días de clase. Cuando no estaba dormitando, Astrid me hacía preguntas para *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Les envié mensajes de texto a Dylan y a Winnie para avisarles que estaba mejorando y que volvería pronto. Querían venir a visitarme, pero me pareció más de lo que podría soportar, así que simplemente me abstuve de informarles dónde estaba aparcada nuestra furgoneta. Noté mucho la ausencia de *Horacio*. Formó parte de mi vida durante varios años, y de nuestra vida en la Westfalia desde el principio. Incluso en los días en los que la simple idea de regresar a la furgoneta me resultaba desagradable, siempre tenía ganas de verlo. Ahora ya no tenía ni siquiera eso. Sin él, la situación parecía aún más incierta.

El viernes por fin volví al colegio.

—Pareces un zombi —dijo Winnie cuando me vio.

—Bueno, muchas gracias.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Dylan.

—Sí... No. *Horacio* se ha muerto.

—Ay, Felix —dijo Winnie.

Ella y Dylan me rodearon en un abrazo grupal.

—Tal vez deberías quedarte en mi casa hasta que empiece el programa.

—Gracias, pero no puedo. No puedo dejar a mi madre ahora.

—¿Cómo está ella? —preguntó Winnie.

Me encogí de hombros.

—No estoy seguro.

Más tarde, en la cafetería, me invitaron a un montón de comida que sacaron de sus fiambreras. Supe que ambos empezaron a llevar comida extra, por si acaso.

Durante la clase de matemáticas me quedé dormido en la silla.

Cuando sonó la campana, Monsieur Thibault me pidió que me quedara en la clase. Cuando el último alumno salió del aula, él se apoyó en mi silla.

—¿Todo bien, Felix? —me preguntó en inglés.

—Sí, señor. Todo bien.

—Pareces muy cansado últimamente. Y no tienes buen aspecto.

—He tenido una gripe muy fuerte. Y estoy estudiando mucho para el programa.

Me miró fijamente.

—¿Estás seguro de que eso es todo?

—Seguro.

Guardó silencio unos instantes.

—¿Tienes problemas en casa, Felix?

Así fue como supe que alguien se había ido de la lengua.

—No sé a qué se refiere.

Simplemente mantuvo la mirada fija en mí.

—Quiero tener una pequeña reunión con tu madre.

—¿Por qué?

—Dile que quiero hablar con ella lo antes posible.

—Pero le digo que todo está bien.

Empezó a escribir una nota.

—Sé que lo del programa es la semana que viene. Pregúntale qué día de la semana siguiente puede venir a verme. Podemos vernos antes o después de clase. —Me entregó la nota.

—Pero, señor...

—Sin peros, Felix. Si no tengo noticias a finales de la semana que viene, tendré que pedirle a dirección que se ponga en contacto con ella.

Winnie y Dylan estaban esperándome dentro del colegio, cerca de la salida. Le lancé a Winnie una mirada fulminante.

—Se lo has contado. Dijiste que no se lo dirías a nadie, pero se lo has contado.

Winnie miró a Dylan, que respiró hondo.

—De hecho, Felix —confesó—, los dos hemos ido a hablar.

Lo miré con la boca abierta. Me sentí como Julio César al darse cuenta de que su viejo amigo Brutus acababa de apuñalarlo. *Et tu, Brute?*

—Monsieur Thibault nos llamó —continuó Winnie—. Cuando tú no estabas. Había notado varias cosas. Nos hizo preguntas. No le dijimos mucho, pero tampoco le mentimos.

—Está preocupado por ti —dijo Dylan.

—¡Bueno, pues ya puede dejar de preocuparse! ¡Todos podéis dejar de preocuparos y podéis dejar de meteros donde no os llaman!

Abrí las puertas del colegio de un empujón.

—Vamos, Felix —dijo Dylan—. Sabes que no es justo que te enfades con nosotros.

—No. No lo sé. No quiero volver a veros a ninguno de los dos.

Tan pronto como aquellas palabras salieron de mi boca supe lo ridículas e infantiles que eran. Pero simplemente seguí caminando. Debía mantenerme concentrado. Era viernes 28 de noviembre. El domingo, a Astrid y a mí nos llevarían a un hotel. El lunes, yo saldría en *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Después de eso, de un modo u otro, las cosas cambiarían.

O eso era lo que yo pensaba.

¿Cómo iba a saber que el sábado sería un desastre colosal? ¿Cómo iba a saber que terminaríamos en la comisaría de policía?

Aunque nosotros no somos los malos del cuento.

Aunque Abelard es un mentiroso.

Entenderás por qué estoy volviéndome loco.



Esta es mi versión de los hechos, Constable Lee.

El sábado fue un día bonito y soleado, algo poco común en noviembre, así que Astrid y yo le hicimos una buena limpieza a la furgoneta. Luego fuimos a la lavandería y metimos de todo: ropa, sábanas, toallas. Era una de las cosas que más falta nos hacía limpiar. Yo me sentía recuperado en un noventa y cinco por ciento y tenía hambre, así que Astrid compró una caja de donuts del día anterior. Ella comió uno, yo me comí cinco.

Tenía planeado un último maratón de estudio en casa de Dylan, pero como ya no hablaba con él ni con Winnie, estudié con Astrid.

Cuando regresamos a Spanish Banks, el sol ya se estaba poniendo y los aparcamientos se iban vaciando. Preparamos nuestras maletas para la semana siguiente con ropa recién lavada y, para tener más libertad de movimiento, dejamos las puertas de la furgoneta abiertas.

—Bonita vista —dijo un hombre. Asumí que estaba hablándole a alguien más—. Dije:

—Bonita vista.

Asomé la cabeza por la puerta. Cerca de la furgoneta había dos hombres mirando fijamente a mi madre. Estaban arreglados con pulcritud y vestían pantalones tejanos y chaquetas. Uno de ellos era casi tan ancho como alto.

Astrid lo miró con frialdad, luego continuó haciendo la maleta.

—Parece que vives en esta cosa, ¿no? —dijo el musculoso.

—Sólo es una salida de fin de semana. He venido a visitar a unos amigos que viven en las colinas —respondió Astrid.

—Soy Barry, y él es mi amigo Silvio —dijo el musculoso. Le tendió la mano a Astrid, pero ella no la estrechó.

La sonrisa de Barry se desvaneció. Noté que en ningún momento se volvió hacia donde yo estaba.

—Si quieres salir de fiesta esta noche...

—Tengo planes. Con mis amigos de las colinas. Ahora, si me disculpan. —Con frialdad. Sin sonrisas.

—Solo quería conversación.

Silvio y él cruzaron el aparcamiento en dirección a un Camaro negro y se subieron en él. Luego Barry hizo rugir el motor de una forma ridícula. El Camaro salió a toda velocidad del aparcamiento. Astrid se volvió para mirarme y puso los ojos en blanco.

Terminamos de hacer las maletas. Mi madre compró una pizza grande para cenar. Ya no estaba caliente, pero seguía siendo deliciosa. Nos pusimos chaqueta y gorro y, con la puerta abierta, nos sentamos a contemplar cómo los últimos colores del cielo se apagaban. Cuando salieron las estrellas, logramos identificar varias constelaciones.

—Mañana será un gran día para ti. El comienzo de una gran aventura —dijo, y me cogió de la mano—. Pase lo que pase, estoy muy orgullosa de ti.

Me dio un beso en la cabeza.

—Gracias.

—Y para que conste, aunque ganaras todo el dinero del mundo, no será nada en comparación con la lotería que me tocó a mí el día que naciste.

Solté un gruñido.

—Alerta de cursilería.

Me abrazó y yo me acurruqué en ella.

—Terriblemente cursi —admitió ella—. Pero es la verdad, Böna. No es más que la verdad.

A las diez de la noche ya estábamos en nuestras camas, pero demasiado nerviosos para dormirnos.

—Esta será la primera vez que me aloje en un hotel —dije.

—De hecho, la segunda. Cuando eras pequeño, Mormor nos llevó de vacaciones a las fuentes termales Harrison.

—No me acuerdo.

—¿Qué es lo que más anhelas?

—Una taza de váter. ¿Tú?

—Un baño de burbujas —contestó—. Me daré un baño de burbujas todos los días.

—Agua caliente.

—Minibar.

—Televisión.

—Sábanas de hotel.

—Enchufes eléctricos.

A lo lejos oí el motor de un coche. Uno fuerte, como deportivo.

—Wifi gratis.

—Calefacción.

El coche se acercó. Esperé a que pasara de largo.

—Los jabones, champús y cremas chiquititos. Voy a guardarlos todos los días en mi bolsa para que nos sigan poniendo más.

—Toallas gruesas.

El coche se detuvo en el aparcamiento.

Justo al lado de nuestra furgoneta.

Astrid apagó su linterna de cabeza. Ambos nos quedamos callados.

Las puertas del coche se abrieron y luego se cerraron. Sonidos de pisadas.

—Oye, tú, ahí adentro. —Parecía la voz de Barry, pero arrastraba las palabras.
Contuvimos el aliento.

—Vamos, cariño. Sabemos que estás ahí. Hemos visto la luz encendida.

Estaba rígido en mi litera.

Ambos guardamos absoluto silencio.

—No creo que esté ahí —dijo la otra voz, probablemente la de Silvio. También arrastraba las palabras.

Entonces me dio hipo.

—¡Hip!

«¡No! ¡Ahora no!»

—He oído algo —dijo Silvio.

—Anda, déjanos entrar. Solo queremos saludarte.

Podíamos oír sus pasos alrededor de la furgoneta.

—Creo que veo a alguien —dijo Barry.

Estaba tratando de mirar a través de las ventanas.

Entonces intentó abrir las puertas.

Por supuesto, tenían seguro. Empezó a golpear rítmicamente un lado de la furgoneta.

Volví a hipar, pero no importó porque Astrid ya estaba harta.

—¡Largaos o llamaré a la policía! —gritó.

El golpeteo paró.

Sentí una oleada de alivio.

No duró mucho.

—¡Sabía que estaba ahí! Hemos traído una botella de whisky. ¡Vamos a divertirnos!

Oí que Astrid, debajo de mí, hurgaba en el bolsillo de su abrigo.

—Felix, mantén la calma. Voy a arrancar la furgoneta —susurró—. Y si aplasto el cráneo de uno de esos idiotas, el mundo será un lugar mejor.

Uno de los hombres empezó a golpear suavemente la ventana, lo cual resultaba más espeluznante que los golpes.

—¡Abre!

Astrid gateó hasta el asiento del conductor, y yo bajé y me acomodé en el asiento del copiloto. Estaba tan asustado que todo el cuerpo me temblaba.

Seguramente Astrid también estaba asustada porque se le cayeron las llaves.

—Ah, ¡ahí estás! ¡Hola, preciosa!

Barry pegó su cara a la ventana del conductor, lo que le hizo parecer aún más aterrador. Se tambaleaba como un borracho.

Astrid encontró la llave. Sus manos temblaban, pero logró meterla y girarla.

No arrancaba.

—*Förgrymmat också!*

La furgoneta empezó a mecerse. Barry y Silvio se pusieron uno a cada lado y la empujaban de un lado para el otro. Astrid intentó arrancar de nuevo la furgoneta. Seguía sin ponerse en marcha.

De repente, Mel el tomte cayó del salpicadero y fue a dar justo a mis manos. Lo abracé con fuerza.

«¡Por favor, por favor, protégenos, Mel! —pensé—. Aunque sea lo único que hagas por nosotros!»

Mi teléfono cayó sobre mi regazo.

Puede que cayera de mi litera a causa del movimiento.

Pero prefiero pensar que fue obra de Mel, que me miró con sus ojitos negros y redondos y supe exactamente lo que debía hacer.

Llamé al 091.



27 de noviembre, 04.00 h

—Usted y su compañero llegaron cinco minutos después, Constable Lee. Y en vez de arrestar a los malos, nos han arrestado a nosotros. Y aquí estamos. —Con un movimiento de brazo señalé la comisaría de policía.

Constable Lee bajó los pies del escritorio y se inclinó hacia mí. Tenía los ojos llorosos, y mis PDO me dijeron que mi relato la entristeció, o que sufría alguna alergia.

—Es una historia increíble, Felix. Siento de verdad todo lo que tú y tu madre habéis tenido que pasar.

—Gracias... supongo.

—Quiero que sepas que seguimos buscando a esos pervertidos, y que ni tú ni tu madre estáis arrestados. Os trajimos aquí en parte por su propia protección.

»Y en parte porque se nos comunicó que la furgoneta había sido robada hace cinco días.

»La consulta de matrículas en el sistema es una parte rutinaria de nuestro trabajo.

—Ojalá Abelard se hubiera quedado en la India para siempre.

—Por lo que me dijiste sobre él, yo también preferiría que se quedara allí. —Constable Lee sonrió.

—No es una persona de fiar.

—Te prometo que lo tendré presente, pero mientras tanto, tenemos que ver qué vamos a hacer contigo.

Sentí que el miedo me apretaba el estómago y lo estrujaba. Solté un PSM —un pedo silencioso pero mortal—, y no pude hacer más que ofrecerle a Constable Lee una mirada de arrepentimiento cuando la sala empezó a apestar.

—Por favor, no llame al MDIF.

—Ya está avisado.

—¿Qué? ¡No! ¿Es que no ha escuchado ni una palabra de lo que he dicho? ¡Me enviarán a una casa de acogida! ¡No quiero ir a una casa de acogida!

Hizo rodar su silla hacia mí.

—Felix, sé que tu madre tuvo su propia experiencia con el ministerio, pero cuando ella era joven era muy común que separaran a las familias. Actualmente procuran mantenerlas juntas. Y eso es lo que ocurre, incluso en situaciones menos ideales que la tuya.

—Entonces... ¿no nos van a separar?

—Yo no decido eso, pero lo dudo mucho. —Metió y sacó la punta de su pluma varias veces—. Por otra parte, no podéis volver a la furgoneta si no es de vuestra propiedad.

Estuve a punto de decir que Abelard era un mentiroso y que la furgoneta era nuestra.

Pero me detuve.

Porque no estaba seguro de que eso fuera verdad.

De hecho, pensándolo bien, Abelard, que siempre fue una sanguijuela egoísta, no era el tipo de persona que simplemente le regalaría la furgoneta a mi madre.

—Si no podemos regresar a ella, ¿adónde iremos?

No respondió. Se volvió a mirar algo o a alguien detrás de ella. Seguí la dirección de su mirada. Un hombre con barba espesa y turbante venía caminando hacia nosotros.

Constable Lee sonrió.

—Felix, te presento al trabajador social del MDIF. —Luego me dijo al oído—: Vijay es mi favorito. Creo que te caerá bien.

Vijay y yo estuvimos casi una hora en una oficinita separada de la sala principal. Al principio no quería hablar con él, pero cuando me comentó que ya había conversado con mi madre, tuve que preguntarle:

—¿Está enfadada conmigo?

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque llamé a la policía.

—No está enfadada. Hiciste lo correcto.

Quería creerle.

—Pero por mi culpa han pasado cosas malas.

—¿Como qué?

—Perder la furgoneta, e involucrar a personas como usted.

—¿Como yo?

—Personas del ministerio.

Se mesó la barba.

—Tu mamá me ha contado que de niña tuvo una mala experiencia con el ministerio.

Asentí.

—Es una buena madre. No es perfecta, pero le pone muchas ganas. Y me quiere, y yo la quiero. —Se me hizo un nudo enorme en la garganta. Tuve que hacer un gran esfuerzo para seguir hablando—. Por favor, no me separe de ella.

Quise contener el llanto pero se me escaparon un par de lágrimas.

Vijay se inclinó hacia delante.

—Felix, la única razón por la que consideraríamos separaros es que estuvieras en peligro, y nada de lo que veo lo sugiere, ¿vale?

Se soltó el aluvión: empecé a llorar sin control.

El resto de mi conversación con Vijay estuvo bien. Me hizo un montón de preguntas como: ¿a qué colegio vas? ¿Quiénes son tus profesores? ¿Cuáles son tus clases favoritas? ¿Cuál es tu mayor preocupación?

Le respondí con honestidad. Le dije que me preocupaba mucho lo que iba a pasar con nosotros.

—¿Cuál crees que sería la mejor ayuda que podríais recibir tú y tu mamá en este momento?

—Esa es fácil. Un lugar decente donde vivir.

—¿Tenéis familiares?

—Solo Daniel, mi padre.

Le conté un poco sobre él, que vivía en Toronto y que tampoco tenía dinero.

—¿Algún amigo que pueda hospedaros a ti y a tu mamá?

Reflexioné acerca de eso. Probablemente los padres de Dylan me dejarían quedarme con ellos un tiempo, pero ¿a mí y a mi madre? En casa de Winnie apenas cabían ellos tres.

—Creo que no.

Hacía anotaciones en una libreta de cuero.

—¿Qué pasará con nosotros? —pregunté.

—En cuanto al futuro inmediato, trabajaré con otra agencia para tratar de conseguir alojamiento temporal en algún lado, ya sea en un albergue familiar o en un hotel.

—¿Un hotel bonito?

—Como te digo, sería temporal —dijo sin responder mi pregunta. Aunque, de alguna manera, eso la respondía.

—¿En cuánto tiempo tendremos algo más estable?

—A veces tarda solo un par de meses; otras, puede tardar un año.

—Así que podríamos pasar un año en un hotel... no bonito.

—Solo quiero decirte las cosas como son.

Mi corazón estaba latiendo muy rápido.

—¿Le ha dicho mi madre que vamos a estar en un hotel bonito durante una semana a partir de hoy?

—Lo hizo.

—¿Podemos ir?

Sonrió.

—No tenéis que pedirme permiso, Felix. Y creo que deberíais ir. Es una oportunidad maravillosa. *Quién. Qué. Dónde. Cuándo* es uno de mis programas favoritos.

—¿En serio?

—En serio. No puedo creer que vayas a conocer a Horacio Blass en persona.

Terminamos nuestra conversación unos minutos después. Cuando Vijay abrió la puerta, oí unas voces discutiendo. Voces conocidas.

Mi madre. Y Abelard.

Abelard tenía dos rasguños recientes en la mejilla. Yo estaba seguro de que conocía a quien se los había hecho.

—¡Para empezar, no tenías ningún derecho a llevártela! —gritó él.

—Es lo mínimo que me debías después de todos los meses que estuviste mantenido —vociferó Astrid—. ¡No sé para qué has regresado de la India, pedazo de animal!

—Basta —dijo Constable Lee. Estaba en medio de los dos y parecía exhausta.

Astrid me vio.

—¡Felix!

Corrí hacia ella. Vestía lo que para ella era un pijama: leggings grises y su vieja camiseta de *Las chicas solo quieren di... versidad de opciones*. Me abrazó e hizo el gesto de protegerme. Abelard me miró con ojos de odio, y yo lo miré del mismo modo.

—Entonces repasemos lo que hemos acordado —dijo Constable Lee—. Tú, Abelard, no presentarás cargos...

—Por el robo de la furgoneta no, pero puede que presente cargos por agresión —dijo sobándose la mejilla.

—Sólo inténtalo —advertí—. Si lo haces, le enseñaré a la policía un vídeo que evidencia que pegabas a mi madre.

Eso bastó para que Abelard se quedara callado. Era verdad que la había golpeado varias veces, pero no que yo tuviera evidencias en vídeo. Confieso que me sentí orgulloso de mí mismo; acababa de decir una mentira convincente, una entre «no hace daño a nadie» y «alguien podría perder un ojo».

—Y tú, Astrid —continuó Constable Lee—, aceptas retirar de inmediato tus pertenencias de la furgoneta.

—*Okey*. Sí.

—Abelard, nos pondremos en contacto contigo cuando la furgoneta esté lista para que la recojas.

—Esperaré aquí.

—No —dijo Constable Lee acercando su cara a la suya—, no lo harás.

Abelard se marchó. A Astrid y a mí nos acompañaron al aparcamiento subterráneo, donde estaba la furgoneta. Durante la siguiente hora, estuvimos empaquetando nuestras cosas. Constable Lee nos ayudó.

—Podéis dejar algunas cosas en la comisaría —dijo—. Hasta que sepáis qué hacer.

—Gracias —repliqué.

Le di un codazo a Astrid, y añadió sin entusiasmo:

—Sí, gracias.

Constable Lee nos dejó a solas para que termináramos. Astrid y yo seguimos empaquetando en silencio.

—Lo lamento —dije.

—¿El qué?

—Si no hubiera llamado a la policía...

Me cogió de los hombros.

—Si no hubieras llamado a la policía, quién sabe lo que habrían hecho esos hombres, lo que me habrían hecho a mí... a ti... —Me levantó la barbilla, pero no demasiado; durante los últimos meses había crecido tanto que ya casi la alcanzaba—. Hiciste lo correcto.

Luego me abrazó. Me mantuvo así durante tanto rato que empecé a retorcerme.

—Vigila —dijo Astrid cuando finalmente me soltó.

—¿Por qué?

—Sólo hazlo, por favor.

Cogió la caja de herramientas y levantó el asiento del copiloto, que es donde las Westfalias tienen la batería.

Tardó dos minutos en sacarla. La golpeó contra el suelo un par de veces. Luego cruzó el parking, tiró la batería en un voluminoso contenedor azul y finalmente se limpió las manos en los pantalones.

—Mi regalo de despedida, Abelard. *Namaste*.

Cuando terminamos de guardarlo todo, revisamos por última vez la furgoneta para comprobar que no nos habíamos olvidado nada. Me asomé debajo de los asientos y un destello rojo llamó mi atención.

Mel. Lo saqué, lo sacudí y lo guardé en el bolsillo de mi sudadera.

Astrid y yo nos quedamos mirando la Westfalia.

—Esta furgoneta se ha portado bien con nosotros —dijo.

—Es cierto.

—Ha sido nuestro hogar durante cuatro meses.

—Ajá.

No sabía qué estaba pasando por la mente de Astrid. Y, si bien yo ignoraba lo que nos deparaba el futuro, sí sabía lo que pasaba por mi mente: «Gracias y hasta nunca».



Astrid y yo llevábamos despiertos más de veinticuatro horas. Faltaban dos horas para que nos recogieran delante de las oficinas del señor Poplowski, en Broadway.

Nos cambiamos y aseamos lo mejor que pudimos en los baños de la comisaría de policía. Constable Lee terminó su turno y se ofreció a llevarnos a Broadway en su Kia. Sin necesidad de dar explicaciones.

Cuando bajamos de su coche, sacó su tarjeta por la ventana y se la entregó a Astrid.

—Llamadme si me necesitáis, no importa la hora. Y, Felix, mañana veré el programa. Estaré apoyándote.

A continuación, se fue.

Astrid no pudo contenerse y gruñó imitando a un cerdo.

—¿En serio? —le reclamé.

—Lo siento. Un hábito arraigado.

Esperamos frente a la entrada del edificio.

—Felix —dijo.

Me miró y la miré. Por loco que parezca, juro que por primera vez nos comunicamos mediante mensajes mentales.

«No tengo ni idea de qué ocurrirá a partir de ahora, y lo lamento.»

«No pensemos en eso ahora», respondí con el pensamiento.

«Disfrutemos de esta semana.»

Una limusina negra se detuvo a un lado del banco. Un chófer con abrigo y gorra se bajó del vehículo.

—¿Felix y Astrid Knutsson?

Asentimos.

Cogió nuestras maletas y las guardó en el maletero; luego nos abrió la puerta trasera como si fuéramos celebridades. Nosotros nos miramos con los ojos bien abiertos. Y juro que volvimos a comunicarnos con mensajes mentales, esta vez de una sola palabra: «Genial».

La limusina contaba con snacks y bebidas. Yo no comía nada desde los Cheetos en la comisaría de policía. Abrimos unas bolsitas de almendras, barritas de cereales y patatas fritas. Las ventanas estaban tintadas y fingimos que éramos estrellas de cine, saludando a nuestros fans imaginarios.

Llegamos al hotel en menos de diez minutos.

—Disculpe, señor —dijo Astrid—. ¿Tiene unos minutos de sobra?

—Sí.

—¿Podría pasearnos un rato más?

Nos miró por el espejo retrovisor y sonrió.

—A mí me pagan de todos modos, así que no veo por qué no.

Nos llevó por Yaletown, luego por Gastown y finalmente por los muelles. Por último, se encaminó de vuelta al hotel. Nosotros comimos más snacks y saludamos a más fans imaginarios.

Pese a que ambos estábamos desvelados, pese a que la noche anterior fue terrorífica y pese a que no teníamos idea de dónde íbamos a vivir al cabo de una semana, lo pasamos en grande.

Las puertas automáticas del *hall* zumbaron al abrirse. Un hombre que llevaba una tablilla sujetapapeles se acercó a nosotros. Era Gouresh, el mismo de las audiciones.

—Felix, qué bien volver a verte. —Estrechó mi mano y se dirigió a mi madre—. Soy Gouresh Sandhi, coordinador de concursantes de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*. Usted debe de ser la hermana de Felix.

—Qué labia —dijo ella, pero sonrió.

—Nos alegra que estéis aquí. Tenéis la tarde libre. A las cinco nos reuniremos en la sala de conferencias B, en el segundo piso, para daros a conocer algunas de las reglas. A continuación, habrá una cena grupal a las seis.

Gouresh nos ayudó a registrarnos. Luego Astrid y yo tomamos el ascensor para ir a nuestra habitación en el cuarto piso. Me dejó meter la llave de tarjeta.

Abrí la puerta. La habitación olía a alfombra nueva y a ambientador. Había dos camas de matrimonio, un escritorio y dos sillones con una mesita entre ellos. Había una pantalla plana montada en la pared y una cafetera sobre una barrita junto al tocador. Lo mejor de todo era una enorme canasta de bienvenida llena de fruta, chocolates y nueces que estaba sobre el tocador. Tenía una tarjeta. «Bienvenido, Felix. El personal de Sunshine Inn te desea la mejor de las suertes en *Quién. Qué. Dónde. Cuándo. Edición Júnior*.»

Astrid y yo nos miramos el uno al otro. Dejamos caer nuestras maletas, subimos de un brinco a las camas y empezamos a saltar. Luego revisamos cada centímetro de la habitación. Astrid se preparó un café, y a mí me preparó chocolate instantáneo. Comimos varias cosas de la canasta. Astrid se guardó en su bolso todos los jabones, champús y cremas para que el personal de limpieza dejara más la mañana siguiente. Deshicimos nuestras maletas y lo colocamos todo en cajones y perchas, y yo puse a Mel junto a la pantalla del televisor pese a las protestas de Astrid. Luego llené la bañera y estuve en ella un buen rato. Cuando salí, Astrid la vació, volvió a llenarla y también se bañó.

Luego nos metimos en nuestras camas y dormimos tres horas seguidas.

Entramos en la sala de conferencias poco antes de las cinco. Estaba atestada, todos los concursantes y sus padres ya estaban ahí. Conté veinte chicos en total: dieciséis teníamos un lugar asegurado para concursar, cuatro cada día, y el ganador de cada día concursaría el viernes en la final. Los otros cuatro eran de reserva, por si alguno de nosotros enfermaba o tuviera que irse por alguna otra razón.

Astrid y yo ocupamos los últimos dos asientos de la última fila. Gouresh y Nazneen estaban al frente. A las cinco en punto, Nazneen empezó a hablar.

—Felicidades a todos. Habéis sido seleccionados para participar en el primer especial semanal de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo. Edición Júnior*. Nuestra intención es que se convierta en un evento anual, y hoy ya podemos anunciar que el programa del próximo año se realizará en Halifax, Nueva Escocia. —Dos chicos vitorearon ruidosamente; no hacían falta PDO para saber que venían de las Provincias Marítimas—. Quiero que sepáis que haber llegado hasta esta etapa es un gran logro, y que, sin importar lo que pase la próxima semana, todos sois unos ganadores.

Nazneen nos dio a conocer las reglas. Algunas eran obvias, como «no decir palabrotas en el programa en directo, ni usar un lenguaje que pudiera considerarse inapropiado». Otras no se me hubieran ocurrido ni en un millón de años. Por ejemplo, advirtió a padres y tutores que cualquier indicio de trampa —cualquier señal, ademán o sonido que hicieran desde su lugar entre el público, incluso parpadear en exceso— sería motivo de descalificación automática de ese concursante.

Gouresh nos pidió que nos pusiéramos de pie cuando mencionara nuestros nombres.

—Los concursantes del lunes son: Freddie Owen... Azar Farzan... Felix Knutsson... y Helen Mair.

Les eché un ojo a los demás. Freddie parecía un chico serio. Azar tenía una amplia sonrisa. Helen tenía la mirada clavada en el suelo.

Gouresh hizo lo mismo con los participantes del martes, del miércoles y del jueves.

—Los ganadores de los cuatro primeros programas jugarán de nuevo el viernes, en la final.

Nazneen dijo:

—Mañana a la una, una furgoneta recogerá a los concursantes del lunes y a sus acompañantes. Os llevarán al estudio, donde habrá un pequeño ensayo para que os familiaricéis con los botones y con el set. Luego, a las cinco, haremos la transmisión en directo. ¿Alguna pregunta?

Levanté la mano.

—¿Sí, Felix?

—¿Qué pasará con los que no ganen? ¿Los enviaréis a sus casas?

—Preferiríamos que permanecierais aquí toda la semana. Necesitamos un público numeroso y entusiasta para cada uno de los programas, especialmente el del viernes.

Suspiré aliviado. Mi madre y yo estaríamos a salvo hasta el sábado, cuando seríamos, al menos, mil dólares más ricos.

A la hora de la cena, Astrid y yo nos sentamos con Azar, Helen, Freddie y sus padres. Con Azar era fácil conversar; con Freddie y Helen, no tanto. Freddie casi no comió.

—Los nervios —explicó.

Yo no tuve ese problema. Era un *buffet* de comida china, y fui tres veces a por más carne con salsa de frijol, pollo General Tso, y arroz y fideos salteados. Por nada del mundo me iba a saltar las comidas. Cuando sacaron los postres, ya estaba completamente lleno. Aun así, me guardé varias tartaletas y galletas de la fortuna en una servilleta.

—Para después —le dije a Astrid, que las guardó en su bolso.

Regresamos a nuestra habitación a las siete y media. A las 19.45, ya estaba profundamente dormido.

El lunes a la una del mediodía, una furgoneta recogió a nuestro grupo. Me puse mi traje, el abrigo ocultaba el desgarró de la camisa. Y de calzado, mis Converse negras.

Gouresh vino con nosotros. Fue el único que habló durante el trayecto; los demás, incluyendo a los padres, estábamos demasiado nerviosos.

Nos llevaron a un estudio grande en el sótano del edificio de la CBC. Había asientos para unas doscientas personas dispuestas en semicírculo alrededor del escenario, que era una plataforma elevada. Nuestros cuatro podios estaban todos juntos en un extremo, y en el otro había un podio más grande, el de Horacio Blass.

Nazneen ya estaba ahí, gritando órdenes a un pequeño equipo de hombres y mujeres. Nos guio al escenario y a nuestros podios. Me tocó uno de los del centro. Helen era más baja que Azar, que Freddie y que yo, así que tuvo que subirse a un cajón de madera.

—Las preguntas aparecerán ahí. —Nazneen señaló dos pantallas, inclinadas de manera que tanto los concursantes como el público pudieran verlas. Las categorías Quién, Qué, Dónde y Cuándo estaban marcadas en letras gruesas a un costado. Luego había hileras de cinco cuadros blancos por categoría—. Como ya habéis visto en el programa, vosotros no elegís la categoría. El orden de las preguntas lo determina al azar una computadora. Cada respuesta correcta vale dos puntos en la primera y la segunda ronda, y tres puntos en la tercera. Cada respuesta incorrecta hace perder la misma cantidad de puntos.

Nazneen dirigió un breve ensayo desde el lugar de Horacio Blass. Nos hizo diez preguntas de prueba que aparecieron en las pantallas. No debíamos apretar el botón antes de que plantearan la pregunta. Supe la respuesta de al menos seis, pero el botón real era más difícil de usar de lo que imaginaba. Siempre me quedaba una fracción de segundo atrás, y solo logré hacerlo sonar en dos ocasiones. Sentí que las manchas de sudor se extendían en el área de mis axilas, y aún faltaban varias horas para que comenzara el programa.

Después del ensayo, Gouresh nos llevó desde bambalinas a los camerinos. Era un espacio sórdido, con un par de sillones viejos y mesas y sillas plegables. En una de las mesas habían puesto bagels, queso crema, bizcochos y galletas, además de agua y zumo.

—No os olvidéis de comer —nos aconsejó Gouresh—. No es aconsejable tener bajo el azúcar al subir al escenario.

Después de mi comilona del día anterior, solo desayuné dos de las tartaletas que nos llevamos a escondidas a la habitación. Por eso me obligué a comer un bagel. Me costó trabajo masticarlo. Lo pude tragar con dos zumitos de manzana, deseando que permaneciera ahí.

Pensé en Dylan y en Winnie. Me pregunté si vendrían, considerando la manera como les hablé.

Freddie, Azar, Helen y yo casi no hablamos entre nosotros.

No es que fuéramos descorteses; simplemente estábamos aterrados.

Una hora antes del programa nos llevaron a los cuatro a la zona de maquillaje y peluquería.

—Solo un poco para ocultar los granitos y eliminar el brillo —dijo Gary, el hombre que me maquilló. Una mujer llamada Aisha acribilló mis rizos con fijador para el cabello, provocándome un ataque de tos.

Nazneen asomó la cabeza por la puerta.

—Aquí hay alguien que quiere saludaros.

Horacio Blass entró en la habitación.

Juro que mi corazón se detuvo. Era muy parecido a como se le veía en televisión, pero también distinto. Puede que esto suene raro, pero parecía menos real en la vida real que en la tele. Tenía una gruesa capa de maquillaje y era mucho más bajo de lo que yo esperaba. Su cabeza era enorme, y estoy casi seguro de que su cabello, grueso y negro, era un bisoñé. Sus dientes, blancos en la televisión, eran casi cegadores en persona. Parecía la estatua de cera de sí mismo.

—¡Saludos, concursantes! —exclamó con voz atronadora. Eso me relajó: su voz era exactamente la misma.

Todos lo saludamos con la mano. Nos deseó suerte.

—Tratad de relajaros y de divertirlos. —Y se marchó.

Diez minutos después, mientras esperábamos en el camerino, les pidieron a nuestros padres que ocuparan sus asientos. Astrid me abrazó con cuidado para no arruinar mi peinado ni mi maquillaje.

—Mucha suerte, Böna. Y recuerda: pase lo que pase... Haber llegado hasta aquí ya te hace increíble.

A continuación, se marchó. Los siguientes diez minutos parecieron durar una eternidad. El único sonido provenía de Freddie, quien empezó a canturrear desafinadamente en voz baja.

Finalmente, Gouresh vino a por nosotros.

—Chicos, llegó la hora.

QUIÉN (Nuestro compañero Felix Knutsson)

QUÉ (*Quién. Qué. Dónde. Cuándo.*

Edición Júnior)

DÓNDE (Edificio de la CBC, Vancouver)

CUÁNDO (¡¡¡Anoche, en una emisión
en directo!!!)

Por la reportera itinerante Winnie Wu

¡Ay, qué noche! ¡Qué noche tan increíble, apasionante, cardiaca!

Esta reportera estuvo en primera fila durante la emisión inaugural de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo. Edición júnior*, realizada aquí, en Vancouver, ¡y en la que nuestro compañero del Colegio Blenheim, Felix Knutsson, participó en vivo! Esta reportera tenía esperanzas de obtener una entrevista exclusiva con Felix antes del programa, aunque, por razones ridículas que no abordaré aquí, el señor Knutsson no le habla. Además, los productores del programa no le permitieron pasar entre bambalinas, pues afirmaron que «las credenciales de periódicos escolares no valen». Pese a ello, esta reportera intentó colarse, pero sus esfuerzos fueron frustrados por un corpulento guardia de seguridad.

La primera vez que esta reportera logró ver a Felix fue cuando las cámaras empezaron a enfocarle, dijeron su nombre y él subió al escenario. Si sintonizasteis el programa en casa, probablemente lo visteis en un primer plano, y tal vez pudisteis determinar si estaba nervioso, pero desde mi asiento parecía

tranquilo. Su cabello parecía un halo rubio de algodón de azúcar. Los otros concursantes eran Freddie Owen, de Londres, Ontario; Azar Farzan, que venía desde Saint John, New Brunswick; y Helen Mair, de Gatineau, Quebec. Hubo muchos aplausos, pero Felix se llevaba las palmas por ser el chico local. Blenheim participó con una comitiva numerosa, cortesía de nuestro profesor, Monsieur Thibault.

Luego llamaron a Horacio Blass, quien subió al escenario. Fue muy emocionante verlo en persona.

A continuación, empezó la primera ronda de preguntas. Esta reportera tenía la intención de anotar todo, pero, como no permitieron entrar con ordenadores portátiles, tuve que garabatearlo todo en una libreta y, bueno, nadie puede escribir tan rápido. Por eso no anoté todas las preguntas, pero estas fueron algunas de las más destacadas:

¿Cómo se llama la segunda montaña más alta del mundo? (K2).

¿Quién escribió *Veinte mil leguas de viaje submarino*? (Julio Verne).

¿En qué año se publicó *Veinte mil leguas de viaje submarino*? (1870).

¿Dónde está Tombuctú? (República de Malí, África Occidental).

Nuestro Felix tuvo un mal comienzo. Daba la impresión de que tenía problemas para pulsar el botón. Al final de la primera ronda (con solo una pregunta restante en la pantalla), las puntuaciones eran: Freddie Owen, 14. Azar Farzan, 10. Felix Knutsson, 8. Helen Mair, 6.

Sé que esta reportera habla por todos los seguidores de Felix al decir que nuestro estado de ánimo durante la primera pausa publicitaria era sombrío. Miramos en silencio cómo los peluqueros y maquilladores salían corriendo y daban algunos retoques, en especial a Horacio. Luego el regidor del estudio empezó una cuenta atrás: «En tres... dos... uno». El programa empezó a retransmitirse otra vez en directo a los hogares de todo el territorio canadiense.

Antes de empezar la segunda ronda de preguntas, Horacio pidió a los concursantes que hablaran de sí mismos. Freddie comentó que todos lo llamaban «Pud» porque su comida favorita es el pudín de arroz. Azar contó cómo una vez tomó un avión hacia Saint John's, en Terranova, en vez de hacia Saint John, en Nuevo Brunswick. Helen habló de su pasión por los libros para colorear de adultos.

—Felix —dijo Horacio Blass cuando le tocó el turno—, tengo entendido que le pusiste mi nombre a una mascota.

—Sí, señor. A mi hámster, *Horacio Blass*.

Horacio miró directamente a la cámara y alzó las cejas. El público del estudio rio.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Bueno, su programa es mi favorito. Y mi hámster tenía un mechón negro en la cabeza que me recordaba a su pelo.

Más risas.

—Nunca me habían dicho que me parezco a un hámster. Creo que tenemos una foto suya. —La foto apareció en una enorme pantalla detrás de los concursantes. En opinión de esta reportera, el parecido con el verdadero Horacio Blass era asombroso—. Es adorable. Espero que esté viéndonos desde casa.

—Uy, no. Me temo que murió.

Horacio carraspeó.

—Ejem. Bueno, con esta nota triste, ¡empezamos la ronda dos!

Ahora bien, no es que esta reportera quiera exagerar su participación, pero todas las rondas de práctica que hizo con Felix, junto con Dylan y Alberta Brinkerhoff, Astrid Knutsson y Henry Larsen, empezaron a dar sus frutos, y a lo grande.

Felix falló las dos primeras preguntas de la ronda dos. Luego fue como si le acercaran una cerilla encendida. Empezó a arder.

¿Dónde se encuentra el Templo de Pasupati? (Katmandú, Nepal).

¿Quiénes descubrieron la insulina? (Banting y Best).

¿Cuándo fue la Revolución rusa? (1917).

¿Qué significa la frase latina 'caveat emptor'? (El comprador asume el riesgo).

Felix respondió correctamente todas las anteriores.

La puntuación al final de la segunda ronda: Freddie, 26. Felix, 24. Azar, 18. Helen, 12.

Durante la siguiente pausa publicitaria, el estudio se mantuvo en un completo silencio. Público y participantes estaban en vilo (si no sabes qué significa esa expresión, te sugiero que lo investigues).

Llegó el momento de la ronda final. Únicamente diez preguntas, más difíciles, y cada una valía tres puntos.

¿Qué significa el símbolo K en la tabla periódica? (Potasio).

¿Quién compuso *La consagración de la primavera*? (Stravinsky).

¿En qué parte del mundo puedes nadar entre placas tectónicas? (Islandia).

¿Cuándo se hundió el Titanic? (14-15 de abril, 1912).

De las primeras nueve preguntas, Azar respondió una bien. Helen contestó dos. Freddie y Felix respondieron tres. La puntuación: Helen, 18. Azar, 21. Freddie, 35. Felix, 33.

Entonces vino la última pregunta:

¿El asesinato de qué personaje precipitó el estallido de la Primera Guerra Mundial?

El corazón de esta reportera dio un vuelco: nosotros le habíamos preguntado a Felix sobre ese tema.

Felix hizo sonar su botón.

—Del archiduque Franz Ferdinand de Austria.

La puntuación de su podio cambió a 36.

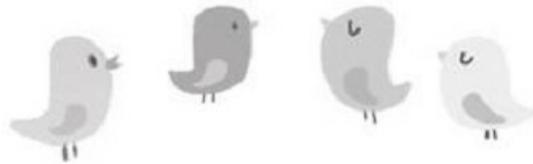
Nuestro compañero Felix Knutsson triunfó el primer día de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo. Edición Júnior.*

El público, incluyendo a esta reportera, enloqueció.

Felix estará en la final del viernes. Esta reportera convenció al editor de nuestro periódico de que publique una edición especial para cubrir ese extraordinario acontecimiento.

Así que... ¡Permanezcan sintonizados!

(Para leer la versión en francés de este artículo, por favor, vayan a la página 6. Esta reportera convenció al editor de que un artículo de esta trascendencia e importancia debía publicarse tanto en inglés como en francés.)



Cuando anunciaron que yo había ganado, empecé a oír un sonido como el del océano. Azar estrechó mi mano y dijo algo que no alcancé a oír. Freddie y Helen hicieron lo mismo. Horacio Blass nos estrechó las manos a todos. Mis oídos empezaron a funcionar de nuevo, y lo oí decir:

—Felicidades, Felix. Nos vemos el viernes. —Su aliento olía a cigarro, tal vez a alcohol.

Oí los aplausos del público y los cánticos de algunos de mis compañeros. Oí a mi madre silbando con los dedos en la boca.

Las luces se encendieron. Un fotógrafo nos retrató.

Nos permitieron bajar del escenario y mezclarnos con el público. Monsieur Thibault me dio un abrazo de oso.

—Estamos muy orgullosos de ti, Felix.

Varios compañeros me abrazaron y me dieron palmadas en la espalda, incluso Donald. De repente me preocupó que Monsieur Thibault buscara a Astrid, pero estaban en extremos opuestos del recinto y él tenía a su cargo a veinte chicos que debía subir a un autobús y acompañarlos a sus casas. Dylan y su familia estaban ahí, y Alberta llevó a Henry.

—¡Muy bien, Felix! —dijo Henry.

Alberta me revolvió el pelo.

—¡Lo has conseguido, Bobobionicle! —Luego rio—. ¡Ja-ja-ja-ja-ja-ja-jiiiiii-ja!

El señor y la señora Brinkerhoff también me abrazaron, y fueron a hablar con mi madre. Dylan y yo nos quedamos a solas un momento.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo.

Yo le di un gran abrazo.

—No merezco un amigo tan bueno como tú. Perdóname, Dylan, perdóname por todo...

Me interrumpió.

—Ya está olvidado. En serio. No tienes que preocuparte por mí. —Entonces alzó su mano izquierda y señaló discretamente con la derecha—. No creo poder decir lo mismo de ella. —Me volví para ver.

Winnie estaba sentada en la primera fila; tenía la cabeza agachada y escribía furiosamente en una libreta. Estaba guapísima con su boina roja y su falda de cuadros azules, rojos y amarillos.

Respiré hondo y caminé hacia ella, preparándome para recibir un sermón. De un cordón alrededor de su cuello colgaba un pase de prensa que decía «*El Clarín de Blenheim*. Reportera». Estaba claro que lo había hecho ella misma.

—Winnie —empecé a decir—. Quiero disculparme por...

Se levantó y me abrazó.

—¡Estoy tan feliz de que hayas ganado! Me alegro por ti, por supuesto, pero también por mí. Tu triunfo hará que mi artículo sea más atractivo.

Ay, Winnie. Mi Winnie.

Nazneen y Gouresh nos llevaron al camerino para que recogiéramos nuestras cosas. Me sentía mucho más ligero, no solo por ganar, sino por saber que todo estaba bien con mis amigos.

Cuando llegué al hotel, revisé mi teléfono. Tenía un montón de mensajes, incluyendo uno de Daniel.

¡Bien hecho, chaval! ¡Ha sido genial verte en la tele! Dile a tu mamá que tu inteligencia la heredaste de mí. ¡Jajajajaja! ESTOY MUY ORGULLOSO.

Durante la cena, Freddie estuvo muy callado, pero Azar y Helen estaban de muy buen humor.

—¡No puedo creer que sea mil dólares más rico! —exclamó Azar.

—¿Y ya habéis visto los demás premios? —añadió Helen—. ¡A todos nos darán una dotación anual de harina para bizcochos, palomitas para microondas, salsa para espagueti, sirope de arce y detergente! Además, una tarjeta regalo de Dairy Queen, más tarjetas de regalo, un kit para manicura y pedicura, unos juegos de mesa y una cosa que se llama Cera Tortuga.

Me sentía muy feliz. Muy relajado. Todo lo que comí bastaría para alimentar a un pequeño ejército.

Cuando regresamos a nuestra habitación, Astrid puso el informativo de la noche. Pusieron una noticia sobre el programa y hablaron de mí. Fue muy extraño verme en televisión.

—¿Así suena mi voz? —le pregunté a Astrid.

—Sip —respondió ella. Luego me abrazó por millonésima vez, y repitió por millonésima vez cuán orgullosa estaba de mí.

A las diez apagamos las luces, pero yo no pude dormir.

Acababa de ganar mil dólares por participar y dos mil quinientos por ganar. En menos de una hora nos volvimos tres mil quinientos dólares más ricos.

Tres mil quinientos dólares serían de mucha ayuda.

Pero veinticinco mil dólares... Eso nos cambiaría la vida.

Y, después de lo de hoy, tenía una posibilidad entre cuatro de ganarlos.

Trataba de no pensar demasiado en eso.

Pero ahora...

Ahora los quería más que nada en el mundo.



El resto de la semana transcurrió a paso de tortuga.

Yo asistí a todos los programas. Observé con cuidado a los concursantes. Traté de identificar las fortalezas y debilidades de cada uno. En mi tiempo libre, Astrid me hacía preguntas para practicar.

Nazneen nos pidió que invitáramos a la final a toda la gente que pudiéramos, así que me puse en contacto con todos mis conocidos. Traté de disfrutar las comidas gratis, pero cada vez me resultaba más difícil comer e incluso percibir el sabor de los alimentos.

El miércoles, Astrid fue convocada a una reunión privada con Vijay. Yo estaba viendo la tele en nuestra habitación cuando llegó al hotel.

—Ya me han dado la resolución —dijo mostrando una bolsita de papel.

—Qué bien. ¿Les has dicho que ya no hace falta que nos manden a un albergue ni a un hotel feo? ¿Les has dicho que ya tenemos dinero suficiente para el alquiler de un mes y para el depósito?

—No es tan sencillo, Felix. Cualquier casero necesita pruebas de que yo seré capaz de pagar el alquiler —sonrió, tal vez con demasiado entusiasmo—. Pero no te preocupes: ya nos han encontrado un lugar para nosotros.

Silencié la televisión.

—¿Dónde?

—En un motel.

Una de las cosas que había aprendido de tanto estudiar era que motel venía de motor y de hotel, y que era un lugar en el que podías llegar en coche hasta tu puerta.

—¿Cómo se llama?

—Motel Cedros.

—No suena tan mal. O sea, si se llama «cedros», tal vez está cerca de un bosque o de un parque.

—Puede ser —dijo ella desviando la mirada—. Voy a darme un baño.

Mis PDO me indicaron que ella sabía más de lo que me estaba diciendo. Cuando se metió en el baño, escribí aquel nombre en nuestro prehistórico portátil.

El Motel Cedros no estaba cerca de la naturaleza. Ni siquiera estaba cerca de Vancouver. Estaba en una transitada avenida de seis carriles. Parecía que se caía a pedazos. El letrero exterior decía M T L CEDR S TV DE CABL GR TIS. Busqué la dirección en Google Maps. Desde allí tardaría al menos hora y media en llegar al colegio en autobús.

A la mañana siguiente llené un tazón de avena en el *buffet* del desayuno. Le puse tres bolitas de mantequilla. Lo subí a nuestra habitación y se lo ofrecí a Mel.

Mi cabeza decía que aquello era una tontería, pero mi corazón dijo que en aquel momento valía la pena intentar cualquier cosa que pudiera ayudarme.

El jueves por la noche me hicieron subir al escenario con los otros tres ganadores: Dragan Lukic, Flora Ocampo y Talia Shoemaker. Todos eran muy buenos. Talia tenía un talento especial para todo lo que tuviera que ver con historia, y Dragan era un genio de la ciencia y la tecnología. El nudo de nervios de mi estómago se infló tanto que pensé que estallaría.

Casi no dormí aquella noche. Tenía la oportunidad, en veintidós minutos de emisión en directo, de solucionarlo todo para mi madre y para mí. No tendríamos que preocuparnos por dónde dormir. No tendríamos que ir a un motel de mala muerte, ni esperar un año para que nos asignaran una vivienda social que, hasta donde yo sabía, podía ser incluso peor. No tendríamos que vivir lejos de mi colegio. Tendríamos dinero suficiente para comer mientras Astrid encontraba un trabajo decente.

El viernes por la mañana me obligué a desayunar algo, pero a la hora de almorzar no pude comer nada.

Daniel me envió un mensaje a las cuatro de la tarde, cuando estábamos en el camerino.

¡Que tengas suerte hoy, Felix! ¡He invitado a un grupo de amigos a ver la final!

El tiempo se volvió más lento. Juro que en cierto momento vi que las manecillas del reloj giraban hacia atrás. Me sentía mareado, exhausto.

Finalmente, Gouresh entró y dijo:

—Llegó la hora. Y recordad: cada uno de vosotros ya es un ganador.

Esa, pensé, es una mentira para «darle una oportunidad a la paz».

Aunque soy muy bueno para retener información, no recuerdo demasiado lo que pasó durante el juego. Sé que suena extraño: estuve en el juego, participé en él, pero fue como si viera todo desde arriba, como una especie de ángel.

Recuerdo que estuve entre bambalinas y que me asomé por las cortinas para mirar al público. Todos los asientos estaban ocupados. Monsieur Thibault estaba ahí otra vez, junto con varios de mis compañeros. Winnie y Dylan también vinieron con sus familias. Y un montón de personas a las que yo había invitado: el señor y la señora Ahmadi y Vijay estaban ahí. Tardé un momento en reconocer a Constable Lee porque no iba con su uniforme; llevaba un vestido, con medias y todo, y estaba con otra mujer que, según supe después, era su mujer, Matsuko.

Recuerdo que me llamaron al escenario.

Recuerdo que Talia y yo tomamos la delantera al principio, y que Dragan empezó a superarnos en la segunda ronda.

Recuerdo las dos últimas preguntas:

¿Quién nació en Mvezo, Sudáfrica, el 18 de julio de 1918? (Nelson Mandela).

¿Cuándo se unificó Italia como nación? (1861).

Lo demás no lo recuerdo.

Excepto el momento en que gané.



Del techo empezó a caer confeti sobre el escenario y sobre el público. Yo me quedé inmóvil en mi sitio, aturdido. Los otros concursantes estrecharon mi mano. Horacio Blass hizo lo mismo.

—¡Yuuu-juuu! —gritó. Puso un brazo alrededor de mis hombros y me llevó al centro del escenario.

—¿Qué se siente al ser el primer campeón de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo. Edición Júnior, Felix?*

Yo estaba hiperventilando. No podía hablar.

—Tómate tu tiempo.

—Es increíble. No se imagina cuánto.

Él rio.

—Explícanos.

—Significa que vamos a estar bien.

—¿A quiénes te refieres con «vamos»?

—A mi mamá y a mí. Esto lo va cambiar todo.

Sonrió.

—¿Cómo que lo va a cambiar todo?

Las palabras salieron en torrente.

—Hemos tenido problemas últimamente. Hemos estado viviendo en una furgoneta. Y el exnovio de mi madre dijo que se la robamos, pero es un mentiroso, y pensamos que tendríamos que vivir en un motel sin todas las vocales. —Recordé que debía tomar aire—. Pero ahora tengo dinero para conseguir un lugar donde vivir y todo estará bien. ¡Es el final más feliz del mundo!

Noté que Horacio Blass me estrujaba el hombro con fuerza, como diciendo «Ya basta».

—Oye, oye, chico, pero ya sabes que no recibirás el dinero hasta los dieciocho años. Mientras, estará en un fideicomiso.

Me quedé parpadeando con la vista fija en los focos.

Tardé un rato en asimilar aquellas palabras.

Horacio volvió a reír.

—Creo que alguien no se ha leído la letra pequeña.

Entonces recordé el contrato, el contrato que apenas leí antes de devolverlo firmado.

No respondí. No podía responder.

—Oye, ¿qué edad tienes? Sólo tienes que esperar... ¿cuánto, cinco años? Y el dinero será tuyo, ¡más los intereses!

Cinco años.

«Cinco años.»

Fue entonces cuando me puse a llorar.

Frente al público del estudio.

En un programa en directo.



Oí que alguien gritaba «¡Corten!». Las luces del estudio se encendieron. La sonrisa televisiva de Horacio Blass se esfumó. Mientras se dirigía a la parte trasera del escenario me pareció oírle decir «Ya estoy viejo para estas idioteces», pero no estoy seguro.

Vi a mi madre entre el público. Estaba lívida. Monsieur Thibault, mis compañeros, los Ahmadi, los Brinkerhoff, los Wu, Vijay, Constable Lee y su esposa... Todos me miraban con una mezcla entre asombro y lástima.

El mejor día de mi vida se convirtió, en cuestión de segundos, en el peor. Como si hubiera cruzado un portal a otra dimensión en la que todo parecía igual, pero no lo era.

Entonces me puse a correr.

Bajé del escenario, recorrí el largo pasillo del camerino, subí dos pisos de escaleras y crucé unas puertas que decían SALIDA DE EMERGENCIA. Pues bien, esto se trataba de una emergencia.

Regresé caminando al hotel. Eran las seis de la tarde y ya estaba completamente oscuro.

Una serie de pensamientos rotos cruzaban por mi cabeza.

Dieciocho.

Cinco años.

Una noche más en el Sunshine Inn.

Una. Y después...

M t l Cedr s.

M t l Cedr s.

M t l Cedr s.

Abrí la habitación con mi llave. Mis ojos se posaron en Mel.

Lo agarré de su sitio junto a la pantalla. Abrí las puertas del balcón y salí.

Miré sobre la barandilla la transitada calle de un sentido, cuatro pisos más abajo.

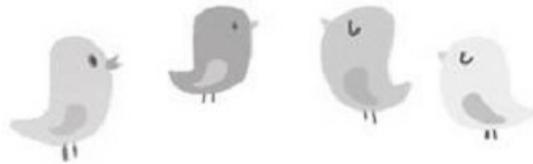
Era una larga caída.

Entré en la habitación para tomar vuelo.

Respiré hondo.

Corrí hacia el balcón. Tomé impulso con el brazo hacia atrás...

Lancé a Mel y observé cómo caía en picado al suelo.



A la mañana siguiente salimos rumbo al Motel Cedros. Vijay vino a recogernos. Hice que mi madre bajara conmigo para salir por la puerta de atrás. No toleraría encontrarme con ningún conocido. No hubiera tolerado sus preguntas, sus inevitables miradas de lástima. Vijay nos dijo después que en el *hall* había dos equipos de periodistas esperándonos. Tal vez tenían la esperanza de que me pusiera a llorar otra vez.

El coche avanzó.

Y avanzó.

Traté de mantener la mente abierta mientras aparcábamos y caminábamos con nuestras maletas hacia el letrero que decía REC PC ÓN. En el Sunshine Inn, a los huéspedes los recibían con una sonrisa. Aquí, el tipo sentado detrás del acrílico nos miró con recelo. Habló únicamente con Vijay. En la pared había letreros grandes que decían SE PROHÍBE CUALQUIER TIPO DE DROGA, QUIEN ACTÚE CON VIOLENCIA SERÁ DESALOJADO INMEDIATAMENTE y SE PROHÍBE LA VAGANCIA.

Mientras subíamos a nuestro cuarto vi a varios residentes sentados en los pasillos o pasando el rato en el parking. Algunos nos miraban fijamente, en especial a mi madre. No me daban miedo, o no demasiado, pero se notaba que la vida no los había tratado bien. Daban la impresión de que habían llegado al final de su viaje.

Yo no quería que el Motel Cedros fuera el final del nuestro.

Vijay abrió la puerta de nuestro cuarto. Olía a todo lo que los residentes anteriores habían cocinado ahí. La alfombra tenía cientos de quemaduras de cigarro, pese a que sobre la tele había un letrero que decía «establecimiento libre de humo». Había dos camas, una tele, una nevera pequeña y un hornillo para cocinar.

Astrid intentó animarme.

—Al menos tenemos camas de verdad. Y calefacción, y taza de váter y ducha.

No pude responder. Sí, el cuarto tenía todas esas cosas. Pero también tenía un fuerte tufo a tristeza; uno casi podía sentir el sufrimiento de los inquilinos que llamaron hogar a aquella habitación antes.

—El lunes vendré a visitaros —dijo Vijay mientras se dirigía a la salida.

No pude reunir la fuerza suficiente para decirle adiós.

Pasé el fin de semana en el cuarto, viendo la tele. Ignoré varias llamadas de Daniel. Ignoré los insistentes mensajes de Dylan y de Winnie. Astrid también estaba desanimada, pero comprendió que yo tenía mi propio bajón e hizo todo lo que pudo para alegrarme. Salió a hacer la compra con el fondo de emergencia que le dio Vijay. Me leyó en voz alta, pero la verdad es que no le presté atención.

Estuvo hablando un buen rato por teléfono con Daniel. fuera del cuarto, caminando de un lado a otro. Yo solo oía cómo alzaba y bajaba la voz.

El domingo por la noche tocaron a la puerta. Cogí la Biblia que estaba en la mesita de noche. Las cerraduras eran frágiles y las puertas eran de contrachapado. Vi la manera en que varios de los inquilinos miraban a Astrid y no quería correr ningún riesgo.

Pero no era ninguno de los inquilinos.

Era Vijay.

Y no estaba solo.

QUIÉN (Nuestro compañero Felix Knutsson)

QUÉ (El desenlace de *Quién*. *Qué*. *Dónde*. *Cuándo*. Edición *Júnior*)

DÓNDE (Lugares varios) **CUÁNDO** (Hace una semana)

Por la reportera itinerante Winnie Wu

Durante este, nuestro primer semestre juntos, probablemente notasteis un estilo particular en el trabajo de esta reportera. Tal vez vengan a vuestra mente palabras como «artículo de fondo» o «crítica feroz». Hablé del amianto y de la gente que vive en las calles, pero cuando abordé este último tema, ignoraba que uno de nuestros compañeros vivía en esa misma situación.

Pues bien, hoy tengo el gusto de escribir lo que tal vez algunos llamen con desprecio una «historia feliz». La escribo con la autorización de nuestro campeón de concursos, Felix Knutsson. (Para efectos de transparencia: esta reportera es una buena amiga—incluso podría considerársele «la novia»— de nuestro sujeto. Pero esta reportera no permitió que él influyera de ninguna manera en el presente artículo, lo cual iría en contra de su código de ética profesional.)

Para empezar, un recuento. Ya todos sabemos lo que ocurrió al final del último programa. Prácticamente todo Canadá se enteró de que Felix y su madre no tenían hogar. (A Felix no le gusta que use esa expresión; él prefiere hablar de su «época de transición», pero esta reportera prefiere decir las cosas tal como las ve). También nos enteramos de que él no recibirá el dinero del premio hasta que cumpla dieciocho años, lo que, bien pensado, tiene sentido; francamente, esta reportera está convencida de que Felix debió hacer su parte y leer el contrato. Él es el único responsable de esa omisión.

Aun así, me sentí desolada por él, al igual que Dylan Brinkerhoff, quien me ha autorizado a utilizar su nombre porque a) es el mejor amigo de Felix, y b) quería ver su nombre impreso.

Pues resulta que muchos otros miembros del público también se sintieron mal por él. Y adivinen qué. Dylan y esta reportera se encargaron de que todas esas personas se juntaran después del programa. Hablaron y decidieron reunirse al día siguiente. Pero aquí viene la parte ridícula: aunque fuimos nosotros quienes juntamos a todas esas personas, no se nos permitió asistir a la reunión porque era «solo para adultos». Cuando esta reportera insistió en acudir en nombre de la libertad de prensa, sus propios padres se lo prohibieron rotundamente. Al parecer pensaron que esta reportera no tenía la madurez suficiente como para entender lo que estaba ocurriendo, lo cual, como saben quienes conocen a esta reportera, es completamente absurdo.

Pero esto es lo que resultó de dichas reuniones:

A Felix y a su madre les han ofrecido un piso. Está sobre una tienda de la calle Broadway llamada Ahmadi Grocery. Si tú y tu familia todavía no compráis ahí, bueno, ¿a qué estáis esperando? Su mercancía es excelente y los dueños son personas maravillosas. Son propietarios de la tienda y del pisito que hay arriba. Su hijo está viviendo en el piso, pero ha conseguido un trabajo en Prince George y lo desocupará en enero. Felix y su madre se mudarán entonces y, aunque nadie quiso darle a esta reportera una cifra exacta en dólares, sí dijeron que el precio del alquiler es razonable.

Escribiría un artículo mucho más extenso pero el editor solo me concedió un espacio limitado, pese a señalarle en repetidas ocasiones que esta historia es oro periodístico. Supongo que es una buena lección de vida saber que uno se encontrará con ciertos jefes carentes de visión e imaginación. Por fortuna, dudo que los editores de *Le Monde*, del *Guardian* o del *Washington Post* sufran de este mal, y esos son mis principales objetivos laborales para cuando haya terminado la universidad.

Con esa nota, y a solo veinte palabras del límite impuesto, os deseo a todos unas felices fiestas.

(Para leer la versión en francés de este artículo, por favor, vaya a la página 6. Esta reportera convenció una vez más al editor de que un reportaje de esta trascendencia e importancia debía publicarse tanto en inglés como en francés, obviamente.)



—En el mundo hay millones de personas que nunca han visto a Dios, y aun así creen en él —dice Dylan—. Y yo no tengo problema con eso. —Sus aparatos están llenos de pedazos de galletas Oreo de su Blizzard Dairy Queen.

—Bueno, demos gracias al cielo por eso, porque Dios existe —dice Winnie. Ella está comiendo un banana split porque cree que el plátano hace que el postre sea saludable. Yo pedí un helado de cacahuete.

Dylan deja a un lado su cuchara, exasperado.

—Entonces ¿por qué se te hace tan difícil creer en lo paranormal cuando miles de personas han visto fantasmas y hay tantas evidencias?

Winnie toma una servilleta y se da toquécitos en sus labios rojos y perfectos.

—Las únicas personas que han visto fantasmas son locos que quieren atención. Tú mismo lo dijiste: nunca has visto a Bernard.

—Felix, amigo, ayúdame por favor —me suplica Dylan.

Estamos sentados en nuestro gabinete en Dairy Queen, como de costumbre. Alvin y las ardillas cantan villancicos de fondo. Hemos venido a comer postres después de clase casi a diario durante dos semanas, gastando lentamente mi tarjeta regalo. Aunque *Quién. Qué. Dónde. Cuándo* no liberará mi dinero hasta que cumpla dieciocho años, ya me han entregado todos los demás premios, la mayoría de los cuales están almacenados en el sótano de Dylan: cajas de palomitas para microondas, salsa para espagueti, sirope de arce, detergente, harina para bizcochos y Cera Tortuga.

Les di a los padres de Dylan la mitad del detergente y de la salsa para espagueti como agradecimiento por dejarme vivir con ellos hasta enero. Otra parte fue para Soleil y su familia, porque permitieron que mi madre se quedara en su sótano hasta entonces. Cuando supe que a la señora Ahmadi le gusta el sirope de arce, le di todas las botellas excepto una. Algunos de los premios quedan muy bien como regalos de Navidad. Guardé el kit de manicura y pedicura para Astrid. Envolví para regalo tres cajas grandes de palomitas para microondas y se las llevé a Constable Lee a la comisaría de policía. Compré un enorme pastel helado para mi clase con parte de mi tarjeta regalo del Dairy Queen. Y como la última vez que me reuní con Vijay me habló de un viejo Mustang convertible en el que suele trabajar los fines de semana: para él fue la Cera Tortuga.

Incluso le envié a Daniel un regalo de Navidad: una tarjeta regalo de cien dólares de WestJet canjeable por un viaje a Vancouver. Él también me envió un regalo: una transferencia electrónica de cincuenta dólares, que sé que requirió un gran esfuerzo de su parte. No consiguió el trabajo para el que vino a entrevistarse. Dice que le gustaría poder ayudarme más en lo económico. Pero ahora hablamos por teléfono mucho más seguido, y además también habla con Astrid. Eso vale mucho.

A Dylan y a Winnie también les di regalos de Navidad. Hicimos nuestro intercambio ayer en la casa de Dylan. A él le regalé los juegos de mesa que gané, y a Winnie le di un cheque regalo de cien dólares de Staples para que compre papel para impresora o lo que necesite para escribir.

Los dos tuvieron que salir de la habitación para ir a por mi regalo.

—Cierra los ojos —me ordenó Winnie antes de que regresaran.

Yo obedecí.

—Bueno —dijo Dylan—, ya puedes abrirlos.

Frente a mí estaba una jaula con el hámster más bonito que había visto jamás, color caramelo con manchitas blancas.

Los ojos se me humedecieron.

—Puedes llamarlo Horacio Blass Segundo —dijo Winnie.

—No —dije—. Definitivamente no.

—Es tu hámster, colega —dijo Dylan—. Puedes llamarlo como quieras.

Estuve pensando unos instantes.

—Te llamaré *Dillie* —le dije al hámster.

La combinación de los nombres de mis dos mejores amigos.

Cuando Vijay se presentó en el Motel Cedros hace casi dos semanas, iba con Soleil, el señor y la señora Ahmadi, y los Brinkerhoff. Los Ahmadi nos hablaron del piso. Por un momento temí que el extraño orgullo de mi madre se interpusiera y que ella rechazara su oferta. Pero no lo hizo.

Los Brinkerhoff propusieron que yo me quedara en el cuarto de Dylan hasta enero, y Soleil le ofreció a Astrid su sótano. Empaquetamos nuestras cosas y fuimos a ver el piso. Cuando estábamos en la diminuta sala de estar no supe interpretar la expresión de mi madre. Se volvió hacia la señora Ahmadi y le preguntó:

—¿Por qué lo hace? ¿Qué gana usted con esto?

Sentí que me estrujaban el corazón. Creo que su confusión era genuina, pero su voz tenía cierto deje de hostilidad.

—Un cheque por el alquiler mensual —respondió la señora Ahmadi sin sonreír.

De repente, Astrid tomó la mano de la señora Ahmadi y la apretó con fuerza.

Aún sin sonreír, la señora Ahmadi puso su otra mano sobre la de Astrid y también la apretó.

El piso es diminuto. Huele a verduras podridas. Pero no hay letreros en las paredes que nos digan qué podemos hacer y qué no. No hay personas mirándonos con desconfianza. No hay quemaduras de cigarro ni sonidos atemorizantes al otro lado de las paredes. Está limpio. Tiene taza de váter, ducha y calefacción, e incluso un cuartito. Astrid dice que será mío, que ella dormirá en el sofá cama.

Bob el Bardo duerme frente a la entrada. El señor y la señora Ahmadi pasaron dos años en un campamento para refugiados. Dos años.

Me digo que soy uno de los afortunados.

Desde la final de *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, Astrid y yo recibimos muchos correos provenientes de todo el país y de otras partes del mundo. Una vez llegó una carta que venía de Cockermouth, Inglaterra. Dylan y yo nos reímos de ese nombre durante mucho mucho tiempo.

Hay cartas y tuits desagradables. Dicen cosas como que Astrid no debió tener un hijo si no podía criarlo adecuadamente, o que ella es una carga para la asistencia social. Pero la mayor parte de la gente es amable. Escriben sobre sus propias dificultades y nos desean buena suerte. Algunas incluso nos enviaron cheques de veinte, cincuenta o cien dólares. Le dije a Astrid que no me parecía correcto aceptar ese dinero, pero cuando hicimos cuentas descubrimos que cobrando esos cheques podríamos pagarles a los Ahmadi tres meses de alquiler por adelantado. Y es lo que hicimos. Estamos escribiendo tarjetas de agradecimiento para todas y cada una de esas personas. También pudimos comprarnos un conjunto de ropa y una chaqueta de invierno para cada uno, pues queremos dar buen aspecto en nuestros nuevos empleos.

Unos días después de la final, Astrid recibió una llamada de uno de los administrativos de Emily Carr. Le dijo que las inscripciones estaban abiertas y le preguntó si le gustaría regresar a impartir la clase de pintura para alumnos de primer curso. No sé si él vio el programa o si sabía de nuestra situación. Astrid dijo que sí. Empezará después de la temporada navideña. No ganará mucho y es un trabajo de media jornada, pero podrá usar las instalaciones para pintar, lo cual es una gran ventaja.

Mi nuevo trabajo ya ha empezado. También es de media jornada. Trabajo para el señor y la señora Ahmadi dos días a la semana después de clases y un día del fin de semana. Les dije que solo les cobraría por los días de entre semana; la paga del fin de semana se abonará al pago del alquiler. Hace un par de días recibí mi primer cheque. Depositó la mitad en el banco y la otra la cobré en efectivo. Fui a la esquina de Bob el Bardo y le compré dos poemas. Luego fui a la tienda de Bajo Coste con la intención de pagar lo que robó mi madre. Sin embargo, cuando intenté explicarle al cajero la situación, me miró como si yo estuviera loco y me pidió que me largara.

Mientras recorría la tienda pensando qué hacer, vi a una anciana con ropa desgastada que examinaba las latas golpeadas de la sección de liquidación. Lo único que llevaba en su carrito era una caja de alpiste y una lata de frijoles. Me acerqué a ella y le di un billete de veinte dólares.

—Disculpe, se le ha caído esto.

—Ay, Dios, no me lo puedo creer.

—Es verdad. He visto que se ha salido de su bolsa.

Me miró con sus ojos turbios, luego cogió el billete.

—Gracias, joven. Muchas gracias.

De una manera u otra, seguiré haciendo eso hasta liquidar lo que debemos.

Astrid y yo nos vemos un par de veces a la semana. Soleil y ella están tratando de enmendar su amistad, pero creo que las cosas no van muy bien. Astrid se queja cada vez que nos vemos.

—Sé que me juzga, aunque no me diga nada.

Le digo que eso es ver la paja en el ojo ajeno y que debería tolerarla o callarse.

A veces siento una oleada de ira hacia ella y me siento mal. Pero una vez a la semana veo a Vijay y él me permite hablar de mis emociones. Lo que me hace sentir bien.

Para ser sincero, estar separado de mi madre no fue lo peor. Pero eso solo se lo digo a Vijay. Cuando Astrid me pregunta si la eché de menos, siempre le digo que sí.

Una mentira para «darle una oportunidad a la paz».

Dylan y Winnie siguen discutiendo en el Dairy Queen.

—¿Cómo explicas todas las cosas que hizo Bernard? Felix también las ha visto.

—Tierra llamando a Dylan —dice Winnie—. ¿En serio nunca se te ocurrió pensar que ese «Bernard» es en realidad...?

—¿Alguien quiere probar mi helado de cacahuete? —pregunto para interrumpirlos. Luego tomo la mano de Winnie y le lanzo una mirada de advertencia que, por fortuna, entiende.

—Solo digo —continúa Dylan—, que no hay diferencia entre que tú creas en Dios y que yo crea en Bernard, o que Felix crea en su tim-tom.

—Tomte —lo corrijo. Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y sujeto a Mel.

Después de lanzarlo por el balcón me arrepentí de inmediato: mi Mormor lo hizo especialmente para mí. Así que bajé corriendo cuatro tramos de escalera, lo encontré tirado sobre un banco y regresé con él a la habitación.

Tomo otro bocado de helado de cacahuete. Un rayo de sol ilumina nuestra mesa. En este lugar, en este momento, me siento feliz en compañía de mis mejores amigos, comiendo helado, oyéndolos discutir.

Comprendo por qué Winnie cree en Dios. Comprendo por qué Dylan cree en Bernard. Comprendo por qué yo quise creer en Mel. Es algo que nos da consuelo a las personas, sentir que algo misterioso y sobrenatural está cuidándonos.

Pero ahora estoy aprendiendo a creer en algo diferente. Algo en lo que mi madre dejó de creer hace mucho tiempo.

En las personas.

De niña, Astrid no tuvo mucha suerte con ellas.

Pero yo no soy mi madre.

Y yo quiero creer.

Agradecimientos

Hay un montón de personas a las que quiero dar las gracias por ayudarme a darle vida a esta historia. Algunas de ellas me han ayudado muchas veces, y siguen contestando al teléfono cuando ven mi nombre en la pantalla. A Randy Fincham, del departamento de prensa de la Jefatura de Policía de Vancouver, por su disposición y perspicacia. A Catherine MacMillan, orientadora de mi hijo en secundaria y que ahora aconseja a otros con su compasión, sensatez e inteligencia. A mi esposo, Göran Fernlund, que lee mis manuscritos, a veces en múltiples ocasiones, sin quejarse (tal vez sabe que eso contribuye a la felicidad del matrimonio). A Susan Juby, una de mis escritoras favoritas: me siento afortunada no solo por el regalo de sus excelentes consejos, sino también por poder llamarla amiga.

Gracias a Alex Scheiber, subdirector de Servicios Sociales para Menores del Ministerio para el Desarrollo Infantil y Familiar de la Columbia Británica, por tomarse el tiempo de responder a mis preguntas. Y gracias a la trabajadora social y orientadora Amanda Oliver: tus comentarios no tienen precio. Mientras yo me siento delante del ordenador a inventar historias, personas como tú están allí afuera esforzándose en hacer del mundo un lugar mejor para quienes están en una situación de vulnerabilidad.

Me divertí mucho entrevistando a personas que trabajan o participan en concursos de la tele. John Brunton, director de Insight Productions, ha producido un montón de programas, y me ha ayudado muchísimo. Me sorprendió saber que mi amigo Kevin Sylvester, talentoso escritor y locutor, concursó en el programa *Canada's Smartest Person*; sus relatos son graciosísimos y muy útiles. Y gracias a otro escritor y locutor, J. J. Lee, por ponerme en contacto con Julie Backer, quien participó en mi concurso favorito, *Jeopardy!* Julie y yo cenamos juntas y tuvimos una maravillosa conversación. ¡Disfruté mucho tus historias y tu información privilegiada! También he disfrutado de la lectura de *Prisoner of Trebekistan*, de Bob Harris. Y también debo darle las gracias a Janette McIntosh, quien amablemente me mostró su furgoneta VW y me enseñó todas sus monerías.

Varias personas han leído versiones avanzadas de este manuscrito, y cada una me hizo comentarios originales y valiosos. Léonicka Valcius, Rania Barazi, Liz Johnson-Lee y Ellen Wu (que no está emparentada con Winnie, al menos que sepamos): estoy muy agradecida a todos. Me habéis ayudado a conocer mejor a algunos de mis personajes. Katie Wagner parecía saber demasiado acerca de vivir en una furgoneta... Fue ella quien aportó el detalle de tener que desenchufarse antes de la huida del garaje. Un agradecimiento especial a mis jóvenes lectores: Martin Cassini, Isabella Harrison, Noah Poursartip y Forrest Rozitis. Vuestros comentarios han sido muy importantes, y os agradezco que vierais el lado humano de Astrid. Como dijo uno de vosotros, es una «madre desilusionada».

Gracias a mi maravillosa agente, Hilary McMahon. ¿Puedes creer que este es el sexto libro? Gracias por tu guía y por ayudarme a desarrollar mi nueva carrera. Ha sido maravilloso trabajar contigo durante estos últimos tres años.

Tuve la bendición de contar con tres editoras excepcionales que me brindaron útiles comentarios sobre los distintos borradores de este manuscrito. Tara Walker, mi leal editora; quienquiera que haya trabajado con Tara sabe que es difícil describir, incluso para un escritor, la influencia que sus notas y su

conversación tienen en la calidad del producto final. Siempre me apremia, de la manera más gentil, a excavar más profundo, a explorar en grietas y recovecos que a mí nunca se me ocurrirían, sin traicionar mi visión (sin embargo, a veces mi visión es borrosa y necesito ayuda para enfocarla). Si a esto le sumo la fortuna de contar con Wendy Lamb en Estados Unidos y con Charlie Sheppard en el Reino Unido..., bueno, es como tener la cereza y la nata del pastel. Estas mujeres extraordinarias supieron sacar lo mejor de mí, y estaré siempre agradecida.

A Dana Carey, Peter Phillips, Chloe Sackur, Colleen Fellingham: gracias por vuestra mirada perspicaz y por vuestras IVA (ideas de valor añadido). Quisiera agradecer a muchas personas de Tundra, Penguin Random House Canada, Wendy Lamb Books, Penguin Random House US y Andersen Press. Todavía tengo que pellizcarme para saber que no estoy soñando al poder trabajar con este increíble grupo de personas apasionadas por los libros.

Por último, he tardado bastante tiempo en encontrar el final adecuado para esta historia. A veces las ideas nos llegan en los momentos más inesperados. En este caso, ocurrió mientras estaba en la tienda West Point Cycles, en Vancouver. A mi esposo y a mí nos encanta el cicloturismo. Mientras él buscaba algo en la tienda, yo caminaba de un lado a otro, perdida en mis pensamientos. De repente, el final surgió en mi mente y mis ojos se llenaron de lágrimas. El dueño de la tienda, Tim Woodburn, me preguntó si estaba bien. Le contesté que estaba mejor que bien, que acababa de dar con el tema de mi libro y con su final. Respondió que, como eso ocurrió en su tienda, debía citarles en los agradecimientos. Y aquí están: gracias, Tim y Sara Woodburn, de West Point Cycles; ambos sois personas maravillosas.

Recursos

Sin dirección fija es un relato sobre las personas sin hogar o «invisibles»: aquellas sin una casa fija que se alojan con amigos o familiares, o viven en sus coches o que, mientras están en lista de espera para asignación de una vivienda social, viven en albergues, moteles u otras viviendas públicas. La falta de un hogar les dificulta mucho la vida: les es más difícil encontrar trabajo o colegio, o cumplir compromisos. A menudo se enfrentan a cargas financieras y sociales. La carencia de una cama y de un baño puede mermar el bienestar físico y psicológico. Muchas personas se avergüenzan de esta precaria situación y procuran ocultar sus dificultades.

Si tienes problemas como los que se tratan en este libro, o si te interesa saber cómo puedes ayudar a personas sin hogar, hay organizaciones que pueden orientarte. La mayoría son locales, así que te recomendamos que acudas a los servicios sociales de tu zona o ayuntamiento. También existen organizaciones estatales como Cáritas (www.caritas.es) que pueden serte de ayuda.

Para saber qué recursos existen en otros países, puedes buscar estas organizaciones:

Raising the Roof: raisingtheroof.org

Kids Help Phone: kidshelpphone.ca

Si quieres saber más sobre la crisis de vivienda de Vancouver, puedes buscar en internet un documental de Charles Wilkinson, Tina Schliessler y Kevin Eastwood titulado *Vancouver: No Fixed Address* (¡coincidencia de título!).

Guía de estudio

Sin dirección fija empieza la noche de noviembre en que Felix decide contarle su historia a Constable Lee. Al día siguiente debe estar en el hotel. A continuación, la historia retrocede al verano anterior. ¿Cómo afecta este cambio a tus expectativas durante la lectura del libro? ¿Recuerdas otros ejemplos de relatos (novelas, películas, programas de televisión) que estén narrados de esta manera?

Felix relata la historia de la infancia y la vida de Astrid hasta el presente. ¿Qué acontecimientos de su pasado crees que contribuyeron a la situación que atraviesa en la novela? ¿Crees que habría podido actuar de manera diferente? ¿Cuándo?

La narración se hace desde la perspectiva de Felix. ¿Por qué crees que la autora, Susin Nielsen, decidió contar la historia de esta manera?

Felix hace listas para lidiar con sus dificultades y su soledad, por ejemplo, en los capítulos «Breve historia de las casas» y «Guía de mentiras de Astrid». ¿Qué te sugieren las distintas clases de listas?

El lector no conoce toda la historia del padre de Felix, Daniel, hasta la mitad del libro. ¿Por qué crees que Felix tarda tanto en presentarlo?

¿Qué opinión tienes de Dylan y Winnie. ¿En qué aspectos son similares y en cuáles diferentes?

Cuando Felix conoce a Winnie en el colegio, ella le resulta irritante e intenta excluirla de sus planes. ¿Cómo cambian sus sentimientos hacia Winnie a lo largo del libro?

En *Sin dirección fija* hay muchos personajes que al final acaban siendo muy diferentes de lo que Felix o el lector pensaban en un principio. Compara uno de los personajes principales y uno de los secundarios y la manera en que contradicen nuestras expectativas cuando vamos sabiendo más acerca de ellos.

Analiza los temas de la vergüenza y la culpa en *Sin dirección fija*.

Sin dirección fija es una mirada a la vida de la gente sin hogar llamada «invisible»: personas sin una casa permanente que se ven forzadas a buscar alternativas. Si tú fueras Felix, ¿qué aspecto de su precaria existencia se te haría más difícil de sobrellevar?

Sobre la autora

«Este es el primer día que escribo en un diario. La razón es que me encanta escribir historias y si crezco y me convierto en una escritora famosa, y después me muero, y alguien quiere saber sobre mi vida... Creo que debería llevar uno.»

Susin Nielsen escribió esta precaria oración cuando tenía once años. Y aunque no es exactamente famosa (a pesar de que le gusta pensar que «es alguien» en Bélgica) y nadie ha escrito la historia de su vida (tal vez porque aún no se ha muerto), sí predijo su futuro. Inició su carrera como guionista para la serie *Degrassi Junior High* y continuó escribiendo para veinte programas más de televisión canadiense. Desde hace un tiempo, y para variar, se ha dedicado a escribir novelas. Es autora de cinco libros aclamados por la crítica y galardonados con diversos premios: *Optimists Die First* (próximo en publicarse en español), *We Are All Made of Molecules*, *Word Nerd* y *The Reluctant Journal of Henry K. Larsen*. La revista *Rolling Stone* incluyó este último en el número 27 de la lista «Top 40 de las mejores novelas juveniles».

A Nielsen se le ha llamado «la John Green de Canadá» (y una vez soñó que a él le llamaban «el Susin Nielsen de Estados Unidos»). Sus libros se han traducido a muchos idiomas. Vive en Vancouver con su familia y dos gatos malcriados.

Sin dirección fija

Susin Nielsen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *No Fixed Address*.

© del texto, Susin Nielsen, 2018

Traducción de Gerardo Hernández Clark

© del diseño e ilustración de portada: Pedro Daniel González, 2018

© Editorial Planeta, S. A, 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Destino Infantil&Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21601-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

SIN DIRECCIÓN FIJA



SUSIN NIELSEN

DESTINO